

Los crepúsculos nunca vencerán a las auroras

CARMEN CASTILLO: CINE, MEMORIA Y REVOLUCIÓN

Los crepúsculos nunca vencerán a las auroras

CARMEN CASTILLO: CINE, MEMORIA Y REVOLUCIÓN

Felix Valdés García
Carla Valdés León
Marco Álvarez Vergara
(coords.)

filosofí@.cu
EDITORIAL



Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ. Esta edición es de distribución gratuita, queda prohibida su venta.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Internacional de Creative Commons 4.0: Atribución-Licenciamiento Recíproco.

Los contenidos de este libro se pueden reproducir y compartir por cualquier medio, siempre y cuando se respete su autoría, se den los créditos correspondientes y se cite esta licencia.

Las opiniones vertidas en esta obra reflejan el punto de vista e interpretación del autor y no representan una posición oficial de la RLS.

EDICIÓN Haydée Arango Milián
DISEÑO DE CUBIERTA Pilar Fernández Melo
Reinier Huertemendía Feijoo
FOTO DE CUBIERTA Consuelo Castillo, Santiago de Chile, 2019

DISEÑO INTERIOR Pilar Fernández Melo
Y DIAGRAMACIÓN Reinier Huertemendía Feijoo

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN © Felix Valdés García, 2020
© Editorial filosofí@.cu, 2020

ISBN 978-959-7197-45-4

EDITORIAL FILOSOFÍ@.CU Instituto de Filosofía
Calzada No. 251 esquina J,
El Vedado, Plaza de la Revolución, CP:
10400, La Habana, Cuba
(53) 7 8320301
www.filosofia.cu
editorial@filosofia.cu

Índice

- 7** | Nota a la edición. Carmen y su legado a los jóvenes

CARLA VALDÉS LEÓN | FELIX VALDÉS GARCÍA

Sobre Carmen

- 17** | De la sobrevida a la construcción colectiva de la memoria de los vencidos

FELIX VALDÉS GARCÍA

- 27** | Carmen Castillo, una revolucionaria de todos los tiempos

MARCO ÁLVAREZ VERGARA

- 67** | Memoria y desobediencia. Una aproximación a los documentales de Carmen Castillo

ELIZABETH RAMÍREZ

Carmen por Carmen

- 87** | Carmen Castillo. Memoria viva de la calle Santa Fe (entrevista)

MANUEL PÉREZ PAREDES

- 113** | Calle Santa Fe, un renacer

CARMEN CASTILLO

- 123** | Bautista van Schouwen, el tiempo de la Fraternidad

CARMEN CASTILLO

- 139** | Beatriz Allende, amiga y cómplice en la lucha

CARMEN CASTILLO

- 151** | Memorias corredizas, testimonios de la vida de mujeres militantes en el MIR

CARMEN CASTILLO

- 161** | Aún estamos vivos (entrevista)

REVISTA BALLAST

- 174** | Carmen Castillo. Bibliografía | Filmografía





FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE SANTIAGO (FILSA), CHILE, 2015

Nota a la edición

Carmen y su legado a los jóvenes

CARLA VALDÉS LEÓN | FELIX VALDÉS GARCÍA

Carmen fue testigo de un tiempo de preludios y de fascinantes auroras. Vio volar la energía incendiaria, la intrepidez y la fuerza ígnea de la revolución. Canciones que devinieron himnos, rostros imantadores, discursos incontestables y actos de limpio compromiso fueron su pauta juvenil, la de ella y sus entrañables amigos. La liberación nacional como ejército americano, las izquierdas revolucionarias desasidas de miedos fueron el término de sus primeras militancias de vida. El Che Guevara, el respaldo a la Unidad Popular, su trabajo en La Moneda al lado de Allende y su amiga Tati Allende, el Bauchi, Miguel y el MIR, Camila y Javiera –sus hijas–, sus padres, sus hermanos, marcaron cada minuto de su energía vivaz.

Como muchos de su generación se puso en el mismo medio de la historia de su país y del continente, entró en el vórtice mismo del remolino de la historia que ella hoy nos devuelve, siguiendo esos hilos de la memoria que recompone. Pero un temible trueno, un relámpago de espanto cortó el día para instalar una larga y tenebrosa noche. La ignominia tiró fuerte y rompió todo

aquello a lo que ella y los suyos le habían apostado. Se deshicieron los planes, los trazos imprecisos del mañana que se definían en el hoy cargado de vetustos días y de nuevos esbozos. Se aniquiló brutalmente toda propuesta de cambio para Chile. Empezó desde entonces la vida errante de Carmen, como la que colmó a muchos, miles de sus coterráneos: el exilio, el destierro, seguir viviendo fuera de sí.

Le tocó a Carmen pasar noches oscuras en vigilia. Solo así pudo ver nacer el nuevo día. Ella sabe, a conciencia, que la pelea es eterna y cobra sentido en los encuentros, en las pequeñas victorias personales y colectivas. Carga consigo un pasado muy vivo, sobre todo porque pelea por él aún: defiende el derecho a su existencia, que es la suya propia y de la generación que salió a las calles en Chile a revocar la Constitución de la dictadura. Ella supo estar, también, ahí.

Hoy Carmen vuelve sobre aquellos días y los trae al presente. Va desde su “ahora y aquí” al tiempo que fue, con nuevas herramientas y la misma palabra que quedó un tiempo atorada. Regresó a la escritura y recuperó su voz, mientras mantiene la energía y su capacidad de terciar siempre por aquellos con desventajas en la vida. Carmen nos ayuda a pensar, documenta y contiene, objeta y construye –cámara en mano–, para hacer un modelo de cine. Recupera y narra el pasado para el presente, como forma de desnudar contradicciones humanas que nos acompañan en ese constante estar siendo de todo proceso de cambio.

Es la representación de la memoria el tema principal del cine de Carmen. Una memoria en disputa, lo cual significa una memoria en movimiento constante que se reafirma en cada plano: compleja, emotiva y sincera. Es el suyo un cine de profunda reflexión y de un compromiso con la militancia a la vida que proviene fundamentalmente de su formación académica y política



MARZO DE 2020. FOTO DE ANDREW LYNCH

y de su sensibilidad humanista y artística, hecho a la vez desde su perspectiva de mujer. Se podría ver todo el cine de Carmen como parte de la tradición del cine militante latinoamericano, pero a la vez autorreferencial y biográfico, en el sentido colectivo. Llegar a sus películas, a *Calle Santa Fe*, *La Flaca Alejandra* y hasta *Aún estamos vivos*, es recorrer el camino de una generación que nos ha enseñado a luchar y a tener esperanzas en esta pelea que siempre tiene victorias, si se mira bien a los ojos de quien nos acompaña. Fuimos vencidos un día, pero no derrotados: aún estamos vivos, insiste ella.

La III Escuela Internacional de Posgrado “Paradigmas críticos de la emancipación en el Caribe y América Latina. Revolución y memoria”, organizada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la Oficina Regional de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung

para México, Centroamérica y el Caribe (RLS), el Instituto de Filosofía de La Habana y el Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas, invitó a Carmen, en octubre de 2019, para compartir sus memorias, las personales y las contadas en sus libros y su cine. Aunque ella no pudo asistir físicamente para animar la chispa de la memoria, sí se dedicaron sesiones a visualizar y debatir la historia pasada y el presente de Chile y del continente a través de su lente y de su mirada.



FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE SANTIAGO (FILSA), 2015

Carmen vuelve a acudir esta vez hasta los más jóvenes, a quienes estudian y se apropian de la herencia histórica de un pasado que está ahí, reviviendo para el *continuum* del presente. A ellos se les devuelven libros de esta naturaleza, para heredar la grandeza de testigos vivos, de hazañas imperecederas, como modo de acercar el pasado a la actualidad o de hacer actual el acumulado de tiempos anteriores a través de sus actores. Tres ediciones de nuestra Escuela Internacional de Posgrado nos animan a recuperar y hacer valer la capacidad crítica del pensamiento y la acción militante en su caudal más auténtico y seguro.

En el presente libro reunimos palabras dichas por y sobre Carmen, acariciadas en nuestros encuentros. La última sesión de la escuela estuvo dedicada al tema “Revolución y memoria”, justamente cuando las calles de Santiago, Valparaíso, Concepción

y de cada rincón del angosto Chile se hacían un hervidero evocador, heredero de un pasado que quedaba revivido en las memorias contadas por Carmen a los más jóvenes convocados en los salones de Casa de las Américas, en La Habana. Con dos textos de aquella ocasión, de la autoría de Felix Valdés García y Marco Álvarez Vergara, se abre este volumen: cada uno refiere un acercamiento biográfico y reflexivo a la vida y obra de Carmen, tanto escrita como cinematográfica y política. En esta ocasión se les suma además un texto de Elizabeth Ramírez, quien propone la dimensión de género en las memorias de Carmen, en particular en su cine.

En la segunda parte de este libro quisimos que Carmen nos cuente sobre ella misma, con su voz, tal y como lo ha hecho en diferentes retazos sobre el pasado de su generación hasta el presente de su andar, en su cine y en su escritura. Los jóvenes que accedan a la lectura de estos materiales, expuestos en forma de antología breve, conocerán de la entrevista ofrecida a su amigo Manolo Pérez con un recuento de días vividos, de sus fortalezas y su perspectiva militante. Ella misma también nos habla en el fragmento de su libro *Un día de octubre en Santiago*, y nos habla de su amiga Beatriz (la Tati) Allende, sobre Bautista (Bauchi) van Schouwen, sobre Miguel Enríquez, quienes igualmente nos inspiran en tiempos que parecen vivirse en la amnesia, en la ausencia de recuerdos y memorias, en carencias de fraternidad y con un exceso de individualismo. La memoria se pone en movimiento y se recuerda la intensidad del goce que ella procura, para “cantar juntos, bailar juntos, combatir juntos, comer juntos, una huelga, una manifestación, una marcha, un panfleto que circula de mano en mano... El afecto”; eso que también se revive en los encuentros de formación auspiciados por CLACSO y la RLS, como nos dice Carmen.

Este libro nos reafirma esa idea suya de no conformarnos nunca con las ausencias, pues “el ardiente periplo

continúa” y “el rumbo es de buena esperanza”, como dijera Víctor Serge. Y si un día fuimos derrotados, no fuimos vencidos; recuperamos la memoria colectiva de los vencidos, la traemos al presente para remediar el olvido que se impone. El modo de Carmen de narrar la amistad fogueada en sus días, su perseverancia militante revalidada con su amigo Daniel Bensaïd y contada para la revista *Ballast*, sus afanes por hacer valer el papel de la mujer, de decir y escribir como mujer, son temas que ella misma nos narra y sobre los cuales vuelven también los estudios de su obra. Aquí no estará todo, pues se trata solo de un acercamiento a la persona, a la militante, a la cineasta y a la narradora de la memoria en disputa presente; a Carmen, que ayuda a encuadrar mejor una mirada a nuestros días, para que los jóvenes la defiendan con alegría. ♦





FESTIVAL DE DOCUMENTALES (FIPADOC), BIARRITZ, FRANCIA, ENERO DE 2020

| Sobre | Carmen



De la sobrevida a la construcción colectiva de la memoria de los vencidos*

FELIX VALDÉS GARCÍA

Un día Carmen perdió de golpe la felicidad. Fue aquella tarde de octubre de 1974 cuando las fuerzas de la DINA¹ vinieron para matar, para cegar todas las energías, los planes y proyectos de ella y de Miguel, de aquel “nosotros” colectivo que fuera entonces su “yo”. Tras el golpe militar de Pinochet del 11 de septiembre de 1973, el MIR² decidió enfrentarlo desde dentro, no salir al exilio y, ellos, la cabeza de aquella red, vivían con dilatada intensidad cada minuto de la resistencia clandestina.

Los días se les hacían espesos, medían cada paso, todo encuentro, cada bocanada de humo al fumar,

* Texto leído el 24 de octubre de 2019 en la sesión “Chile, revolución y memoria. Presentación de la obra de Carmen Castillo”, como parte de la III Escuela Internacional de Posgrado de CLACSO realizada en la Casa de las Américas, La Habana, bajo el tema general “Revolución y memoria”.

¹ Dirección de Inteligencia Nacional o policía secreta de la dictadura militar de Augusto Pinochet, responsable de innumerables asesinatos, secuestros, violaciones y torturas entre 1973 y 1977. [N. de la E.].

² Movimiento de Izquierda Revolucionaria, fundado en 1965 como organización político revolucionaria liderada por Miguel Enríquez, su secretario general. [N. de la E.].

procuraban encubrir cada rastro. La tranquilidad de la noche era el bien máspreciado en aquellas largas jornadas. El Bauchi ya había desaparecido y “Ximena” (Carmen) estaba embarazada para devolver un poco de alegría a la joven pareja. Miguel era la persona más buscada en todo el país. Unos días antes de aquel fatídico sábado 5 de octubre, habían puesto a salvo a las niñas. Tal vez irían a una isla de palmeras y largas playas, o se verían luego-luego, más allá del fin del escarnio que pretendían afianzar las fuerzas de Pinochet.

Pero aquel día todo se quebrantó. La furia demoledora del plomo y la pólvora, la violencia sin límites, creyeron poner fin a algo que en apariencias “liquidaban”, pero que, sin embargo, vive hasta el presente. Miguel fue asesinado enfrentando a solas a las desaforadas fuerzas de un contingente. Sobrevolaron helicópteros cargados de metralla sobre la casa azul celeste de la calle Santa Fe, entre Chiloé y San Francisco. En minutos la Comuna de San Miguel fue ruido de espanto, chirrear de gomas, balas, disparos ensordecedores, humo y muerte. Al fin la DINA daba con el lugar desde donde se urdían los planes del MIR. Carmen quedó herida y en estado de inconciencia, tirada en el suelo. Unos vecinos la hicieron subir a una ambulancia, Manuel comprendió que era su deber. La llevaron al hospital Barros Luco. Unos días después y por la presión internacional, con sus ojos tapados la llevaron al aeropuerto, como para no volver a ver, para no mirar más a ese Santiago que empezaría a ser completamente otro. Como dijera en 2004 el subcomandante Marcos, “allí donde antes había una bandera, hoy hay un centro comercial, donde había una historia, hoy hay un puesto de comida rápida... Y donde había memoria, hoy hay olvido”.

Un día de octubre, en Santiago, Miguel luchó para vivir. Su Catita sobrevivió, pasando de la plenitud de la vida a la oscuridad de las catacumbas, hasta salir de nuevo para encontrar luciérnagas que iluminan la

noche, en bailes que hacen resplandecer el cielo estrellado, como lo hacía de niña frente a las playas anochecidas del mar Pacífico.

Empezaba para Carmen otra vida, larga, dura, de batallas ilimitadas. La melancolía, la tristeza, la perturbación, fue proporcional a la felicidad que vio destruirse. Los días de intrépidos actos, colmados de planes de juventud, quedaron atrás. No obstante, Carmen no aceptó el paso del tiempo como derrota ni el desvanecimiento intenso del ahora. Los crepúsculos nunca vencerían a las auroras –pensaba con insistencia–. Con John Berger comprendió que “la felicidad se da cuando la gente puede entregarse por completo al momento que está viviendo, cuando ser y llegar a ser son la misma cosa”.

Si bien Carmen vivió las alegrías de su juventud y compartió proyectos en aquella realidad tangible, instantánea, total, a su vez sabía que todo aquello concernía a un “nosotros”, a un “todos”: a los jóvenes chilenos, latinoamericanos, de finales de la incitante década del sesenta.

Aquella noción de eternidad que a los muchachos les atrapaba se esfumó inexorablemente al alejarse la experiencia vital del compromiso político que les constituía. Con el golpe militar de Pinochet, Chile pasó a vivir en la prehistoria de la humanidad como un día le dijera su amigo Fernando Martínez Heredia. Y es que desde entonces se comenzó a martirizar la vida, se empezaron a quebrantar los cuerpos en la parrilla de la tortura, todo se zanjaba en los campos de batalla de las ciudades de Santiago, Concepción, Valparaíso, en los campos y las minas del país estrecho y alargado entre el océano Pacífico y la cordillera de los Andes.

Desde entonces Carmen comprendió que la memoria no es cosa del pasado, como la utopía no es ensoñación de futuro. No se vive solo en la melancolía del recuerdo. Ella ha decidido transferirla como fuerza, como atajuelo, como invocación de un itinerario. Desde los arduos días y años del aturdimiento por la embestida canallesca,

supo escuchar voces, risas, murmullos. Las acciones pasadas le emitieron señales, destellos, y se dio a la tarea de levantarse alto para contarle a todos, a los jóvenes. Por eso escribió y narró de diferentes modos en diversos textos y decidió no dar vuelta de página, ni decretar final para las obsesiones de la memoria. Carmen no se cansó. Empezó a tocar inasibles recuerdos y comprendió que sobrevivir es desconcertante, pero que se vive por aquellos que no pudieron.

No tuvo miedos ni sosiego: fue al Tribunal Russel,³ a diferentes plazas y actos en todos los puntos cardinales desde donde se denunciaba lo que en su país sucedía, donde se aclamaba solidaridad y condena. Vino a La Habana, volvió. Fue a París y, como Antígona, pasó de la espesura de la noche, de los inferos y la oscuridad, a la luz que en la oscuridad devuelve la capacidad de seguir siendo, a la luz que invariablemente le dejó seguir siendo ella.

Llegaron a su final los espantosos años setenta, se acabaron los ochenta y con ellos comenzaron las ruinas –bien fotografiadas– del derrumbe del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la URSS, que Carmen supo discernir con su amigo filósofo Daniel Bensaïd, “cómplice político y un apoyo indispensable”, como diría de él en su filme *Aún estamos vivos*.

Las creencias sólidas en apariencias se desvanecían en el aire; era como una debacle de esperanzas cifradas y de tiempos prometidos. Desastres, cataclismo, ilusiones en excomunión, y la avalancha de espejismos, de seducciones del mercado, capaz de reciclar toda memoria. Chile era pavor, se hizo plebiscito y siempre en medio el espectro presente del dictador.

³ Tribunal internacional sobre crímenes de guerra, establecido en 1966 por los filósofos Bertrand Russel y Jean-Paul Sartre para inicialmente investigar y evaluar los crímenes de guerra en Viet Nam, luego en otros países como el caso de Chile. [N. de la E.].



ARRIBA, CARMEN CASTILLO JUNTO A MIGUEL ENRÍQUEZ Y SU HERMANA INÉS ENRÍQUEZ (CONCEPCIÓN, 1971). A LA IZQUIERDA, CARMEN CASTILLO Y MIGUEL ENRÍQUEZ. ABAJO, CARMEN CASTILLO, MIGUEL ENRÍQUEZ Y JAVIERA ENRÍQUEZ PIZARRO (HIJA DE ÉL).



Comenzaron las invasiones de “los fines” y de “los sin” en todo el continente. Se anunciaron como cantos de cisnes nuevas promesas de desarrollo, paquetes de ajuste neoliberal a la carta, pasiones por Internet; llegaron los celulares, las app. La rendición estaba en oferta y se presentaba como la única salida posible. Pero Carmen no engeguenció, no capituló, no vendió su arsenal de memoria, no acudió a la suave palmadita, a la vida de elogios y dobleces. Ella se dijo: “Aún estamos vivos”. El “Basta ya” de los zapatistas en las montañas del sureste mexicano, la guerra del agua en Bolivia, el avance del MST y de todos los sin –sin tierra, sin techo, sin papeles, sin trabajo y sin contratos reales–, le devolvieron a Carmen públicamente la condición militante y de compromisos.

Sus equivocaciones, por las que tanto inquiría a Daniel, nunca fueron sobre el combate ni el enemigo. Tanto Daniel, como Roberto Matta y Manuel Díaz de la calle Santa Fe, le devolvieron a Carmen la escritura y el ímpetu por narrar, para traer al presente esas chispas del ayer. Como Rosa Luxemburgo hace justamente cien años, no se desanimó. Las derrotas forman parte de los triunfos, pues como le escuchara a un dirigente sindical chileno, y como lo viviera cotidianamente de la actitud guerrera de su mamá, hay derrotas que tienen el sabor de la victoria.

Hace cien años, unas horas antes de ser asesinada, Rosa Luxemburgo escribía que “La revolución sigue avanzando hacia sus grandes metas aún por encima de las tumbas abiertas, por encima de las ‘victorias’ y de las ‘derrotas’”. Eso decía porque veía la caída en picada de la revolución alemana. ¡La victoria final solo puede ser preparada a través de una serie de “derrotas”! y del tronco de esa “derrota” florecerá la victoria futura. Solo los “¡esbirros estúpidos! alemanes” creyeron construir el orden, “pero lo han edificado sobre arena –sentenciaba la líder espartakista–. La revolución, mañana

ya “se elevará de nuevo con estruendo hacia lo alto” y proclamará, para terror vuestro, entre sonido de trompetas: “¡Fui, soy y seré!”. ¡Y justamente esto es lo que dicen hoy, al unísono, Rosa y Carmen!

Un día llegó desde Santiago un joven a mi familia. Venía con la anuencia de Carmen. Otro día llegó otro, de esos que en París decidían no dormir. Compartían los dos el mismo ánimo, la misma mirada, la misma agudeza y una convicción común. Participaban de similar enseñanza e inquietudes que se descubrían en el rictus de su mirada, en aquel mensaje transmitido por ella: “No hemos sido vencidos, destruidos, ni disecados. Hay nuevas barricadas y nuevos textos”. Se trata del espíritu del ángel de la barricada, del ángel de las revoluciones, que revoca las soledades y la adversidad destinada a los rebeldes, a los muchachos jóvenes, a esos en los cuales Carmen cifra sus esperanzas.

La dictadura de Pinochet quiso extirpar el alma de todo su grupo y, además de abatir sus cuerpos, quiso arrasarlos, destruir todo aquello que nutría su espíritu revolucionario. A Víctor Jara le cortaron las manos y se le asesinó. En las esquinas, en las veredas de las ciudades, en los poblados del campo, el fuego consumió libros, revistas, documentos, afiches, discos, en fogatas custodiadas por oficiales y soldados hilarantes, convencidos de que de las cenizas nada podría resurgir, que ese fuego sería el final.

Pero ha sido imposible borrar la memoria, la historia, las canciones de Víctor Jara o Violeta Parra, los poemas de Neruda o de Gonzalo Rojas, los himnos de la Unidad Popular interpretados por Quilapayún, Inti Illimani, los Illapu... “La ignorancia de los represores condujo a excesos insospechados y poco a poco todo libro, todo papel, toda palabra, se convertía en peligrosa”, dice Carmen.

Cuánta memoria se nos acerca desde su palabra dicha y su mirada, sin que asome el dolor y el miedo, ese que tampoco tuvo otras veces. Pero sí se le erizó el alma cuando

decidió acercarse a Marcia Merino, la Flaca Alejandra, la militante del MIR que flaqueó, se quebró y los traicionó, para delatar a sus compañeros y colaborar con la DINA, con Krassnoff en 1974, hasta que clamó por su perdón en 1992. Carmen sabía que a los muertos no se les podría devolver la palabra, pero sí podría recuperar esas memorias de horror en la casa de torturas clandestina de la DINA de la calle José Domingo Cañas no. 1387. Entonces emprendió su trabajo en el invierno chileno de agosto de 1993, para hilvanar su discurso y mostrarnos su conocido documental.

Y también volvió a la calle Santa Fe, a la casa azul celeste que compartió con Miguel y las niñas, aquel horripilante escenario de desigual combate que puso fin a un tiempo, ese donde ella y él vivieron toda la intensidad posible que se alcanza cuando se reúnen la pasión y la lucha, el amor y la familia que se ansía, allí donde habían encontrado seguridad los dos, Miguel y ella, y los arrastraba el viento de la revuelta y de la lucha clandestina.

Carmen vuelve una y otra vez sobre la memoria y sobre su utilidad. Nos cuenta del viejo baúl decimonónico de la hacienda de don Heliodoro Yáñez –su bisabuelo–, donde su mamá y su papá decidieron esconder, para custodiar, la memoria del MIR. Abrieron un hueco en el patio y allí se conservó enterrado, en la antigua quinta de Los Guindos, un barretín cargado de pliegos que sobrevivieron como “elementos” solitarios, como hilachas de un pasado hundido bajo el cuero, la madera, el cemento y los cómodos cojines grises y negros de la familia, aquellos sobre los cuales se sentaron los convives familiares de tantos tiempos. El baúl encontró resguardo, zambullido por años frente a la vieja chimenea de cobre de la casa.

Cuánto trabajo con el pasado, cuánta profundidad buscada con el cuestionamiento siempre latente por el valor actual de ese pretérito que se hace presente, que resulta chispa y se hace útil, reaparece como energía redimida, solícita virtud, como aquellos cocuyos que



Mónica Echeverría
Carmen Castillo

Santiago - París El vuelo de la memoria



CUBIERTA DE SANTIAGO-PARÍS. EL VUELO DE LA MEMORIA, 2002

iluminaban las noches en la playa oscura del Pacífico. Aquellos tiempos transcurridos con todas sus contrariedades y alternativas de búsqueda, líneas de fuga, errores y aciertos son entregados de vuelta, son ajustes y legado que se piensa para los jóvenes.

Por eso, en este ejercicio de una guerrera de la memoria, decimos hoy: “No, Carmen, no vas demasiado rápido. Tú le devuelves a la memoria mucho color. Todos la compartimos y te estamos agradecidos”. Y ella, como muchos otros valerosos guerreros, viene a nuestras escuelas a compartir, a legar a los más jóvenes esas memorias del *continuum*, del tiempo que fue pasado y se actualiza para el presente. ♦

Carmen Castillo, una revolucionaria de todos los tiempos*

MARCO ÁLVAREZ VERGARA

*Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros
que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan
muchos años, y son muy buenos. Pero los hay que
luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.*

BERTOLT BRECHT

Carmen, 75 años

La cultura de izquierdas, tan litúrgica como la cristiana, tiende a conmemorar a sus referentes en los aniversarios de su fallecimiento. Esto se exagera ante la violenta Latinoamérica del siglo xx, donde millares de militantes, en nombre del socialismo y la emancipación, perdieron sus vidas en “el largo y difícil camino de la revolución obrera y campesina”.¹ Sin embargo, al concentrarnos solo en

* Un avance de este trabajo se presentó en la III Escuela Internacional de Posgrado de CLACSO: “Paradigmas críticos de la emancipación en el Caribe y América Latina. Revolución y memoria”, realizada en la ciudad de La Habana entre los días 21 y 25 de octubre de 2019. Asimismo, una versión fue publicada por primera vez en *Memoria. Revista de Crítica Militante*, de México, en su número 274 de mayo de 2020.

¹ Frase de Miguel Enríquez, en discurso del 24 de enero de 1973.

el último destello de rebeldía de estos dignos hombres y mujeres cargados de heroicidad, navegamos por las tinieblas del culto a la muerte que lamentablemente trae consigo nublar la riqueza de su praxis revolucionaria y, con ello, se termina limitando el diálogo histórico y su recreación política en virtud de la construcción de un proyecto de transformación social.

Carmen Castillo Echeverría, creemos, es una de las sobrevivientes más destacadas de la pléyade revolucionaria latinoamericana de la segunda mitad del siglo xx y, en este mayo de 2020, el día 21 –para ser exactos–, cumple 75 años, de los cuales más de medio siglo se ha dedicado a luchar por las ideas de la transformación social desde las más diversas trincheras. Su perseverancia en las filas de los humildes de la tierra la vuelve una imprescindible, digna de ser conocida en su integridad por las nuevas generaciones que hoy se alzan en Chile y el mundo contra el capital y sus injusticias. Esta breve semblanza, más que un homenaje –que tienden a reducirse al mero reconocimiento del pasado–, pretende ser una apuesta dialógica para pensar con ella los necesarios desafíos utópicos que depara un futuro que es hoy.

Este trabajo biográfico sobre Carmen, con vocación de diálogo intergeneracional, se construyó con base en sus entrevistas, filmografía, bibliografía y literatura, que colindan con su propia trayectoria. Como se advertirá, también es una invitación permanente a visitar sus películas y textos de corte autobiográfico, esto es, ir al encuentro directo con la escritora y cineasta, pero sobre todo con esa mujer militante que hemos llamado “una revolucionaria de todos los tiempos”.

La Quinta Michita

Eran las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial y aún se encontraba fresca la pólvora del Día de la Vic-

toria.² Paradójicamente, Carmen nació un día de festividades militares, un 21 de mayo, cuando los chilenos conmemoran un combate naval. En aquella época en Chile gobernaban los radicales, en una extraña alianza con socialistas y comunistas, hasta que estos últimos fueron perseguidos y relegados por sus antiguos aliados a través de la dictación de la Ley Maldita.³

Por sangre materna, Carmen es descendiente de la historia de la elite intelectual nacional. Su bisabuelo, Eliodoro Yáñez, candidato a la presidencia de Chile en 1920, fue un destacado político y periodista, dueño y fundador del diario *La Nación*. A causa del golpe de Estado de 1927, perpetrado por el coronel Carlos Ibáñez del Campo, se le despojó del cargo de senador, expropiaron su periódico y fue desterrado del país, por lo que debió exiliarse con su esposa, hijos y nietos en París. La abuela de Carmen, María Flora Yáñez Bianchi, escritora, fue una de las precursoras de la literatura feminista en el país. Su madre, Mónica Echeverría Yáñez (desde ahora doña Mónica), resumió con su excepcional pluma que: “La familia Yáñez, la impuesta por mi madre, fue siempre más cercana a nosotros. Los Echeverría representaban el Chile aristocrático, católico y tradicional por muy excéntricos que fueran. Los Yáñez, liberales, y algunos socialistas o anarquistas, pertenecían al mundo de los intelectuales y artistas, varios de ellos sin Dios ni normas que los restringieran en sus arranques amorosos y en sus vuelos imaginativos”.⁴

² “Día de la Victoria” es como se denomina el triunfo de la URSS sobre la Alemania nazi, ocurrido el 9 de mayo de 1945.

³ La Ley de Defensa Permanente de la Democracia, conocida popularmente como la “Ley Maldita”, entró en vigencia en septiembre de 1948 bajo el gobierno radical del presidente Gabriel González Videla. Tuvo por objeto proscribir la participación política de los comunistas de Chile.

⁴ Mónica Echeverría y Carmen Castillo: *Santiago-París. El vuelo de la memoria*, Editorial LOM, Santiago de Chile, 2002, p. 17.

Desde la ascendencia paterna, los Castillo fueron una familia más bien vinculada a la política. El bisabuelo de Carmen, Lindor Castillo Ramírez, fue un agricultor, abogado y diputado; mientras que su abuelo, Eduardo Castillo Urizar, abogado con inclinaciones poéticas, fue el Conservador de Bienes Raíces de Santiago. El tío de Carmen, Eduardo Castillo Velasco, cuando ella nació era el alcalde de la comuna Ñuñoa (que en aquella época incorporaba a la comuna de La Reina). Otro de sus tíos —el favorito, y quien la acercó

a la política—, Jaime Castillo Velasco, fue el fundador e ideólogo de la Democracia Cristiana, ministro y parlamentario, y posteriormente luchador incansable por los Derechos Humanos. Y podríamos decir que el padre de Carmen, el arquitecto Fernando Castillo Velasco (desde ahora don Fernando), fue el menos político del clan Castillo; no obstante, en 1964 fue elegido el primer alcalde de la comuna de La Reina.

Doña Mónica y don Fernando se casaron en el otoño de 1944. Él nunca quiso dejar la tierra que lo vio nacer y al poco de andar el matrimonio se mudaron a la casa de los Castillo. Su padre Eduardo edificó con sus propias manos una casona colonial a principios del siglo xx en los faldeos de la cordillera de los Andes, en una parcela ubicada en la calle Simón Bolívar, y la llamaron Quinta Michita.

En su adorada quinta, don Fernando, el arquitecto incansable,



FERNANDO CASTILLO, PADRE DE CARMEN, EN QUINTA MICHITA



MÓNICA ECHEVERRÍA, MADRE DE CARMEN

en medio de una selva de árboles frutales, construyó una casa de vidrio. En aquella fértil y húmeda tierra creció Carmen, jugando a la sombra de un viejo nogal, corriendo entre los senderos de cerezos, balanceándose en la hamaca del viejo sauce llorón y respirando el olor a flores de jazmines que nunca podrá olvidar. Un día, en una de sus películas, su padre le dijo: “Lo más hermoso del ser humano es parecerse a un árbol, que eche raíces, que conozca la tierra, que conozca un lugar, que conozca los seres vivos”.⁵

Los recuerdos de infancia de Carmen oscilan entre la forma y la palabra, entre la creatividad arquitectónica de su padre y la belleza literaria de su madre. Don

⁵ Carmen Castillo: *El país de mi padre*, <<https://vimeo.com/215692029>>.

Fernando extiende sus planos y maquetas en la mesa. Doña Mónica y sus compañeras del teatro Ictus se toman la casa para ensayar. Los libros invaden las paredes transparentes del hogar y, como si estuvieran en una revuelta social, no respetan las formalidades del orden temático. *Anna Karénina*, de Tolstói, probablemente fue una de sus primeras lecturas. La mesa del hogar la remonta a su abuela y al revolver de la olla de adobe con manjar blanco, pero también a la invasión permanente de amigos y parientes, políticos rupturistas y artistas bohemios, que con vehemencia disparan proclamas, ideas y sueños.

Para don Fernando, la Quinta Michita siempre se proyectó como un ideal de “comunidad”, que para él significaba una vida colectiva como resistencia básica al salvaje modelo imperante. Consecuente, se propuso convertir el terreno de la Michita en un espacio comunitario, donde amigos cercanos pudieran construir sus hogares en solidaria comunión con el entorno. Será en los años dictatoriales cuando este sueño se concrete. Los intelectuales de la resistencia chilena, desde Tomás Moulián a Julieta Kirkwood, coparon el espacio, que terminó siendo “el refugio de sus sueños mutilados”.⁶ Carmen no conoció esta historia, pues ya se encontraba muy lejos, en otra de sus vidas, impedida de volver al cobijo de sus raíces.

Carmen, en la Quinta Michita y a través de su entorno afectivo, creció en armonía con la naturaleza y bajo una riquísima multiplicidad de campos sociales –político, académico y artístico–, en tiempos donde las fronteras disciplinarias no eran más que frágiles barreras imaginarias. Forjó un *habitus* intelectual del cual no se desprenderá en su andar, que potenció en ella un quehacer

⁶ Manuel Garate: *La Quinta Michita (1964-1983): de la Reforma Universitaria a una vida en comunidad (Chile)*, 2008.

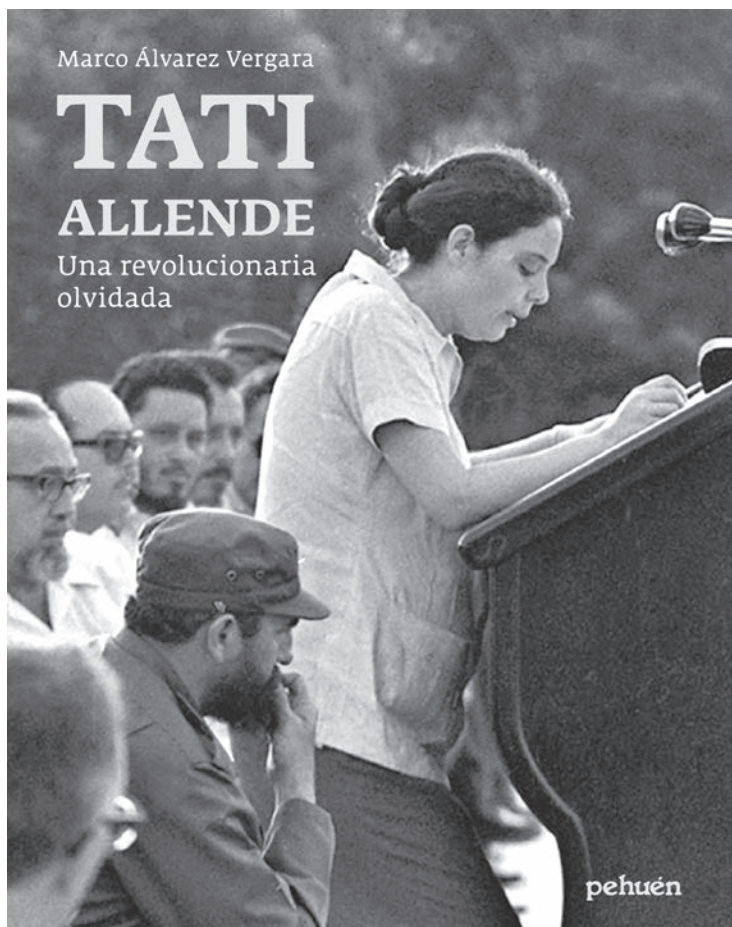
ecléctico que ha zigzagueado en su trayectoria entre la vocación por las investigaciones históricas, la necesidad de escritora, la sensibilidad cinematográfica y el accionar político, todo esto siempre envuelto por el crisol de la militancia. Su ser “militante”, apostamos, está íntimamente vinculado a la idea de “comunidad” que heredó de su padre.

La ternura del Che Guevara

Quizás por el exilio francés de su bisabuelo Eliodoro, extendido a la abuela Flora como a doña Mónica, o, tal vez, por la mera siutiquería de la aristocracia criolla que veía en la Ciudad de la Luz la aspiración máxima de asimilación, Carmen creció irradiada por la “alta” cultura francófona. Concordante con ello, ingresó en la educación secundaria a la Alianza Francesa y luego al colegio de las “monjas francesas”, establecimientos educacionales en los que hasta el día de hoy se reproduce la élite chilena.

Fue en el colegio donde conoció a sus grandes amigas de la vida y, reconoce que junto a ellas, rasgó en algo con aquella timidez que tanto la caracterizó en la niñez. Pero fue a los 14 años, en los trabajos voluntarios de verano en comunidades campesinas pobres, en el encuentro con los que sufren y en la hermosa dialéctica de la alfabetización, cuando se sintió llamada por la causa de los “condenados de la tierra”, como dijera Fanon. Carmen dirá: “allí había una energía de vida para mí que me nutría”.⁷ ¿Qué nutre el despertar político y social de Carmen? El Che Guevara decía que la cualidad más linda del revolucionario es sentir indignación frente a las injusticias.

⁷ Entrevista de Carmen Castillo con Vivian Lavín para el programa *Vuelan las plumas*, emitido por la Radio Universidad de Chile el 27 de abril de 2017.



CUBIERTA DE TATI ALLENDE. UNA REVOLUCIONARIA OLVIDADA, 2017

Cuando Violeta Parra volvió a Chile, a mediados de la década del sesenta, don Fernando –que ya era alcalde de la comuna de La Reina– le cedió un terreno para que pudiera montar una gran carpa que pretendía convertirse en el epicentro de la cultura popular chilena. Violeta allí cantaba en nombre de los harapientos y sentenciaba que “Chile limita en el centro de la injusticia”.⁸ En su juventud, Carmen tropezó con un país de miserias y desigualdades, en contraste profundo con sus propios

⁸ Cfr. Violeta Parra: “Al centro de la injusticia” (canción).



BEATRIZ TATZL ALLENDE Y CARMEN CASTILLO, LA HABANA, 1975. ARCHIVO PRENSA LATINA

privilegios de clase. Ella sintió que su lugar era otro, y de seguro que fue por ello que desechó continuar sus estudios universitarios en la conservadora Universidad Católica, donde su padre pronto se convirtió en el rector más emblemático de su historia. Carmen se desmarcó y su opción fue por la educación laica y pública, al ingresar a estudiar en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Historia fue su elección, mientras que sus expectativas futuras estaban en el mundo académico.

Su vocación por la historia se envolvía por aquellos días con la idea de que los pueblos sometidos del mundo estaban reescribiendo su propio devenir. En los pastosos campos del Pedagógico solo se hablaba de las luchas de liberación nacional y, sobre todo, de las verde olivas hazañas de los guerrilleros cubanos. Es allí donde se enamoró Carmen de un rebelde joven estudiante de Sociología, Andrés Pascal Allende, con quien se casó y tuvo a su primera hija, Camila –cuyo nombre sospechamos que fue tomado del mítico comandante de la Revolución Cubana, Camilo Cienfuegos–. Doña Mónica recordaría del matrimonio de su hija lo siguiente: “creo que esa fue la última fiesta que convivieron amistosamente –como era costumbre en la era de la república– moros y cristianos”.⁹

Pero no fue con Andrés Pascal Allende con quien Carmen se involucró en la militancia política, sino a través de la prima de este, Tati Allende, la hija revolucionaria y predilecta de Salvador Allende. “Mis primeros pasos en el compromiso concreto los visualizo guiada por ella”, dirá, “tomada de su mano voy descubriendo, a mediados de los sesenta, la esplendorosa cartografía de las luchas revolucionarias de nuestra América”.¹⁰ Tati lideró la sección

⁹ Mónica Echeverría y Carmen Castillo: ob. cit., p. 64.

¹⁰ Carmen Castillo: prólogo a *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada*, Pehuén Editores S. A., Santiago de Chile, 2017, pp. 11-12.



BEATRIZ TATÍ ALLENDE JUNTO A SU PADRE

chilena del Ejército de Liberación Nacional (ELN), dirigido por el comandante Ernesto Guevara en las montañas bolivianas. Carmen la siguió en la senda guevarista.

Solo eran cuatro las militantes de la sección chilena del ELN. Eran tiempos de abrigada fraternidad conspirativa. Una de las misiones de Carmen fue viajar clandestinamente a La Paz, Bolivia, donde tuvo que hacer un punto de contacto con el mando central de la guerrilla del Che que, por aquellos días, era liderada por Inti Paredo. Esa fue la primera vez que evadió la muerte, pues los esbirros bolivianos la acecharon sin suerte.

Carmen escribirá que “ser guevarista nos permitió sentir como propio todo sufrimiento, toda embestida a la dignidad humana, en cualquier lugar del mundo y en particular en América Latina”.¹¹ Al calor de una nueva

¹¹ Ídem.



BAUTISTA, MIGUEL ENRÍQUEZ Y MANUEL PIÑEIRO

ética militante se forjaba a la “mujer nueva”. Cuando llegó la noticia de la muerte del Che, Carmen y Tati se abrazaron y sus lágrimas se juntaron, pero también juraron que la lucha debía continuar bajo el lema de “Vencer o morir” por la revolución socialista. En esa proclama del comandante de sonrisa conmovedora –“hay que endurecerse sin perder la ternura”–, creemos que Carmen bordó su uniforme de militante revolucionaria, pues si hay algo fácil de reconocer en ella es esa amalgama y falso oxímoron de tierna rebeldía.

Los mil días de Allende

Como si fuera una historia de realismo mágico, en el año nuevo de 1970, en plena persecución represiva contra el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)

por su política de asaltos a bancos, Tati Allende invitó a sus amigos dirigentes miristas y a sus familias a un lugar seguro para que pudieran compartir en paz las festividades de fin de año. Carmen ya había comenzado su militancia en el MIR. La casa pertenecía a la “Payita”, Miria Contreras, la más leal compañera que tuviera Salvador Allende. Carmen evocará que “Allende, la Payita y la Tati vinieron a visitarnos hacia las doce de la noche, humor, amistad, la tribu en todo su esplendor, en el que la generosidad de la Payita nos liga para siempre ‘hasta que la muerte nos separe’ e incluso más allá”.¹² En esa época, también se terminará su matrimonio con Andrés Pascal.

“Mientras me arrastraba el viento de la revuelta”, dirá Carmen, “en esos días me enamoraba, irremediablemente enamorada, del hombre de mi vida, Miguel Enríquez”.¹³ Fue en el interregno que osciló entre el triunfo y la embestidura de Salvador Allende como presidente de Chile. Miguel llegó una tarde a su casa en la Quinta Michita, con su emblemática camisa azul entreabierto y un cúmulo de tareas militantes. De fondo sonaban boleros en el tocadiscos y fue justo en la canción “te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiero te detengo” que se detuvieron todos los tiempos. Miguel nunca más se fue de su lado.

¡Qué lindo bolero! Muchos años después, Carmen rodará una de sus películas menos conocidas y más hermosas dentro de su repertorio cinematográfico: *El bolero, una educación amorosa*.¹⁴ La música está presente en todos sus filmes, pero más aún en su itinerario afectivo. Al igual que la militancia política, esta tonada tan latinoamericana le despierta “amor y pasión” y,

¹² Mónica Echeverría y Carmen Castillo: ob. cit., pp. 118-119.

¹³ Ibidem, p. 121.

¹⁴ Carmen Castillo: *El bolero, una educación amorosa*, <<https://vimeo.com/365819264>>.

en el hervor de la nostalgia, le ha permitido el retorno de todas sus vidas pasadas. Es un encuentro íntimo con su intensa historia que se ha bifurcado y vuelto a empezar tantas veces.

A pesar de los intentos fascistas por boicotear el triunfo del pueblo, el 3 de noviembre de 1970 Salvador Allende asumió la presidencia de Chile. Tati Allende convocó a su amiga Carmen para que trabajara junto a ella y al “compañero presidente” en La Moneda. Sus tareas serían de carácter diplomático, pero no en el sentido formal del ejercicio, sino en su significación internacionalista proletaria. Particularmente, se hizo cargo de recibir a los exiliados latinoamericanos que habían arrancado de los tentáculos de la muerte que se imponían a través de las dictaduras militares auspiciadas por el imperialismo norteamericano. Al primer revolucionario que le tocó recibir a Carmen fue al francés Régis Debray, quien salió en libertad después de un cautiverio de más de tres años en las cárceles bolivianas, tras haber sido capturado en la guerrilla del Che. Con Debray, aunque políticamente ya han tomado caminos dispares, mantuvo Carmen un afectuoso vínculo que perdura hasta el día de hoy.

El trabajo de Carmen en La Moneda duró hasta que la pillaron reproduciendo en la fotocopidora del Ministerio de Relaciones Exteriores el “Manual de guerrilla urbana” de los tupamaros uruguayos. Es que tenía un pie en las tareas del gobierno popular y el otro en su militancia en el MIR. Como Tati Allende, en Carmen es un desafío calibrar el nivel de “afinidad electiva”¹⁵ que existe entre su allendismo y su guevarismo, sobre todo pensando en el daño que ha provocado la unívoca

¹⁵ Para introducirse en la categoría de “afinidad electiva”, véase el primer capítulo del libro de Michael Löwy *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa central. Un estudio de la afinidad electiva*.

sentencia de Allende como “expresión del reformismo” y a Guevara como “paladín de la revolución”. En esta encrucijada, existen tantos pliegues como contradicciones fructíferas para retomar el pensamiento estratégico transformador en la actualidad.

Una vez que finalizó sus labores en La Moneda, Carmen se vinculó académicamente a la Universidad Católica, donde asumió tareas de docencia e investigación en el Centro de Investigaciones de Historia de América Latina. Políticamente, continuó con su trabajo en el equipo de informaciones del MIR y con Miguel se fue a vivir en una pequeña casa que se encontraba invadida por “los libros... lo único propio. Los había por doquier, montones y montones de libros en el suelo y en tablas sostenidas por tarros de conserva o columnas de ladrillos. No alcanzaban las paredes para alinearlos en ellas”. A esa guarida se mudaron junto a Bautista van Schouwen, el amigo de cadenas inquebrantable de Miguel desde la infancia. Eran tan fraternalmente complementarios, como dirá Carmen: “Miguel, el ‘sol rojo’, pero Bauchi era ajeno a la envidia y a la mezquindad”.¹⁶ En esa casa triangularon una complicidad de acero, un compañerismo entendido como Bautista, es decir, “una etapa superior de la relación humana”.

Mucho se ha escrito sobre el gobierno de la Unidad Popular y la política del MIR en este periodo. Un océano bibliográfico, a veces falto de profundidad. Sin embargo, solo nos queda destacar el protagonismo de los pobres del campo y la ciudad, articulados mediante el despliegue del movimiento de masas y el poder popular. Si bien el golpe de Estado del 11 de septiembre trunció esta hermosa e inédita experiencia desde abajo,

¹⁶ Carmen Castillo: “Bautista van Schouwen. El tiempo de la fraternidad”, en *Bautista van Schouwen. Que la dignidad se haga costumbre*, Pehuén Editores S. A., Santiago de Chile, 2018, pp. 119-132.

Carmen, medio siglo después, sigue apostando porfiadamente por los caminos de la autoemancipación del pueblo. Parafraseando a Marx: “la emancipación del pueblo debe ser obra del mismo pueblo”.

Calle Santa Fe y el soplo de la memoria

En medio del bombardeo a La Moneda, Salvador Allende le envió a Miguel Enríquez un mensaje a través de Tati: “Ahora es tu turno, Miguel”; luego se suicidó, pues su dignidad le impidió rendirse y entregarse ante los traidores militares que días antes le habían jurado lealtad. Su muerte significó el fin del proyecto de vía pacífica hacia el socialismo con vino tinto y empanadas. Y consecuente con su trayectoria y pensamiento, no estuvo dispuesto a partir al asilo, tampoco a dirigir la resistencia desde un sector popular de Santiago, como se lo propuso el MIR.

Frente a la desazón de la izquierda chilena ante el golpe de Estado, la dirección del MIR impulsó la política de “El MIR no se asila”. Ninguno de sus militantes podía salir del país y la orden partidaria fue sumergirse en la clandestinidad, resistir la ofensiva fascista y preparar las condiciones para derrotar a la dictadura. Mientras las embajadas colapsaban frente al derecho al asilo, los miristas se replegaron a sus casas de seguridad con un relativo orden. La experiencia de la primera clandestinidad en el gobierno de Eduardo Frei Montalva los había fogueado en el arte del camuflaje. Miguel y Carmen se mantuvieron juntos.

La sanguinaria máquina de la muerte de la dictadura se activó el mismo 11 de septiembre y su objetivo represivo central fue capturar a los principales dirigentes de la izquierda chilena, entre ellos a Miguel y Bautista. Sus caras aparecían en las portadas de los periódicos como los más buscados. En la segunda semana de



CASA DE CARMEN CASTILLO EN CALLE SANTA FE; ABAJO, 2004

diciembre de 1973 Bauchi pasó por la casa de seguridad de Carmen y Miguel, quienes le pidieron que se quedara para su resguardo, pero él, pensando en la seguridad de todos, decidió partir en busca de un nuevo refugio. La noticia de su detención no tardó en llegar. Torturado, enterrado y exhumado por los esbirros de Pinochet, hasta el día de hoy es un detenido desaparecido. Era el único que sabía dónde se escondían Carmen y Miguel; guardó silencio y murió, para que sus amigos siguieran

viviendo. Al cumplirse 45 años de su asesinato, Carmen escribió, en conjunto con otras plumas, un libro colectivo en su memoria, que evoca sobre todo la costumbre de la dignidad.¹⁷

Al desaparecer Bautista, Carmen y Miguel se mudaron a una casa azul ubicada en la calle Santa Fe, en el sector sur de Santiago. La desolación por Bauchí solo fue aplacada –en algo– con la noticia del embarazo de Carmen. Se anunciaba un niño, que llamaban con cariño Bauchita. Pasaban los meses y la policía política de la dictadura perseguía sin descanso el paradero del hombre más buscado de Chile. Y fue el 5 de octubre que llegaron hasta él, como perros hambrientos sedientos de muerte. Miguel y Carmen combatieron incansablemente por el derecho a seguir viviendo. Porque por sobre todas las cosas, amaban la vida. Miguel partió. Carmen quedó gravemente herida.

Para conocer lo que ocurrió el 5 de octubre de 1974 en la calle Santa Fe, nos podemos remitir al artículo de Gabriel García Márquez: “El combate en que murió Miguel Enríquez, durante la dictadura chilena”; pero especialmente al hermoso libro que nos legó Carmen, *Un día de octubre en Santiago*,¹⁸ obra que estremece por su sensibilidad revolucionaria. Es un tributo a la vida colectiva y militante y a sus sueños; sin embargo, también es el triste ocaso de una de sus vidas: “La Catita [Carmen] murió. La asesinaron el sábado 5 de octubre de 1974, al lado de él, en ese patio de tierra suelta, cerca de la artesa [...]. La sangre de Miguel corre y levanta suaves olas en polvo. Y en esa sangre la Catita se va. Ya se ha ido, es una mancha rojiza y la tierra se la traga y se la lleva hacia adentro. Masa de tierra, tierra hasta el fondo de la

¹⁷ Cfr. Carmen Castillo: “Bautista van Schouwen. Que la dignidad se haga costumbre”, ob. cit.

¹⁸ Cfr. Carmen Castillo: *Un día de octubre en Santiago*, Editorial LOM, Santiago de Chile, 2013, p. 104.

tierra, seca. Dicen que se hizo polvo. La Catita ha muerto y nadie puede ocupar su lugar”.¹⁹

Gracias a la presión internacional y a las gestiones de su tío, el abogado de Derechos Humanos, Jaime Castillo Velasco, Carmen no fue asesinada, como acostumbraban hacer los aparatos represivos de Pinochet. Moribunda por la granada que le explotó a su sombra, la dictadura a regañadientes la expulsó del país. Partió a Inglaterra a reencontrarse con su familia y fue en esa tierra lejana donde la tragedia inmediatamente se volvió a presentar: el hijo que esperaba de Miguel quedó dañado en el enfrentamiento del 5 de octubre; no sobrevivió al odio de los vencedores. De esta forma comenzó su vida de apátrida, de ciudadana de un mundo sin límites ni fronteras.

En su documental *Desterria, un país llamado exilio*,²⁰ basado en un rencuentro en tierra mexicana con su hija Camila y su nieta Leyla, Carmen se pregunta por los caminos del exilio y su desenlace, aquel retorno definitivo a la patria querida. Nunca más volvió del todo. ¿Por qué? El país que dejó a la fuerza se había ido más lejos que ella.

Corrían los treinta años de la muerte de Miguel y en Chile se realizaron variadas actividades en su nombre. Esta conmemoración, como pocas, logró imponerse al sectarismo de los “revolucionarios” de Chile. Carmen participó activamente en este esfuerzo articulando a una serie de políticos e intelectuales de la izquierda mundial, desde Régis Debray hasta el subcomandante Marcos, quienes enviaron sus saludos de homenaje. El estadio Víctor Jara se rebalsó y los asistentes pudieron escuchar con emoción a Pablo Milanés y su canción

¹⁹ Ibidem, p. 104.

²⁰ Cfr. Carmen Castillo: *Desterria, un país llamado exilio*, <<https://vimeo.com/213908936>>.

dedicada a Miguel: “Yo pisaré las calles nuevamente/ de lo que fue Santiago ensangrentada”. En aquellas jornadas, a Carmen se le vio tras el lente de la cámara, tomando las últimas imágenes del documental más extenso e importante de su filmografía: *Calle Santa Fe*.²¹

El historiador de las ideas Enzo Traverso, en su reciente libro *Melancolías de izquierda*,²² al analizar *Calle Santa Fe* dirá que en este documental Carmen “cristaliza la memoria” al retratar a Miguel no como un ícono para el culto y la veneración, sino como un legado político vivo que se recrea en las nuevas luchas de la juventud chilena y latinoamericana. Según Michael Löwy, “las páginas que consagra Enzo Traverso a esta película figuran entre las más logradas del libro”.²³ *Calle Santa Fe* ¡es una revuelta de las temporalidades históricas!

Cuando se presentó *Calle Santa Fe* en París, el filósofo revolucionario Daniel Bensaïd dijo sobre Miguel: “parece que quieren, tantos años después, asesinar la memoria después de haber asesinado a los hombres. Es como si los vencedores no pudieran dormir tranquilos, como si no estuvieran tan seguros de su victoria”.²⁴ El 5 de octubre vuelve una y otra vez para incomodar a los vencedores y su victoria pasajera, y Carmen se adueña de este “recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro”.²⁵ Para ella, el “viento de la memoria” (frase que utiliza en un pasaje de la película) es una subversión contra el “tiempo-ahora”, para convertirlo en un tiempo estratégico y así dinamizar el arte de la política emancipadora.

²¹ Cfr. Carmen Castillo: *Calle Santa Fe*, <<https://vimeo.com/365791864>>.

²² Cfr. Enzo Traverso: *Melancolía de izquierdas. Marxismo, historia y memoria*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2019.

²³ Michael Löwy: reseña de *Melancolía de izquierdas*, en *Viento Sur*, 2017, <<https://vientosur.info/melancolia-de-izquierda/>>.

²⁴ Daniel Bensaïd: “*Rue Santa Fe: forces de vie*”, París, 6 de diciembre de 2007.

²⁵ Walter Benjamin: sexta tesis de *Sobre el concepto de historia*.

La apuesta melancólica

Desde que la expulsaron de Chile, y tras la pérdida de su hijo –a quien llamó Miguel Ángel–, Carmen no tuvo tiempo para llorar a sus muertos. En enero de 1975 se presentó “incandescente y combativa” –dirá su amigo Régis Debray, quien la acompañó– ante el Tribunal Russel en Bruselas, para denunciar los sangrientos crímenes de la dictadura cívico-militar chilena. Seguidamente, el partido tuvo una nueva misión para ella: ser el rostro de los miristas frente a la solidaridad internacional. Ciudad tras ciudad, mitin tras mitin, evadiendo la inevitable angustiosa memoria, sin darse cuenta terminó por convertirse en la viuda del héroe. Se preguntaba: “¿cómo de ser la compañera invisible de Miguel pasé a ser su representante ‘oficial’?”.

Fue en un viaje a La Habana donde los cubanos en conjunto con la dirección del MIR decidieron que ella debía vivir en el epicentro de la revolución latinoamericana, en el hermoso Caribe rojinegro; sin embargo, para ese entonces los soviéticos ya se encontraban instalados en Cuba, como si estuvieran en la Plaza Roja de Moscú. Tati Allende, su amiga entrañable, compañera eterna de sueños, la instó a partir de la isla y, en su calidad de principal figura articuladora de las izquierdas en el exilio, convenció a quien se cruzó en su camino para que Carmen pudiera marcharse tan lejos como fuera necesario. Ese fue el último encuentro de las guevaristas chilenas, pues Tati al poco tiempo decidió partir aún más allá, donde el retorno es solo memoria: se suicidó.

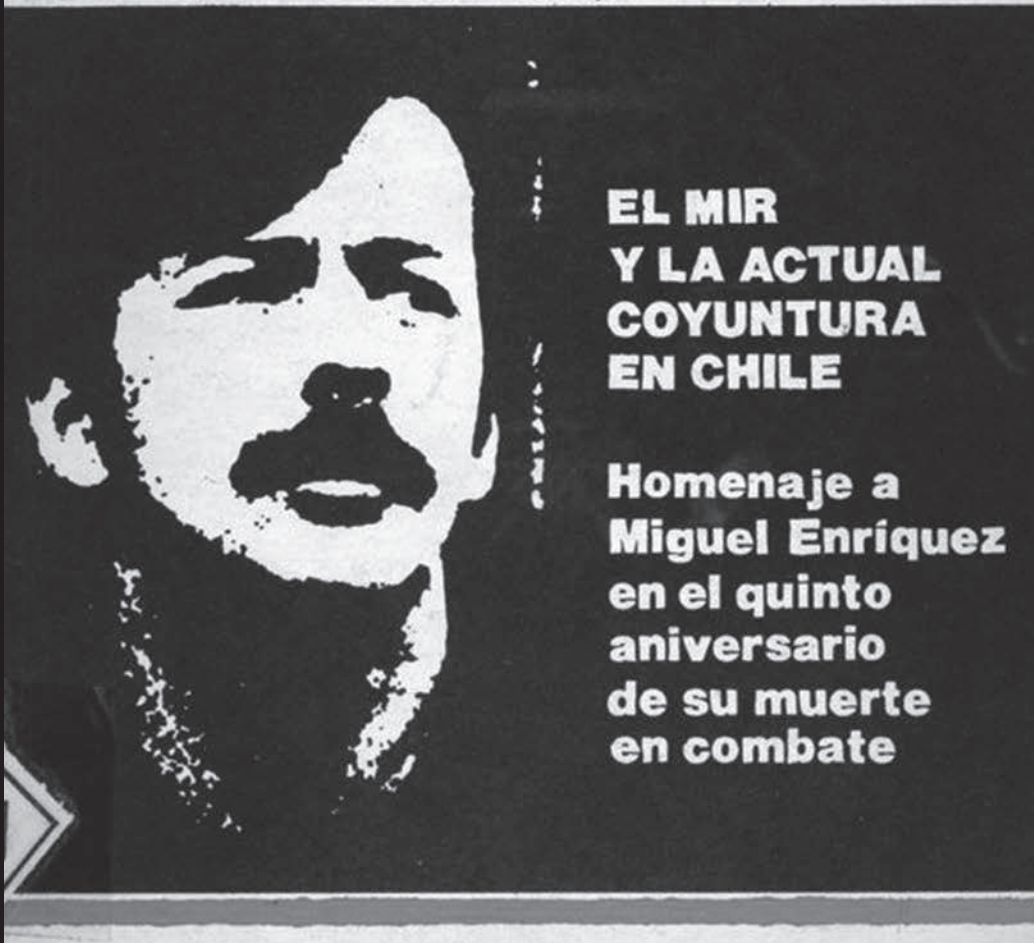
Familiarizada con la cultura francófona y su idioma, Carmen se asentó en Francia. Pensó en retomar sus labores como investigadora en alguna de las universidades del país, pero estas ya se habían copado de académicos de Chile mientras ella se encontraba en la clandestinidad y luego en las tareas de solidaridad internacional.

CORREO DE LA RESISTENCIA



EDICION ESPECIAL Nº 8

Octubre, 1979



**EL MIR
Y LA ACTUAL
COYUNTURA
EN CHILE**

**Homenaje a
Miguel Enríquez
en el quinto
aniversario
de su muerte
en combate**

**CORREO DE LA RESISTENCIA, ÓRGANO OFICIAL DEL MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA (MIR),
CHILE: [S. N.], 1974-1979. V., NO. 8, (OCT. 1979). BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE**

Ella piensa que fue para mejor. Sin la calidad de refugiada política, comenzó a trabajar en una boutique ubicada en el barrio Les Halles, frente a la iglesia de San Eustaquio, donde, entre otras cosas, vendía bicicletas chinas. En el silencio del anonimato comenzaba a morir poco a poco la viuda del héroe.

Carmen se envolvió del campo intelectual parisino, siempre desde la izquierda heterodoxa. A la boutique llegaba para conversar con ella el filósofo Gilles Deleuze, quien le enseñó a “experimentar el exilio, como quien experimenta las diferentes edades de la vida”.²⁶ A veces a Deleuze le acompañaba su amigo filósofo y psicoanalista Félix Guattari, quien fue de gran apoyo terapéutico para Carmen. Pero, como en su juventud, fue a través de la fuerza de las mujeres, en su encuentro con el feminismo radical, que Carmen rompió definitivamente con su papel de portavoz del héroe. Las feministas la emplazaron para que recuperara la existencia, extirpara la culpa e, incluso, el derecho a volver a bailar.

Un buen amigo de Bensaïd y Carmen, Michael Löwy, nos dirá que “la apuesta melancólica nos ofrece una nueva mirada sobre la esperanza, una esperanza que nos ayuda a restablecer la circulación entre la memoria del pasado y la apertura hacia el futuro”.²⁷ Por su lado, Carmen nos diría que “el deseo de la subversión, de la desobediencia, no puede surgir solo, tiene que surgir del deseo de la memoria, del pasado”, a lo cual agregaría que “ya no tenemos la certezas del ayer, pero en la incertidumbre, en la apuesta melancólica de la acción presente están viviendo, moviéndose, aquellos que ya no están. De eso estoy convencida”.²⁸

²⁶ Carmen Castillo, entrevistada en la Universidad de Girona, 2015.

²⁷ Michael Löwy: “La herejía comunista de Daniel Bensaïd”, <https://vientosur.info/wp-content/uploads/spip/pdf/La_herejia_Comunista_de_D-_Bensaid.pdf>.

²⁸ Carmen Castillo, entrevistada en la Universidad de Girona, 2015.

El encuentro con Bensaïd, el marxista heterodoxo, le-ninista libertario y estratega de la revolución, tuvo un gran impacto en la trayectoria de Carmen y su visión (transformadora) del mundo. En ese encuentro con su pensamiento, la nostalgia que mata y vuelve la historia de los vencidos en un cementerio sin puerta de retorno se convirtió en una “apuesta melancólica” al servicio de la emancipación. Emancipación que para ella tiene un nombre: “esa palabra asesinada es el comunismo”, nos dirá; y que, según Bensaïd, “sigue siendo la palabra más justa, la más cargada de memoria, la más precisa, la más apta para nombrar los retos históricos de la época”.²⁹

La historia de los vencidos

En el año 2011, al calor de las movilizaciones estudiantiles chilenas, Carmen estrenó el documental *Víctor Serge. Vivencias de un revolucionario*.³⁰ Ahí relatará que su primer encuentro con el inquebrantable revolucionario libertario, tan internacionalista como apátrida, fue en la casa azul de la calle Santa Fe, donde en una vieja maleta encontró sus libros reposando en medio de fusiles y municiones. Serge había muerto hacía un cuarto de siglo, en el destierro mexicano, pero allí estaban sus *Memorias de un revolucionario* y *El año I de la revolución*, que Miguel –quién más que Miguel–, en su voracidad enciclopédica sobre la revolución bolchevique, tenía que haber seleccionado para que los acompañara en la lucha clandestina.

Si en la oscura noche dictatorial leerlo reafirmaba el compromiso a no someterse jamás ante la maquinaria de la muerte, en el exilio Carmen se reencontró con

²⁹ Daniel Bensaïd: *Una lenta impaciencia*, Barcelona, Editorial Sylone, 2018.

³⁰ Cfr. Carmen Castillo: *Víctor Serge. Vivencias de un revolucionario*, <<https://vimeo.com/21535564>>.

Víctor Serge, el intelectual revolucionario, el escritor militante, quien le abrió la necesidad de dar testimonio de lo vivido, es decir, de la vida colectiva desde la historia de los vencidos. En el entretiem po de su trabajo como vendedora en la boutique parisina, y acompañada con el eco de los pájaros sueltos que silbaban en algún rincón de la tienda, inició su vida de escritora en pequeños cuadernos que comenzaron a inmortalizar su memoria. Sus recuerdos se expresaban en francés, y años después dirá que “tal vez porque necesitaba de una lengua extranjera para soportar la memoria de los ausentes”.³¹

El resultado se llamó *Un día de octubre en Santiago* y por su título pareciera solo tratarse del último enfrentamiento que llevó a la muerte a Miguel. No lo es. La intención de su autora no fue dar cuenta de aquel combate que Gabriel García Márquez ya había cargado de heroicidad,³² sino plasmar las sutilezas de la vida militante, pues hasta el día de hoy Carmen sigue insistiendo en que “no conmemoremos la muerte, no recordemos solo el sentido heroico de ese acto. Miguel Enríquez, un revolucionario, amaba la vida, la vida lo amó”.³³ Es un libro de fraternidad revolucionaria y “Carmen narra desde la forzada compartimentación de los clandestinos”, como dirá su amigo cubano Fernando Martínez Heredia: “paradoja de soledades de los que han forjado la más hermosa hermandad”.³⁴

³¹ Carmen Castillo: prólogo a la edición mexicana de *Un día de octubre en Santiago*, 1982.

³² Cfr. Gabriel García Márquez: “El combate en que murió Miguel Enríquez, durante la dictadura chilena”, <werkenrojo.cl/el-combate-en-que-murio-miguel-enriquez-durante-la-dictadura-chilena-por-gabriel-garcia-marquez/>.

³³ Carmen Castillo: prólogo a la edición chilena de *Un día de octubre en Santiago*, p. 8.

³⁴ Fernando Martínez Heredia: “Miguel apunta al futuro”, prólogo a la edición cubana de *Un día de octubre en Santiago*, ob. cit., pp. 3-4.

En 1979, cuando Carmen terminó de escribir *Un día de octubre en Santiago*, como buena escritora militante le hizo llegar un primer borrador a la dirección del MIR, para sus comentarios y aprobación. En una carta que guarda hasta el día de hoy, la respuesta fue desgarradora: “Este libro no puede ser publicado ya que atenta contra la moral de Miguel, del MIR y de la revolución chilena”. Todo lo que había escrito con tanto rigor, ternura y sensibilidad revolucionaria era cuestionado desde una ilógica jerarquía. Fue un duro golpe para ella.³⁵

En el mundo de los vencidos aparece la sombra de nuevos vencedores, quienes administran el castigo sin contemplación e intentan monopolizar la historia de las derrotas. Al igual que Víctor Serge, que siguió escribiendo en la URSS bajo la amenaza del propio Stalin, quien luego lo apresó, Carmen se enfrentó a la coerción de las leyes de las purgas en nombre del santificado socialismo. Exigió su derecho a disentir y su libro se terminó por publicar en 1980; fue triste para ella que ocurriera bajo la mirada enjuiciadora de compañeros que se acogían en aquella época a la falsa disciplina militante que emanaba desde el poder partidario. Posiblemente no la expulsaron porque cómo iban a hacerlo con la viuda del héroe que ellos mismos habían ayudado a erigir.

Gracias a su coraje, *Un día de octubre en Santiago* hoy puede considerarse un texto fundacional de la nueva literatura revolucionaria latinoamericana, quebrando así con los esquemas literarios oficialistas de la hagiografía comunista. Todo aquel que quiera escribir en nuestro continente una historia a contrapelo, desde la vereda de los vencidos, debe detenerse en este libro y

³⁵ Si bien Carmen en varias ocasiones ha mencionado esta historia, en la entrevista que le realizó la Universidad de Girona en 2015 creemos que expresa con mayor nitidez el dolor que le causó esta censura.

captar la fibra de humanidad hecha palabra que enuncia Carmen y que uno igual puede ver en cada una de sus películas.

Cine y militancia

No tenemos idea de cómo fue el encuentro entre Carmen y Pierre Devert, director y productor de cine francés, quien se convertiría en el padre de sus hijos, Diego y Tomás. Lo que sí sabemos es que fue Pierre quien la acercó al cine documental, al invitarla a participar del proyecto cinematográfico *Los muros de Santiago*. Sin embargo, fue su amiga Sylvie Blum quien la acompañó en su proceso formativo y con ella fue a codirigir su primera película: *Estado de guerra en Nicaragua*. Carmen contará: “fuimos con Sylvie a intentar ver cómo se generaba la imagen dominante que pasaba en las televisiones americana y francesa sobre una guerra invisible, que era la contrarrevolución en Nicaragua”.³⁶

A principios de los ochenta el proceso sandinista en Nicaragua y las guerrillas centroamericanas revitalizaron el compromiso revolucionario en América Latina, pero mientras más avanzaba la década comenzaba a sentirse entre las militancias críticas el rocío del viento de contrarrevolución mundial. Muchos vieron la oportunidad de fugarse de la derrota. Carmen no: a contrapelo de la incertidumbre, reafirmó su compromiso con los vencidos y su historia, y encontró en el cine —es correcto decir asimismo que el cine la encontró a ella— un camino de ruptura y continuidad con el quehacer revolucionario.

Carmen halló en el oficio de hacer películas un “nosotros” palpable. La escritura, aunque siempre es un

³⁶ Carmen Castillo: “Ahí vamos”, entrevista con Miguel Carmona y Nicolás Slachevsky, *CARCAJ*, 20 de agosto de 2016.

ejercicio dialógico, desde el frente de la memoria –sobre todo con los que ya no están–, siempre está impregnada de la soledad y su desgarrador silencio inspirador. El cine es todo lo contrario o, como dirá Carmen, “[es] un encuentro con lo colectivo”, “la riqueza que me aporta [el trabajo colectivo] me permite bifurcar, encontrar, pensar, durante el tiempo de preparación y de rodaje, cosas que es imposible que hubiera encontrado sola”.³⁷ Es como si para ella rodar fuera un reencuentro con la porfía del ser militante. ¿Una nueva forma de militar?

Cuba en debate es una de las últimas películas de Carmen,³⁸ donde se sumerge en la realidad y los desafíos actuales del pueblo cubano tras la partida de Fidel Castro. Conversando con la joven documentalista cubana Carla Valdés León, asistente de dirección de este documental, ella aseguró que “una de las cosas que me quedan de trabajar con Carmen y su cine es cómo ella ha sabido poner la piel, los sueños, los compromisos, no como personaje, sino como esencia misma de sus películas, es decir, su cine es como un viacrucis donde ella va pasando con sus miedos y esperanzas, pero, sobre todo, con sus compromisos militantes”. Carla recalca que si bien la obra de Carmen parte de ella misma, esta termina diluyéndose siempre en lo colectivo, cuestión esencial del cine militante y comprometido.³⁹

“La batalla por la memoria”, para Carmen, “es la batalla por visibilizar los invisibles”.⁴⁰ ¿Los invisibles del ayer? También del tiempo presente, y en la construcción cinematográfica eso se traduce en una lucha contra la hegemonía de la banalización televisiva.

³⁷ Ídem.

³⁸ Cfr. Carmen Castillo: *Cuba en debate*, <<https://vimeo.com/217039114>>.

³⁹ Cfr. Carla Valdés León, conversación telefónica con Marco Álvarez Vergara, abril de 2020.

⁴⁰ Ídem.



Pouvons-nous encore infléchir le cours fatal du monde ?



"L'histoire n'est pas écrite d'avance, c'est nous qui la faisons" Daniel Bensaïd



ON EST VIVANTS

Un film de Carmen Castillo

CARTEL PROMOCIONAL DEL DOCUMENTAL *AÚN ESTAMOS VIVOS*, 2015

Carmen conoce muy bien a Gramsci y la apuesta contrahegemónica, por ello no es de extrañar que se vincule y se sienta parte de la Escuela Popular de Cine, proyecto comunitario instalado en La Pintana. Es ahí, en la comuna más estigmatizada y marginalizada del país, en el corazón del campo popular chileno (y en el llamado a construir poder popular), donde contribuye a la construcción de una alternativa de los subalternos. En la escuela “cada película en proceso cuenta crudamente una realidad que nunca vemos en la televisión”, dirá; y “me sorprende siempre cómo allí emerge cristalinamente la legitimidad de las luchas que dimos en el pasado”.⁴¹ ¡Qué *melancolía* más subversiva la de Carmen!

Posiblemente la última intervención de Carmen –la militante del cine– fue en el marco del XXIV Festival de Cine Social y Antisocial (FECISO), el 14 de diciembre de 2019, donde, al dirigirse a los jóvenes cineastas que se encontraban registrando la revuelta social chilena, les dijo: “Ya nada será como ayer y todo lo que vendrá va a depender de nosotros. De nuestra capacidad de organizarnos, de hacer realidad los sueños y de comprobar intentando un camino. Entender, comprender, dialogar, discutir, debatir, liberar la palabra”.⁴²

Por último, hay algo que marca el cine de Carmen y que no podemos dejar pasar. En su documental *Inca de Oro*,⁴³ que es el nombre de un perdido pueblo minero en medio del desierto de Atacama, uno se pregunta sobre su cine político: ¿cuál es el objetivo de filmar

⁴¹ Alejandra Carmona López: entrevista con Carmen Castillo, *El Mostrador*, 21 de septiembre de 2016.

⁴² Carmen Castillo: palabras en el Festival de Cine Social y Antisocial (FECISO), 14 de diciembre de 2019, <<https://www.youtube.com/watch?v=3JW2X6Sq9OI>>.

⁴³ Cfr. Carmen Castillo y Sylvie Blum: *Inca de Oro*, <<https://vimeo.com/215365038>>.

un lugar que se apaga ante la nostalgia de un pasado pujante de riquezas? Allí, en el entrecruce de dos mundos, entre el extractivismo transnacional que avanza y el oficio pirquinero que resiste, pensamos que Carmen encuentra una idea de “comunidad” que la debe remontar a su padre y al latir de la militancia revolucionaria. Esta búsqueda de nuevos saberes comunitarios la lleva a recorrer desde el río Bravo al río Biobío, entre territorio zapatista y mapuche, cruzando el campo liberado de los Sin Tierra en Brasil y trepando el altiplano indígena boliviano; terrenos insolentes, que se palpan en varias de sus películas.

Traidores y conversos

En el documental *Hoy y no mañana* (2018), dirigido por Josefina Larraín –donde Carmen Castillo participó como “asesora de guion”–, se nos remonta al olvidado papel que tuvieron las mujeres en la lucha contra la tiranía de Pinochet. La primera protagonista en aparecer en esta película no podía ser otra que doña Mónica, a quien se le muestra en una grabación abogando y presionando a la dictadura por el retorno de su hija, después de un largo exilio de trece años. Y así volvió Carmen un invierno de 1987 y las imágenes de su aterrizaje en Chile y el emotivo reencuentro con su familia quedaron inmortalizados por las cámaras de televisión. Si bien este primer regreso fue por un salvoconducto de quince días para ver a su padre, que se encontraba enfermo, el retorno estuvo cargado de simbolismo político, pues este permiso se le había arrebatado al tirano gracias a una activa campaña de solidaridad.

Con el regreso a la “democracia” chilena en 1990, Carmen comenzó a ir y venir de París a Santiago; sin embargo, confesó sobre sus retornos: “solo veo militares y traidores y la resignación de la gente que pasa. El asco me



FOTOGRAMA DE LA FLACA ALEJANDRA, 1994

atraganta”.⁴⁴ Lejos, muy lejos se había ido la tierra que la vio nacer, soñar y luchar. Ya no era su país, nada se encontraba en su lugar y la amnesia había suplantado al porvenir. Pero en cada reencuentro la fuerza de la *melancolía* la envuelve, y si bien dijo: “primero quisiera matar a los criminales, ignorar a los renegados”, su eterno compromiso con la transformación del mundo la hace pensar en “que el viento sople, arrase con los miedos y levante los deseos de cambio (una vez más los jóvenes, los indios, los pobres)”.⁴⁵

En 1993 Carmen regresó, cámara en mano, con una idea clara: reconstruir el hilo represivo que concatenó aquel fatídico 5 de octubre de 1974. De esta forma surgió su reconocido y premiado documental *La Flaca Alejandra. Vidas y muertes de una mujer*,⁴⁶ que se centra en

⁴⁴ Frase pronunciada en el documental *Calle Santa Fe*.

⁴⁵ Mónica Echeverría y Carmen Castillo: ob. cit., p. 10.

⁴⁶ Cfr. Carmen Castillo y Guy Girard: *La Flaca Alejandra. Vidas y muertes de una mujer*, <<https://vimeo.com/215707959>>.

FOTOGRAMA DE *LA FLACA ALEJANDRA*, 1994

la historia de Marcia Merino, exmilitante del MIR hasta el día en que se convirtió en colaboradora de la policía secreta de Pinochet. Mucho se ha escrito y dicho de esta obra, sobre todo en cuanto a la Flaca Alejandra como “leyenda, el símbolo de la traición”; no obstante, creo que la película nos lleva a otra dimensión que nos ayuda a delinear la semblanza rebelde de Carmen. Obsatinada, a lo largo del documental busca conversar con el coronel Miguel Krassnoff –quien lideró el operativo militar del 5 de octubre y se autorreivindica como el hombre que asesinó a Miguel–, a pesar de que por esos días no dejaba de recibir amenazas e insultos “anónimos”. Carmen insistió en enfrentarse cara a cara con Krassnoff, cerebro operativo de la represión dictatorial, que para esa fecha aún se encontraba en el alto poder militar como jefe superior del Ejército en el sur de Chile. Vaya “democracia” la chilena. Con plena impunidad, el “valiente soldado” que administró la salvaje maquinaria del exterminio no se atrevió a tal encuentro.

El tiempo “vacío y homogéneo” que se impuso en los años noventa, con la globalización neoliberal, se bifurcó en el amanecer de 1994 en el sureste de México, al alzarse en armas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Su carismático portavoz, el subcomandante insurgente Marcos, atrapó las miradas y esperanzas del mundo subalterno. Evadiendo a traidores, así como a conversos en Chile, Carmen se sintió llamada por el grito de dignidad de los zapatistas que volvieron a sublevar las viejas palabras de “justicia, libertad y democracia”. Ella partió a Chiapas a encontrarse y dialogar con aquel líder, y surgió de este encuentro la película *La verdadera historia del subcomandante Marcos*,⁴⁷ que creemos es el material audiovisual más clarificador que existe de la historia de los orígenes de EZLN. Si bien Carmen nunca ha compartido el imaginario zapatista impuesto desde afuera de “cambiar el mundo sin tomarse el poder”, posiblemente su vinculación con esta organización que llamó a reimaginarlo todo fue más estrecha de lo que conocemos. ¿Se adhirió/militó en este proyecto?

Seguimos en los claroscuros noventa: Pinochet ya había entregado la banda presidencial, no así el poder ni la jefatura máxima del Ejército. Peor aún: su espuria Constitución seguía (sigue, pero está por caer) rigiendo la vida de los chilenos. Los “valientes soldados”, torturadores, violadores y asesinos caminaban al ritmo de la impunidad de una “democracia” que había pactado olvidar. Un sociólogo de moda en aquel tiempo escribió que en la transición el olvido fue la etapa superior del consenso.⁴⁸

¿Consenso? Y ahí vienen los traidores. Viejos compañeros que pactaron con los militares el regreso a la

⁴⁷ Cfr. Carmen Castillo: *La verdadera historia del subcomandante Marcos*, <<https://vimeo.com/217107692>>.

⁴⁸ Cfr. Tomás Moulián: *Chile actual: anatomía de un mito*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1997.

“democracia”, a cambio de cambiarlo todo para que nada cambiara. De afinar lo que el martiniqués Aimé Césaire llamó la “máquina del olvido”. Olvidar a nuestros muertos y sus sueños, al precio de escalar en las esferas del poder hasta volverse lacayos del todopoderoso empresario. En una entrevista Carmen dirá: “cuando tomo la palabra trato de hacerlo desde mis mundos. Allí es inimaginable que alguno de nosotros vaya a pedirle plata a un empresario. No hay relación entre el mundo popular, los colectivos que allí se organizan y trabajan, con el mundo de los de arriba, los del poder económico”.⁴⁹ A estos inescrupulosos sin memoria doña Mónica, en su hermoso libro *¡Háganme callar!*,⁵⁰ los bautizó como “los conversos”.

El ángel de las barricadas

2019, y es octubre. Como todos los años, Carmen organiza sus compromisos laborales, políticos y familiares en París, para regresar a Santiago. Son días donde se cristaliza la memoria. Siempre vuelve en silencio a la casa azul de la calle Santa Fe. Los autoproclamados “legatarios” de Miguel, diseminados por la derrota y el sectarismo, organizan actividades –rituales en su nombre que compiten entre sí– y, de tanto “armar al héroe” (cosificarlo), terminan desarmando su pensamiento revolucionario. Cuánta razón tiene el amigo de Carmen, el filósofo cubano Félix Valdés, cuando dice que “silenciamos también cuando banalizamos, trivializamos y vaciamos de contenido exacto el pasado”.⁵¹ Todos los grupos quieren contar con la presencia de ella, como si su palabra fuera la única legítima en medio del

⁴⁹ Alejandra Carmona López: ob. cit.

⁵⁰ Mónica Echeverría: *¡Háganme callar!*, Ceibo Ediciones, Santiago de Chile, 2016.

⁵¹ Félix Valdés García: *El ángel de la revolución caribeña y latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires, 2019, p. 79.



“MIGUEL ENRÍQUEZ,
EL ÁNGEL DE LA BARRICADA”,
POR CARMEN CASTILLO.
PRESENTACIÓN PUBLICADA POR
RADIOPARTISANATVSUR, 2019.
<[https://www.youtube.com/
watch?v=Kv2D6BogChw&t
=80s](https://www.youtube.com/watch?v=Kv2D6BogChw&t=80s)>

derrotero de desconfianzas de una organización que se destripó por dentro. Asiste a las actividades que puede, y siempre intenta dejar un mensaje que contribuya en clave estratégica a las luchas del pueblo.

El sábado 5 de octubre, justo a 45 años de la caída en combate de Miguel, se presentó el texto *El libro nuestro de Miguel*.⁵² La actividad se realizó en Villa Grimaldi, otrora centro clandestino de tortura de la dictadura chilena. Allí Carmen, cargando con el peso de sus compañeros desaparecidos en ese lugar, hizo alusión al “ángel de las barricadas”, que es una reapropiación crítica de la idea del “ángel de la historia”, de Walter Benjamin, realizada por un amigo de Carmen, el filósofo argentino Diego Tatián. Citando a Tatián, Carmen dirá: “El ángel de la barricada es diferente del ángel de la historia: no tiene su rostro vuelto hacia el pasado, ni las alas desplegadas por la tempestad del progreso, ni la expresión desencajada por la ruina y por la muerte que se acumulan a sus pies. El ángel de la barricada revoca las soledades que la adversidad destina a los rebeldes –aunque tal

⁵² *El libro nuestro de Miguel* es un volumen colectivo editado por *La Estaca*. Carmen contribuyó con un artículo.



TATI, CARMEN Y MANUEL CABIESES, LA HABANA, 1975. ARCHIVO PRENSA LATINA



CARMEN CASTILLO, MANUEL CABIESES Y MÓNICA ECHEVERRÍA, FILSA, 2015

vez no su vida breve— y establece una comunidad ubicua entre los vivos, los muertos y los no nacidos”.⁵³

El “ángel de la barricada” para Carmen es un reencuentro con la fraternidad, que acoge con rebeldía al campo popular y a los militantes que no han dejado de luchar a pesar de las hostiles penumbras que ha impuesto la larga noche neoliberal. Evoca esperanza en la derrota, para

⁵³ El texto de Diego Taitán, “El ángel de la barricada. Apuntes sobre la memoria de las rebeliones”, se puede consultar en <<http://www.revistaharoldo.com.ar>>.

convertirla en sabiduría de la acción. Reivindica el derecho a la unidad y a disentir en la otredad, con la misma fuerza que convoca a reinventar los caminos del socialismo.⁵⁴ Como buena benjaminiana, las ideas de Carmen se sostienen en la confianza disruptiva de la falsa linealidad del progreso y en la fe irrestricta en que en el estallido de la historia los subalternos decidan romper con el orden dominante. Quienes estaban en Villa Grimaldi ese 5 de octubre la quieren, respetan y le creen, pero posiblemente después de diecisiete años de dictadura y treinta años de consenso neoliberal les costó enfocar el trastocado horizonte de la emancipación. ¡A quién no!

El 18 de octubre de 2019 en Chile estalló el *continuum* de la historia. Si bien hace días los estudiantes secundarios lo venían prologando, la ruptura con la violenta “normalidad” neoliberal llegó al compás de las revoluciones: de sopetón. La pólvora ya se encontraba seca. Al llegar la noche, en cada esquina las barricadas comenzaron a iluminar un camino de insolencia social y popular que se convirtió en una revuelta en nombre del pueblo y su dignidad. A pesar de la brutal represión, el derecho a la sublevación se instaló como una comunidad que insubordinó al tiempo y el espacio. La poesía se hizo multitud. Las murallas no han dejado de hablar y la principal consigna del movimiento ha sido: “Que la dignidad se haga costumbre”. Aunque pocos lo saben, es el título de una canción dedicada por el cantautor popular Patricio Manns a Bautista van Schouwen. ¿Qué pensará Carmen del regreso de su gran amigo Bauchi?

“Me he deslizado entonces, día tras día, de un lugar a otro, junto a la gente, rodeada de jóvenes, ocupando las calles, las plazas”,⁵⁵ dirá en una entrevista Carmen. La

⁵⁴ Para una interpretación directa de su discurso, véase <<https://www.youtube.com/watch?v=Kv2D6BogChw>>.

⁵⁵ Evelyn Erlij y Jennifer Abate: “El tiempo de la igualdad es el presente”, entrevista con Carmen Castillo, Palabra Pública,

noche de año nuevo se llamó a una gran concentración en Plaza de la Dignidad. Entre la música jolgoriosa y el calor de las barricadas, se le vio caminar. Viejos compañeros la reconocieron, mientras que la amplia juventud rebelde la acogía como a una más. Es una militante de la revuelta. Su preocupación está en el futuro que es hoy, sobre todo en el despliegue de las asambleas populares y ciudadanas autoconvocadas (poder popular).

La historia de la revuelta –a pesar de la crisis sanitaria en curso– se sigue escribiendo al pulso de la construcción de la ciudad futura, pero también bajo el permanente garrote represivo que hoy contabiliza 34 muertos y más de 2 500 presos políticos. Una joven que lleva más de cuatro meses prisionera, Paula Cisternas, en una carta de su puño y letra desde la cárcel Santiago 1, escribió: “de verdad que necesito que se haga mucha presión desde afuera para poder recuperar pronto nuestra libertad”.⁵⁶ Estremecida por su clamor de libertad, Carmen no tardó en contestarle: “Me inclino agradecida ante tu presencia activa y alegre, digna y grave, en los inicios de nuestra rebelión. El octubre chileno, la comunidad de los sin comunidad, permanece y continúa inventando caminos en este presente sombrío. Tu ser frágil resiste, tu cuerpo adolorido emite un gemido y nuestra ira crece y crece ante tanta crueldad”. Y se despide con un “hasta pronto en la Plaza Dignidad, querida Paula”.⁵⁷

* * *

75 años cumple Carmen, y ya no están muchos de los compañeros que la han escoltado en su transitar rebelde. Algunos partieron hace bastantes años, como

Universidad de Chile, noviembre de 2019.

⁵⁶ Esta carta es de abril de 2020.

⁵⁷ Carmen Castillo: “Carta a Paula Cisterna, presa política en Chile”, abril de 2020.

Miguel, Bauchi y tantos que lucharon sin cuartel por la revolución latinoamericana. En 2013 se fue el amor de toda su vida, don Fernando, su padre. Sus amigos franceses Deleuze, Guattari y Bensaïd tampoco están. La lista es interminable y las llagas de las pérdidas se siguen acumulando. En este enero, doña Mónica se despidió del mundo con un parche en el ojo, en homenaje a las víctimas oculares de la revuelta chilena en curso. La misa íntima de despedida estuvo a cargo del cura obrero Mariano Puga, quien hacía poco había dicho: “el pueblo tiene derecho a destruirlo todo porque todo le han destruido”. Él también partió.

Hoy Carmen se queda acompañada de la razón histórica, es decir, la historia le dio la razón en días donde la lucha del pueblo nuevamente se volvió costumbre; pues ella nunca se separó del lado correcto de la historia, aunque su militancia en la vereda de los vencidos la arrastró a caminar por un desierto arenoso adonde no llegaban las prebendas de los todopoderosos. Esto la convierte en una “imprescindible”, a juicio de Bertolt Brecht, y que nosotros llamamos “una revolucionaria de todos los tiempos”. Una revolucionaria que hoy representa la fusión de la temporalidad histórica, la revuelta dialéctica entre el pasado, el presente y, principalmente, la apuesta por un futuro socialista y libertario. ♦

Memoria y desobediencia. Una aproximación a los documentales de Carmen Castillo*

ELIZABETH RAMÍREZ

Las mujeres han desempeñado un papel fundamental en las luchas por los derechos humanos y por las memorias en el marco de las dictaduras y las transiciones a la democracia en América Latina.¹ En Chile, la presencia de las realizadoras audiovisuales en estas batallas ha sido relevante y desde el retorno de la democracia se ha vuelto cada vez más significativa.

A pesar del proceso de “blanqueo” que ha caracterizado a la transición chilena, como Tomás Moulián ha argumentado extensamente,² numerosas realizadoras de diferentes generaciones han contribuido sin cesar, tanto en el país como en el extranjero, a mantener presente la memoria de la dictadura y a exhibir sus residuos en la sociedad

* Tomado de Elizabeth Ramírez: “Memoria y desobediencia”, *laFuga*, no. 12, 2011, <<http://2016.lafuga.cl/memoria-y-desobediencia/450>>, [3-12-2020].

¹ Con respecto al papel de las mujeres, véase, por ejemplo, E. Jelin: *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 2002 (especialmente el cap. 6: “El género en las memorias”, pp. 99-115); y A. Forcinito: *Memorias y nomadías: géneros y cuerpos en los márgenes del posfeminismo*, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2004.

² Cfr. T. Moulián: *Chile actual: anatomía de un mito*, Lom, Santiago de Chile, 2002.



EL PAÍS DE MI PADRE, 2004

chilena actual. Se pueden citar, a modo de ejemplo, a Marilú Mallet, Gloria Camiruaga y Carmen Castillo (quienes comenzaron a dirigir –o escribir guiones en el caso de Castillo– durante los setenta y los ochenta) y a realizadoras más recientes (que crecieron a la sombra de la dictadura y comenzaron a dirigir ya entrada la democracia) como Lorena Giachino, Marcela Said y Alejandra Carmona, entre muchas otras.

Como en el resto del mundo, el cine de no ficción chileno ha experimentado, especialmente en la última década, la “aparición explosiva de nuevas subjetividades”³ relacionada, como explica Michael Renov, con los modos en los que “la autoinscripción” de los y las documentalistas en sus obras “representan identidades –fluidas, múltiples, incluso contradictorias mientras permanecen totalmente implicadas en el discurso

³ M. Renov (1999): “New Subjectivities: Documentary and Self-Representation in the Post-Verité Age”, en J. Waldman & J. Walker (eds.), *Feminism and Documentary*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1999, p. 93.



EL PAÍS DE MI PADRE, 2004

público”.⁴ Y no es casualidad, como dice Beatriz Sarlo, que en este “giro subjetivo” la mujer tenga un papel privilegiado, ya que es, precisamente, la atención en lo cotidiano, ese espacio donde se encuentra lo público con lo privado, lo que distingue a estos nuevos relatos.⁵ Así, el trabajo de la mayoría de las realizadoras nacionales se caracteriza por establecer complejos vínculos entre lo íntimo y lo público, refiriéndose a la historia reciente del país desde el “yo”, desde los interiores de sus familias, de sus habitaciones, de sus casas.

Una de las directoras que ha trabajado de manera más sistemática el tema de la memoria en el contexto de la dictadura militar es Carmen Castillo, quien ha escrito diversos libros testimoniales⁶ y realizado diversos

⁴ Ibídem, p. 91. Mi traducción.

⁵ Cfr. B. Sarlo: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, p. 19.

⁶ Entre ellos, *Ligne de fuite* (1987), *Un día de octubre en Santiago* (1999) y el coescrito con su madre Mónica Echeverría, *Santiago-París: el vuelo de la memoria* (2002).

documentales que tienen como punto de partida su propia experiencia de la represión, entre ellos *La Flaca Alejandra* (codirigido con Guy Girard, 1993), *El país de mi padre* (2004) y, más recientemente, *Calle Santa Fe* (2007). Castillo fue expulsada del país en 1974, luego de que la casa ubicada en la calle del mismo nombre –donde vivía clandestinamente con Miguel Enríquez, el mítico líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)– fuera violentamente allanada por la policía secreta, terminando con la muerte del dirigente. Castillo, embarazada de seis meses, fue gravemente herida en el combate y se exilió al poco tiempo en Francia.

Es, precisamente, la pregunta que se hace Elizabeth Jelin en relación con la dimensión de género en las memorias –“¿Cómo combinar la necesidad de construir una narrativa pública que al mismo tiempo permita recuperar la intimidad y la privacidad?”– la que pareciera guiar los relatos de esta realizadora.⁷ En este artículo intentaré dilucidar algunas de las particularidades del trabajo de Castillo, así como también reflexionar sobre la inscripción de las nuevas subjetividades sobre la que habla Renov. Enfocándome especialmente en *Calle Santa Fe*, sugeriré que esta representación de identidad no cristalizada tiene relación con la puesta en escena de lo que ha sido denominado por Ana Forcinito como una “memoria nómada”.⁸

La memoria en movimiento

En conjunto, el trabajo de Castillo puede ser considerado como un trabajo consciente de memoria para superar el trauma de lo vivido, lo que ella ha admitido explíci-

⁷ Para Jelin, este narrar es necesariamente público y uno de los elementos fundamentales para combinar ambos aspectos es “la escucha diferenciada pero atenta de otros” (E. Jelin: ob. cit., p. 114).

⁸ Cfr. A. Forcinito: ob. cit.

tamente: “Es fácil quedarse pegada en el pasado, como una foto fija, y para quienes tenemos que mover el pasado y necesitamos una memoria en movimiento, del devenir –si no, te hundes, te aplastas– hay que poner la foto fija en movimiento para que te ayude a vivir”.⁹

Poner la memoria en movimiento parece ser entonces su *leitmotiv*. El rechazo al pasado como algo fijo puede explicar el uso recurrente de la cámara en mano (que busca transmitir, además de la experiencia de la atrocidad, un punto de vista subjetivo) y del travelling (usualmente realizado desde un auto o un tren y que parece transmitir la sensación de alienación, de distanciamiento, de ser una extranjera tanto en Chile como en Francia).

Precisamente, esta dimensión traumática parece explicar la presencia de la fragmentación, la repetición, el continuo retorno (a Chile, a la casa de calle Santa Fe o a la quinta de sus padres, en fin, al pasado), el uso de diversos tipos de material de archivo (grabaciones carceras, fotos de familia, noticieros, recortes de prensa, cartas) y de secuencias de recreación que buscan transmitir tanto instantes de horror como de felicidad irreparable (como lo es, por ejemplo, el trayecto que hizo Marcia Merino –la Flaca Alejandra– de un centro de detención a otro o la recreación del interior de la casa de calle Santa Fe).¹⁰

⁹ X. Bedregal: “Entrevista a Carmen Castillo. La dictadura, gran máquina del olvido”, *La Jornada*, 5 de abril de 1999, <<http://www.jornada.unam.mx/1999/04/05/carmen-castillo.htm>>.

¹⁰ Todos estos elementos son característicos de lo que ha sido denominado por Janet Walker como “cine de trauma” o *trauma cinema*. Para la autora, en las escenas de recreación o *reenactment* los eventos “no son exactamente revividos, pero se les otorga una dimensión sensorial. Su uso y repetición característicos en el documental autobiográfico traumático constituye una recurrencia *textual* que evoca la recreación psicológica (*psychological reenactment*), que es un síntoma del SEPT (síndrome de estrés postraumático), sin ser su equivalente exacto” (J. Walker: *Trauma Cinema: Documenting*

Como son narraciones para lidiar con la atrocidad, tanto sus pérdidas personales –de amor, de familia, de maternidad y de militancia– y su posición como mujer revolucionaria son el eje de sus textos: el acento aquí está en la experiencia del sujeto (de la realizadora, pero no solamente, como lo es evidente en el caso de *La Flaca Alejandra* y en el documental polifónico *Calle Santa Fe*) y en cómo esta experiencia se entrelaza con la historia pública.

Además del evidente compromiso de recordar las atrocidades de la tiranía, así como la alegría del período revolucionario, sus documentales presentan otras características que me parece necesario, al menos, delinear. Como ya se adelantó, están marcados fuertemente por la presencia de la realizadora y por su mirada subjetiva. La dimensión autobiográfica está dada por su aparición en cámara, pero sobre todo por el uso de su voz –una voz como hecha de cenizas y que parece arrastrar el pasado con ella– que está mucho menos interesada en guiar el relato que en cuestionar el presente y desnudarlo del maquillaje neoliberal que ha cubierto las fachadas del país que la vio partir. Además, sus películas buscan problematizar y difuminar los límites entre la esfera doméstica, considerada tradicionalmente el mundo femenino por excelencia (que aparece encarnada en la quinta de su infancia y en la casa de calle Santa Fe, por ejemplo) con la esfera pública (especialmente, a través de la inclusión de imágenes de archivo de carácter “oficial”, tales como noticiarios y periódicos). Existe un interés especial en el testimonio de las mujeres y en el recordar de manera colectiva –ya sea en familia o junto a antiguos militantes– usualmente en la forma de cabezas parlantes (*talking-heads*), consideradas una característica distintiva del cine documental feminis-

Incest and the Holocaust, University of California Press, Berkeley, 2003, p. 113. La traducción es mía. En cursiva en el original).



FOTOGRAMAS DE CALLE SANTA FE, 2007

ta por Julia Lesage, el cual usa la conversación como una herramienta de resistencia política.¹¹ Sus documentales tienen en común la temática del viaje, ya que, gatillados por el exilio político, son trayectos metafóricos y literales tanto a Chile y a su pasado reciente, como a las

¹¹ Cfr. J. Lesage: *The Political Aesthetics of the Feminist Documentary Film*, en P. Erens (ed.), *Issues in Feminist Film Criticism*, Indiana Press, Bloomington, 1990, p. 234.

propias memorias de la realizadora. Por eso también el uso de las imágenes de aviones, autos y trenes, que connotan tanto la idea de poner el pasado en movimiento como la de ser una desplazada. Como son trabajos de memoria, sus relatos no tienen una construcción lineal ni cronológica. Por último, todos son producidos o coproducidos con fondos europeos y parecen ser dirigidos no solo a una audiencia nacional pero también, o quizás especialmente, a una extranjera (lo que puede explicar, en parte, el uso recurrente de imágenes icónicas como las de la cordillera de los Andes y de música revolucionaria de la década de los sesenta y setenta, y el particular uso del francés, especialmente en *Calle Santa Fe*).

Mujeres, memorias y nomadías en *Calle Santa Fe*

A pesar de que los documentales de Castillo están indudablemente marcados por una serie de hechos traumáticos, se puede decir que en ellos la directora rechaza enfáticamente y a través de diversos mecanismos la idea de una identidad fija y única, incluyendo –o, tal vez, especialmente– aquella de víctima. La directora parece estar muy incómoda siendo la “personificación del sufrimiento”,¹² posición a la que son relegadas las víctimas de la dictadura. Por el contrario, en sus películas, ella busca desafiar la representación tradicional de la mujer y de enfatizar la agencia femenina frente a la violencia de Estado y a la dominación patriarcal.

De hecho, Castillo, una feminista, considera que las mujeres parecen recordar de manera diferente que

¹² E. Jelin: “Victims, Relatives and Citizens in Argentina: Whose Voice is Legitimate Enough?”, en *Between the Past and the Future: Challenging Narratives of Memory in Latin America*, simposio llevado a cabo en el Institute for the Study of the Americas, University of London, noviembre de 2010. La expresión que usa Jelin es la de *embodiment of suffering*.

los hombres. A lo largo de sus trabajos ella ha notado que: “Las mujeres procesamos dolores muy profundos que los hombres no logran contactar o expresar [...] me di cuenta que las mujeres encontraban las palabras del dolor para relacionar sus vivencias con su condición de mujer, la experiencia del exilio e incluso cómo se insertaron antes”.¹³

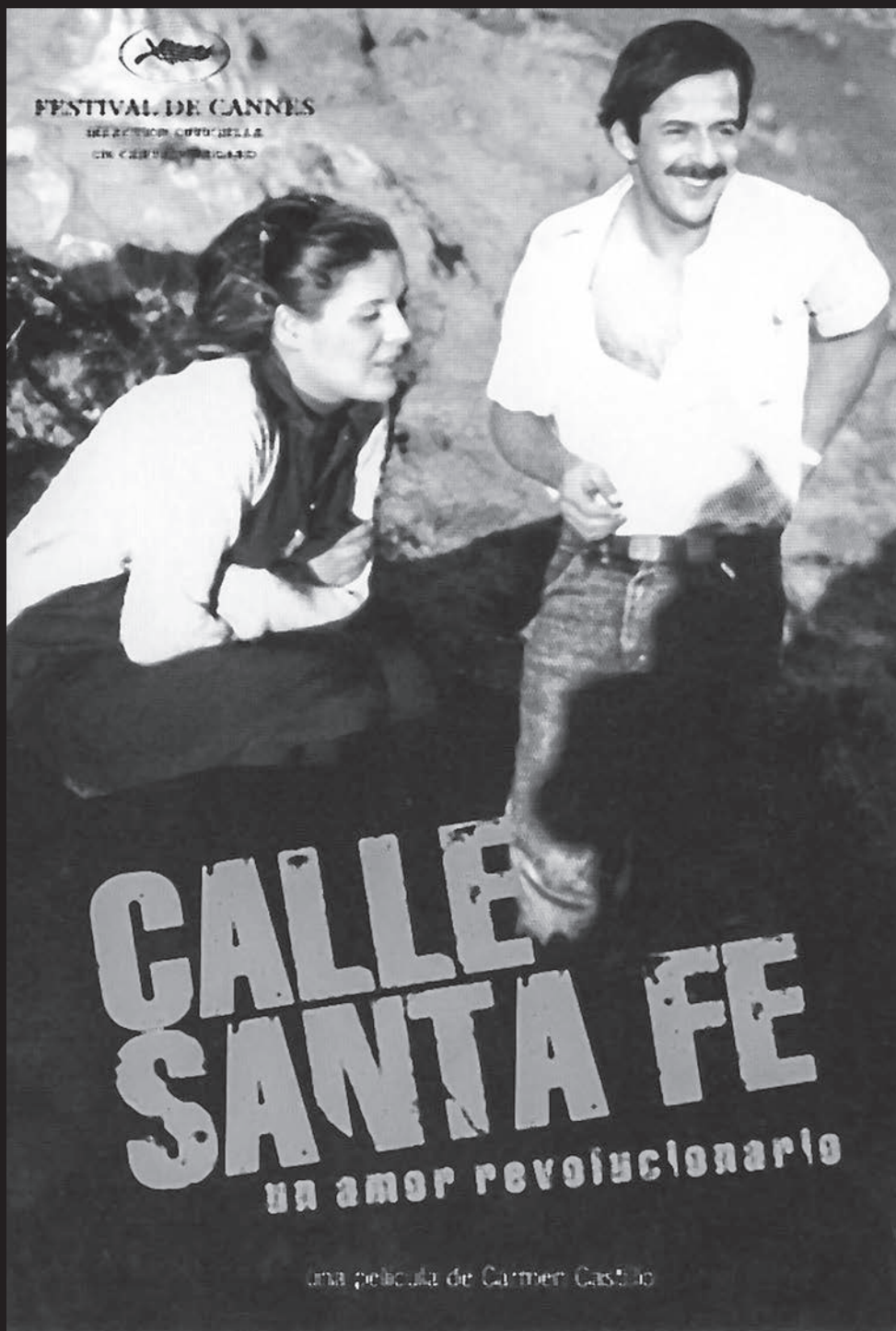
Es en este sentido que la noción de “memoria nómada” desarrollada por Forcinito para acercarse a textos escritos/filmados/puestos en escena por mujeres, me parece fructífera para referirse a su obra. Para Forcinito, las memorias de mujeres latinoamericanas sobre la represión pueden ser concebidas como “zonas en constante transformación que ponen en cuestionamiento la (i) legalidad del discurso hegemónico, sea este el discurso patriarcal, heterosexista, (neo)colonial, euro/anglocéntrico, clasista, racista o dictatorial”.¹⁴ Estas memorias se caracterizan por su potencialidad disruptiva y su constante fluir, por “un devenir que se opone al recuerdo sumiso y que sirve para desterritorializar la memoria, es decir, producir una ruptura con el lugar fijo impuesto por el recuerdo oficializado”.¹⁵

Este concepto es especialmente productivo para referirse a las películas de Castillo por diversas razones. En primer lugar, enfatiza el potencial transformativo y creativo de las memorias de las mujeres. Debido a que actúan desde los márgenes, las mujeres pueden desafiar diversos discursos hegemónicos, no solo el de consenso y reconciliación, pero también aquellos que provienen de la izquierda, dominados por voces masculinas y relatos más bien épicos de la revolución y la resistencia. Segundo, permite tener en cuenta la condición particular

¹³ X. Bedregal: ob. cit.

¹⁴ A. Forcinito: ob. cit., p. 15.

¹⁵ *Ibidem*, p. 19.



CARTEL PROMOCIONAL DEL FILME CALLE SANTA FE, 2007

de la realizadora como exiliada (aunque sus narraciones no estén desprovistas de nostalgia o de la añoranza del hogar, Chile no es idealizado en ningún caso). Y, por último, permite destacar la negativa de la directora a esencializar las identidades de las mujeres y de su representación (ya sea como víctimas pasivas o guerrilleras masculinizadas, por ejemplo). Es de hecho Rosi Braidotti, en quien Forcinito basa ampliamente su trabajo, quien describe la “conciencia nómada” como “una forma de resistencia a la asimilación u homologación con las maneras dominantes de la representación del yo”.¹⁶

Es posible distinguir la memoria nómada de Castillo y el desafío que ella plantea a la representación tradicional de la víctima en *Calle Santa Fe*, el documental que busca reconstruir la historia del MIR usando como punto de partida los recuerdos que conserva Castillo de la casa donde residía con Enríquez y sus dos hijas. Como el resto de sus documentales, este es a la vez un viaje profundamente personal y colectivo al pasado, contado desde la perspectiva de los vencidos, como la directora insiste a lo largo del texto, con un énfasis en el testimonio de mujeres militantes y de sus hijas.

Cito un párrafo que la autora escribió durante su primer viaje a Chile: “¿Quién regresa? ¿Cómo se llama? Tengo varios rostros, extrañas amistades, dos lenguas, al menos dos posturas. Me gusta decir que no pertenezco a ninguna parte, que siempre hablé francés sin acento. Estoy vestida de negro. Mis artimañas son múltiples, complejas, bien construidas. Poseo un don natural para renacer, cambiar, morir, rehacer hábitos. [...] No soy yo la que ha decidido hacer este trayecto en sentido

¹⁶ R. Braidotti: *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, Columbia University Press, New York, 1994, p. 25. Mi traducción.



PROPAGANDA EN FAVOR DE LA LIBERACIÓN DE CARMEN CASTILLO EN 1974

inverso. [...] De todos mis rostros, el que más detesto: la sobreviviente”.¹⁷

Incluyo estas palabras ya que expresan claramente el rechazo que siente Castillo a la noción de una identidad única y cristalizada. En consecuencia, en este documental, la directora pondrá en escena sus múltiples identidades: aquella de antigua militante, de mujer

¹⁷ C. Castillo y M. Echeverría: *Santiago-París: el vuelo de la memoria*, Lom, Santiago de Chile, 2002, p. 259.

CARTEL PROMOCIONAL DEL FILME *CALLE SANTA FE*, 2007

enamorada, de madre, de hija, de viuda, de exiliada. Esto parece explicar el cambio de interlocutores a lo largo de su documental, donde ella se dirige indistintamente a Camila (su hija), a Miguel, a su padre, afirmando de este modo la presencia de sus múltiples yo. Esto también explicaría la inclusión de imágenes de archivo de una joven Castillo dando entrevistas en perfecto francés (recordemos que existe una versión de este documental con el *voice over* de la realizadora completamente en este idioma).



FOTOGRAMAS DE CALLE SANTA FE, 2007

John Durham ha notado que mientras el tropo de “hacerse pasar por” otro (*passing*) es para los “exiliados” precisamente aquello que vuelve traumática la experiencia de vivir en el extranjero (el ocultamiento o la represión de una identidad supuestamente esencial), para los “nómadas” no hay trauma asociado a este “hacerse pasar por otro”. Al contrario, es considerado como constitutivo

de su identidad híbrida y, por lo tanto, “parte del movimiento característico de la subjetividad a través de signos, otredad y tiempo”.¹⁸ Tampoco el nómada considera el Estado-nación como un lugar utópico: Castillo, de hecho, disfruta el “hacerse pasar por” y así lo reconoce, incluyendo imágenes de sí misma hablando en francés y explícitamente diciendo que no tiene una imagen idealizada de Chile como la tierra prometida. Por el contrario, señala que “obnubilada por el mal, durante mucho tiempo, solo vi en Chile a torturadores y fascistas”.

La directora también desafía el papel de la “viuda heroica” que le fue asignado por el partido como pareja del líder del MIR. En *voice over* se refiere no solo a la experiencia del exilio, sino también a su participación en las giras de solidaridad solo unos meses después de la muerte de Enríquez, describiéndolas como “andanzas sin visión, recorridos sin movimiento, la misma repetición de códigos, la viuda heroica se desplaza sorda, ciega y casi muda”. Castillo incluye imágenes de ella interviniendo en estas conferencias evidentemente exhausta y desprendida. Este agotamiento es transmitido a través de la repetición de una de tales imágenes, como si esta se quedara pegada debido a una falla técnica.

En el exilio, la directora se volverá muy crítica de las políticas militares del MIR. En consecuencia, en *Calle Santa Fe* realizará una revisión crítica de la izquierda militante, un discurso dominado, según Diamela Eltit, por la “teatralización paródica de la masculinidad que pospone lo íntimo o lo personal en oposición a lo primordial de lo público y de lo colectivo”.¹⁹ Esta crítica es hecha

¹⁸ J. Durham Peters: *Exile, Nomadism, and Diaspora. The Stakes of Mobility in the Western Canon*, en H. Naficy (ed.), *Home, Exile, Homeland. Film, Media, and the Politics of Place*, Routledge, New York, 1999, p. 32. Mi traducción.

¹⁹ D. Eltit: “Cuerpos nómadas”, *Feminaria Literaria*, vol. VI, no. 11, p. 55, <<http://www.feminaria.com.ar/revista/revistas/017-018/017-018.pdf>>.

abiertamente a las políticas implementadas por el partido, las que son descritas por Castillo como “un culto a la muerte y al sacrificio” y que son criticadas también a través de los testimonios de otras mujeres militantes.

Apoyadas por el comentario de la realizadora, una de estas militantes se refiere a la sensación de “orfandad” y al sufrimiento que le provocó la decisión unilateral de poner fin al partido en los primeros años de la transición a la democracia. Otra militante lamenta que (en relación con el Proyecto Hogares) “no tuvimos los espacios colectivos de llorar, porque por supuesto que lloramos mucho”.²⁰ No es casualidad que la mujer diga esto frente a una audiencia compuesta por numerosas militantes y sus hijas y es mucho más significativo el hecho de que estas imágenes provengan de un documental de la joven realizadora Macarena Aguiló. Con esta elección, Castillo crea un interesante tejido intergeneracional incluyendo en su propio documental imágenes de *El edificio de los chilenos* (2010), un trabajo en progreso en aquel entonces realizado por la hija de una de las militantes entrevistadas, Margarita Marchi. Pareciera ser que, ya que tanto la hija de Castillo como la de Enríquez se negaron a hablar en cámara sobre el pasado, ella necesitaba volcarse a otras “hijas” para escuchar sus propias versiones de la historia.

Con esta decisión, la realizadora enfatiza la dimensión colectiva de la historia (esta es la historia de una gran familia, unida por un pasado político en común), desafía las nociones tradicionales de familia, de ser mujer y madre, defendidas fuertemente por las conservadoras instituciones chilenas y acentúa las singularidades de

²⁰ El Proyecto Hogares consistió en un espacio de vida en comunidad en Cuba donde los y las militantes del MIR que regresaron a la lucha clandestina en Chile dejaron por razones de seguridad a sus hijos e hijas al cuidado de veinte “padres sociales”. La historia de aquel proyecto es narrada en el documental *El edificio de los chilenos*.

las mujeres y las diferencias generacionales que existen al recordar el pasado. Aunque todas ellas –madres e hijas por igual– comparten el dolor del abandono, existen múltiples maneras de lidiar con el pasado y todas ellas son igualmente respetadas. Este segmento plantea además la idea de que, en ausencia de un espacio colectivo negado por la izquierda patriarcal para hacer el duelo correspondiente, son las mujeres las que construyen –aunque sea tardíamente– aquel espacio, no solo a través de encuentros, sino también a través de documentales.

La directora acentúa así el papel fundamental que cumplen el cine documental y las realizadoras en la lucha de las memorias en el país, como un modo de resistencia alternativa. La obra de Carmen Castillo es un trabajo de memoria autocrítico e implacable que lidia con las heridas y las decisiones del pasado y con las consecuencias de aquellas en el presente. Desafiando los discursos hegemónicos de la posdictadura, la directora se embarca en esta labor de manera colectiva, estableciendo un diálogo con el lado doméstico de la historia mientras pone la memoria –su memoria y la del país– en movimiento. ♦



MARZO DE 2020, FOTO DE ANDREW LYNCH

**Carmen
por
Carmen**



Entrevista

Carmen Castillo. Memoria viva de la calle Santa Fe*

MANUEL PÉREZ PAREDES

MANUEL PÉREZ PAREDES: Carmen, llegamos al día trágico, 11 de septiembre, golpe militar, se instaura Pinochet en el poder, se termina brutalmente con el gobierno de la Unidad Popular, muere Allende, se inicia una represión feroz contra el pueblo y el MIR pasa a la clandestinidad. Entonces, quisiera que nos hables de tu experiencia dentro del MIR desde el 11 de septiembre de 1973 hasta el 5 de octubre de 1974; o sea, esos trece meses que culminan con la muerte de Miguel en la calle Santa Fe y tu presencia allí como su compañera. Además, estabas embarazada, habías quedado embarazada en medio de la clandestinidad... En fin, quisiera que nos hables sobre lo que vivieron ustedes, tú en particular, durante esos trece meses.

CARMEN CASTILLO: Hay algo paradójico y es que la clandestinidad para mí es un tiempo de una intensidad de

* Entrevista a Carmen Castillo realizada por Manuel Pérez Paredes en diciembre de 2011 para la Videoteca Contracorriente del ICAIC, publicada en dos partes en la revista *Cine Cubano*: nos. 185-186 (pp. 3-9) y 187 (pp. 3-11), respectivamente. Reproducimos aquí la segunda parte de esta entrevista.

vida extraordinaria. Vivimos en una casa, en un barrio popular de pequeña, pequeñita clase media, con algunos obreros, en San Miguel; con las niñas, con nuestras hijas...

MPP: La hija de Miguel con su matrimonio anterior y la hija tuya con Andrés Pascal.

CC: Exacto, Camila y Javiera tienen cuatro años, van a cumplir cinco... Cómo decir, una pareja enamorada que se encuentra liberada de una cantidad de actividades del movimiento. Porque durante el periodo anterior no dormíamos, digamos, fue una época en la que, yo creo, nadie durmió mucho. Tampoco estábamos cansados, pero andábamos en ese torbellino, en esa intensidad que implica la pasión de crear y de encontrar a los otros. Y de repente, estaba ahí, encerrada en una casa, llevando una vida normal como la de los vecinos, para no llamar la atención, leyendo enormemente, escribiendo, trabajando. Teníamos un pequeño taller donde los documentos que Miguel escribía, yo los tipiaba, se pasaban al laboratorio, se hacían los “barretines”, es decir, escondíamos los mensajes escritos en papel de cigarrillos o fotografiados en formato pequeño y embutidos en paquetes de pastas, frascos de cremas u otros utensilios corrientes. Teníamos la más profunda convicción de que sí era posible impulsar el movimiento de resistencia a través de la creación de comités insertos en el movimiento popular. El análisis político del golpe que hizo el MIR, desde los primeros meses y al calor de lo que fueron esos tiempos, es muy pertinente. Aún hoy sigue siendo un análisis bastante cercano a lo que fue el primer periodo de la dictadura. Al mismo tiempo, en la casa, todo era tranquilidad, el peligro quedaba fuera. Hay que imaginarse que uno no es una máquina, por lo tanto, uno se las arregla con la realidad, y si afuera, en la

calle, cuando yo tenía que salir como enlace, en los contactos, sentía el miedo, la tensión..., al volver a la casa, en ese mundo nuestro, nos sentíamos protegidos, bien. Éramos una pareja como cualquier otra, amábamos la vida junto a las niñas, y nuestros amigos. Unos meses después descubro que estoy embarazada. Al parecer es muy común, las mujeres en la resistencia francesa –me contaban cuando estaba en el exilio– se embarazaban en situaciones de guerra, porque la vida es más fuerte que la muerte, y pasa, sucede. La noticia nos alegra, nos da fuerza, era posible organizarse y tener un hijo en la clandestinidad. Otras compañeras lo lograron.

A mi padre lo veo clandestinamente para despedirme, un año después, en septiembre de 1973, porque ellos salen al exilio después de habernos ayudado a esconder a mucha gente; ellos hicieron un inmenso aporte en la creación de la infraestructura de la resistencia.



CARMEN CASTILLO JUNTO A SU HIJA, CAMILA PASCAL, Y A JAVIERA ENRÍQUEZ, HIJA DE MIGUEL

Nosotros no estábamos preparados para sumergir a todos los cuadros en la clandestinidad. Los militantes del MIR en su mayoría hacían trabajo político abierto, eran conocidos en sus sectores sociales, por sus actividades. Existía, claro, un pequeño aparato clandestino, documentación, infiltración, instrucción armada, algo de armamento, pero todo el esfuerzo del partido con anterioridad al golpe de Estado estaba abocado a fortalecer el movimiento popular. Sabíamos que el golpe vendría pero la coyuntura era en primer lugar crear más y más poder popular, conciencia. Muchas veces las caídas en los primeros tiempos se produjeron por esa dificultad a “clandestinizar” al conjunto del partido. Nosotros nos trasladamos a la casa de la calle Santa Fe, en la navidad del 73. Es cierto que ese día nos invadía la tristeza, Bautista van Schouwen había sido detenido.

Sin embargo, esos meses de vida en la casa de la calle Santa Fe fueron, para mí, extraordinarios. Cuando, desde el dolor del exilio, pensaba en esos días, era como si todo lo que hubiera deseado vivir a lo largo de mi vida allí lo hubiera vivido.

Esa plenitud extraña, conquistada por sobre la amenaza y el miedo, se va a romper el 21 de septiembre de 1974, un año después del golpe, con la caída de Lumi Videla. Ese acontecimiento terrible –Lumi muere bajo la tortura– marca para mí el inicio del acoso que va a conducir a la DINA hasta nosotros, ese 5 de octubre. Cada cual tiene sus fechas interiores de duelos, cada 21 de septiembre desde ese día del 74, un malestar, una pena, una angustia se manifiesta, entonces recuerdo, sí, estamos a 21 de septiembre.

Como te decía, en diciembre de 1973 desaparece Bautista van Schouwen, que era realmente el hombre más cercano a Miguel, con él vivimos, era nuestro cómplice, nuestro amigo entrañable, y a partir de la caída del Bau-chi las cosas para Miguel fueron siempre muy diferentes.

Hasta el día de hoy no se han encontrado sus restos y sigue siendo un detenido-torturado-desaparecido.

Nos cruzamos con él tres o cuatro días después del golpe, en la casa donde vivíamos. Nosotros vivíamos clandestinos ya; desde antes del golpe la dirección del MIR vivía clandestina en distintas casas. Teníamos papeles falsos para las niñas, vivíamos con Humberto Sotomayor y su mujer, Mariluz, en el barrio San Miguel, del lado poniente, en la calle Zúrich Sur. Por lo tanto, allí permanecemos el 11 de septiembre, no se podía salir, por el toque de queda y ofensiva militar. Era un barrio popular de Gran Avenida, todo el mundo se miraba, se apoyaba, utilizábamos el teléfono de la vecina. Veinte años después encontramos a toda esa gente, y esa vecina me dice: “sabíamos que ustedes eran ‘alguien’, pero no sabíamos ‘quién’”. Y como ya estábamos bien insertos en el barrio, con muy buena fachada, con muy buen relato, con las niñas en la escuela, con los hijos de la Marilú y el Tico integrados también en el barrio, finalmente Miguel va a poder volver a esa casa un corto tiempo. Una noche regresa acompañado del Bauchi, quien me dice: “qué vas a hacer”, y yo le digo “cómo que qué voy a hacer, estoy aquí”. Y aunque el MIR decía entonces que las mujeres podían salir con los niños, a Cuba, por supuesto, yo pensaba: por qué, yo estoy aquí y aquí me voy a quedar. Era una decisión natural, y vuelvo a insistir en eso porque para los jóvenes es importante, el MIR no se asila, parece extremista, parece muy izquierdista, muy loco, muy heroico, y va a significar muchas caídas; pero, cómo nos íbamos a ir a las embajadas si estábamos viviendo con el pueblo. El pueblo no se podía ir a las embajadas, veíamos cómo caían presos todos los hombres de una población y, entonces, ¿nosotros nos íbamos a ir a una embajada? No, hay cosas mínimas en el respeto de los unos a los otros, de lo que se hace o no se hace, en la ética, en la política ética.

No es que buscáramos someter a los militantes a una experiencia de horror, a caer presos porque el MIR no se asila; no, teníamos que decirle al pueblo: “aquí hay gente que está con ustedes, organicemos la resistencia”. Eso era muy coherente, no era loco, no éramos locos. Hasta tal punto que dos o tres meses antes del 5 de octubre estaba todo preparado para que Miguel pudiera replegarse en el territorio: teníamos un lugar de repliegue ya instalado, con cobertura, con fachada, que nos permitiría replegarnos de la primera línea pero permanecer en Chile; ya sabíamos cómo hacer cuando fuera a nacer el niño, ya sabíamos cómo las cosas iban a pasar, y eso le iba a permitir a Miguel salir y entrar clandestinamente del país. No estábamos allí agitando la banderita para tener héroes, no, todo pasaba de una manera muy natural, y para mí fue muy natural quedarme, quedarme con las niñas y ofrecerles la vida que podíamos vivir. Cuando nos dimos cuenta de que estábamos siendo cercados, las niñas salieron y logramos refugiarlas en la embajada de Italia, y de allí debían llegar a Cuba; entre tanto, muere Miguel.

MPP: Tú contabas que el 21 de septiembre ustedes reciben un golpe con la caída de Videla. ¿En ese momento, en la casa de la calle Santa Fe donde estaban Miguel y tú, ya no vivían las niñas?

CC: No, porque las niñas se refugiaron un poco antes.

MPP: Nada más que estaban en ese momento ustedes dos en la casa.

CC: Ya Humberto Sotomayor y Marilú estaban en otra casa. Nosotros estábamos con algún otro compañero preparándonos para dejar el lugar ese mismo día. Yo lo digo después, cuando escribí *Un día de octubre en*

Santiago, que es un relato muy importante para mí, porque lo escribo en el exilio para convencerme de que mi sobrevivida puede ser útil. O sea, cómo sobrevives al hombre que amas, a los compañeros caídos, a un país, cómo sobrevives. Por qué yo no me suicidé y Beatriz Allende se suicidó; por qué la Tati me salvó del suicidio para suicidarse ella un año después. Yo creo que en ese dolor de la pérdida, de todas las pérdidas, yo estuve como sostenida por una convicción personal de que todo eso era el precio a pagar por el compromiso político. Evidentemente, hay conciencia de los riesgos, somos seres responsables, lo asumimos y siempre la pregunta es: ¿valía la pena ese costo tan terrible? A pesar de todo, estoy convencida de que la respuesta es sí, un sí grave, denso, que no debemos mitificar sino siempre cuestionar políticamente. El MIR, Miguel, el Bauchi, los miristas, teníamos razones para quedarnos en Chile; esa era la política, y era una política para vivir, no para morir.

Entonces, todo el discurso de la derrota, que viene con el culto a la muerte, con el culto al sacrificio, no tiene nada que ver con nosotros, nada que ver. Normalmente un grupo, una organización política golpeada, se endurece en su seno, se dogmatiza, y aparece el calendario con la foto del mártir, la figura del mártir es complicada, hay que tratarla con mucha precaución, hay que llenarla de vida vivida y no idealizarla. Esta mujer que conversa contigo un día tuvo que encarnar a la viuda del héroe, era imposible de encajar ese rol con mi historia personal, mi relación con Miguel nunca fue socialmente abierta, yo nunca fui, socialmente, la mujer de Miguel mientras él vivía. Era un desastre, un desastre tremendo, me va a costar mucho luchar contra la culpabilidad de ser una sobreviviente y lograr encontrarle el sentido a todo, el porqué hicimos esto, si sirvió para algo, y esa reflexión es temprana en mí. Cuando logro comenzar a clarificar dónde ubicarme yo, militante, comienzo

por desprenderme del papel de viuda del héroe; cuando aquí en La Habana, en 1976, llegan exiliados Nelson [Gutiérrez] y Andrés [Pascal], logro balbucear: “Yo no puedo, no me siento legítima en el Comité Exterior, como miembro de..., representante de..., hablando de... No puedo seguir siendo figura pública ni profesional del MIR en el exilio, no soy capaz de abrir la boca para decir un discurso más”. Los compañeros comprenden. Con timidez formulo finalmente mi deseo de vivir en Francia. El apoyo que recibí de la Tati, Beatriz Allende, aquí en La Habana, va a ser fundamental.

Pienso que si yo me hubiera quedado aquí no habría logrado reflexionar todo lo que reflexioné, no habría llegado a ser cineasta. Es comprensible, aquí yo era la viuda de Miguel Enríquez, un héroe –hay un hospital que lleva su nombre–; o sea, no era posible vivir en el anonimato. Tal vez algunas mujeres que se encuentran agobiadas por un rol de representación que destruye lo que uno es, de una manera o de otra mueren. Fue difícil para mí salir de aquí, enfrentar de nuevo la vida cotidiana sola y sin recursos, pero ¡qué inmensa respiración llegar a una ciudad en la que eres anónimo! No era la Carmen Castillo, mujer de Miguel Enríquez; era la Carmen Castillo refugiada política, que tiene que trabajar. Y trabajé en una tienda. Ya no había cupos en universidades u otras instituciones a fines del 76, dejé de ser historiadora, universitaria, pasé a ser una empleada de una tienda, y me encontré con el cine, con la literatura, con el arte.

Yo pienso que ese privilegio de haber podido transformar todos esos dolores, esas pérdidas, en escritura, en películas, significó que hoy día, Manolo, me siento totalmente abierta a todas las experimentaciones políticas que vengan. Entonces, voy a ir a buscar a dónde insertarme políticamente en los lugares donde estoy, y a comprender, muy rápidamente, que uno puede ser

ciudadano del mundo a condición de estar comprometido con luchas muy locales y concretas, en cualquier lugar del mundo. Las experiencias circulan y deben circular. Puedo encontrarme con la lucha zapatista en México, con los Indignados de Madrid o con los No Vox de Francia, y apoyar y actuar. Todo eso me va a permitir releer mi pasado, que no es estático, que no es heroico, que no es una fotografía que se va poniendo amarilla en la pared, que es una memoria viva que se mueve con mi propia vida.

Esa ha sido permanentemente mi preocupación, y cuando logro transmitirla en Chile, es la plenitud nuevamente. Cuando logro con el documental *Calle Santa Fe* –que es la memoria de los vencidos, la memoria del MIR que fue borrada como si no hubiéramos existido, o éramos locos o no existimos– ver a todas esas personas, a las familias de todos nuestros compañeros, a sus hijos, verlos en el mejor cine de Santiago, el más grande, el más importante, frente a una pantalla gigantesca, emocionarse y saberse al fin reconocidos en su país, sentí que algo había contribuido en el trabajo de construcción de la memoria colectiva. Cuando la presentación de esa película, *Calle Santa Fe*, seleccionada por el Festival de Cannes en 2007, permite la reunión de las familias, los hijos, los pobladores, los vecinos de nuestra casa, personas olvidadas por la transición democrática, una gran calma me invade: al menos en ese momento el reconocimiento a la parte esencial de los vencidos de la historia de Chile se encarna. Cuando en La Habana o en cualquier país a donde voy me preguntan: “¿está muy bien Chile económicamente?”, les respondo: “sí, los índices macroeconómicos en Chile están muy bien, es cierto que han subido; pero, ¿cómo vive la gente?”. La gente vive mal. Ochenta por ciento de los chilenos están endeudados, tienen que pagar las deudas todos los meses, no tienen leyes sindicales. Ese sistema perfecto,

el ultraliberalismo, ha producido una sociedad desigual terriblemente dura e injusta: no hay educación gratuita de calidad, la salud es una batalla permanente, todo se paga, y el golpe a la dignidad humana es cotidiano. En ese Chile se quiso imponer la amnesia y el flujo de la memoria de la resistencia, del MIR, de los que lucharon y luchan, intentan bloquearlo por todos los medios posibles. Entonces siento que, aunque tan pequeña, una



CASA DE LA CALLE SANTA FE

película puede anclarnos en el suelo, en la tierra de Chile, y sentir que existimos, y de ahí brota una respiración, la de los olvidados, de los invisibles.

Desde 2002, cuando comencé a hacer *Calle Santa Fe*, hasta hoy, no he parado de ir con esa película a todos lados: a escuelas, a universidades, a poblaciones; de discutir y darme cuenta de que la memoria de los vencidos es la energía del futuro. Sí, claro, fuimos vencidos, pero con lo que hicimos dignificamos esa nación, ese país; dijimos que en Chile hay más que militares y capitalistas y ricos y patrones.

Luego, en el flujo de las reivindicaciones de hoy, del movimiento social en la calle, con los estudiantes, con las demandas de educación pública y gratuita, con la demanda de la nacionalización del cobre, con el rechazo al modelo que impera en Chile, ¿qué aparece? Aparecen Miguel Enríquez, Víctor Jara, Allende; no los han podido borrar. Entonces, cuando los jóvenes vienen a decirme: “Carmen, cuéntanos cómo era”, no se interesan por



CARMEN JUNTO A SU NIETA FRENTE A LA CASA DE LA CALLE SANTA FE, 2004

saber cómo era la metralleta que tenía Miguel cuando disparó dos horas contra el enemigo, contra los helicópteros. Sí, Miguel combatió solo contra helicópteros y contra una fuerza militar que llegó a tener quinientos hombres, y yo disparé con él al inicio, pero luego estalló una granada, etcétera. Pero ellos no quieren saber de ese Miguel heroico que ya conocen, quieren el Miguel político, y preguntan: “¿cómo hicieron ustedes en aquellas circunstancias para crear el Poder Popular?, ¿cómo era esa extraordinaria estructura, única también en

el movimiento revolucionario latinoamericano, que el MIR creó?”. El “GPM10” le llamaron, es decir, Grupo Político Militar número 10 que reunía a los artistas, los cineastas, los escritores, los pintores, organizados en una estructura más del Partido; pero no estaban ahí para hacer otra cosa que lo que sabían, estaban ahí para colectivamente incorporar al Partido la invención, el imaginario, la locura de los artistas. O sea, eran ellos los que venían a generar una estética, los que construían el lenguaje, los que decían: están muy aburridos, hay que cambiar, hay que poner estas caricaturas, hay que hacer una obra de teatro en la que nos reíamos de nosotros mismos, etcétera. Fue una organización que reconoció en el artista un rol fundamental en la creación, en la invención de las formas que tomaba la lucha. Y ese GPM en Chile llegó a ser grande, todo el mundo estaba ahí: el Partido Comunista tenía a sus músicos, sus artistas y escritores, y también el MIR. Los cineastas estaban registrando la realidad, los de teatro creaban el Teatro Aleph, que se hacía, al mismo tiempo, en las poblaciones y fuera de ellas; los escritores escribían. Era una ebullición, un torbellino de creación, y eso, hoy día, es lo que quieren saber los jóvenes.

MPP: Es interesante, para mí y para todos en Cuba, este estallido de la juventud chilena de hoy, es algo muy refrescante.

CC: Claro, nuestra generación, que sobrevive a todas las derrotas, que sobrevive a la derrota de la caída de la Unión Soviética, una derrota ideológica que sufrimos mundialmente, y que seguimos creyendo y pensando que es realista, posible y necesario querer cambiar el mundo, estamos aprendiendo de estas luchas de hoy. Hemos tenido que aceptar que la política no es ya la adhesión a un futuro programado, a un modelo certero.

Sabíamos que la sociedad que queríamos no era la soviética, pero creíamos que esa sociedad comunista vendría. Ahora sabemos que no hay certezas, que no hay modelos, pero que la lucha es más necesaria que nunca. No podemos dejar que las cosas sigan como están, el capitalismo no es fatal. Nuestro accionar, nuestro compromiso político, es una apuesta, podemos decir con Daniel Bensaïd, una apuesta “melancólica”, o sea, sabemos que no tenemos certeza alguna, pero la apuesta de cambiar el orden de las cosas, hay que hacerla, para evitar nos al menos la vergüenza de no haberlo intentado. Ese es el acto de comprometerse políticamente, es decir: no sé exactamente lo que viene, no sé cómo va a ser el futuro, pero hay que decir “Ya basta”. Fue una revolución interna, nosotros tuvimos que dejar de creer en un dogma, pero no por eso dejamos de ser revolucionarios –y yo uso la palabra porque hay que volver a darle su verdadera significación.

Por ejemplo, cuando hago una película: mi último trabajo es sobre una gran mina de oro en Chile. La reserva de oro más grande del mundo que se conoce está en la cordillera de los Andes, ahí hay una mina a tajo abierto que se está construyendo, y hay una multinacional, Barrick Gold, que está de acuerdo con el gobierno, es decir, que la va a explotar. Resulta que yo como cineasta, que vengo con una producción francesa, puedo intentar escuchar al poder, y a mí lo que me interesa es que me digan por qué hay que sacar el oro, que me expliquen –el gobierno chileno, la clase política, la multinacional– cuál es la razón para sacar el oro poniendo en peligro el agua, las fuentes de la agricultura, etcétera. Y esta pregunta supuestamente tiene una respuesta de nuestra parte muy simple: no hay que sacar el oro, no es tan así.

Cuando ellos logran ser corajudos y decir lo que piensan, porque la mayoría de los socialistas renovados chilenos han acallado lo que han hecho durante estos

veinte años de transición a la democracia –que ese es otro tema, para otra vez, otra conversación–, descubres que lo que están haciendo es insertarse en la lógica económica dominante capitalista del progreso, del crecimiento del capital financiero, etcétera. Entonces, si tú crees que el único paradigma posible es el que los economistas han decidido, tienes que sacar el oro. Si no, no hay que sacar el oro, porque puede contaminar el agua, y si sacar el oro implica que el planeta va a explotar, la catástrofe planetaria va a tener lugar y todo se acaba: el hombre, el capitalismo, que como decía Marx, va a destruirse a sí mismo, pues, entonces, si no queremos eso, hay que hacer la revolución. Por tanto, qué es hacer la revolución hoy. Ya no es lo mismo que pensábamos antes, pero no se puede ser, a la vez, ecologista y capitalista. Un verdadero ecologista es necesariamente anticapitalista.

Hoy todo es tan complejo que ahora mismo no tenemos claro, no hay manual que te diga esto o lo otro. Sin embargo, sigo pensando que no hay otra manera de vivir más alegre y más intensa que cuando vives colectivamente una experiencia de transformación de lo que hay. Puede ser mínima, puede ser un grupo de música, como los grupos de hip hop de hoy día en barrios populares del mundo entero; puede ser la experiencia de hacer un video, de generar talleres de teatro... Fíjate, estamos hablando sobre el medio cultural y artístico, pero resulta que allí la resistencia es indispensable. Por eso es que el mundo capitalista le ha quitado recursos a la cultura en todos lados, porque por allí viene la savia, viene la sangre que corre para inventar. Y de ahí vas pasando a un grupo que se reúne para hacer educación, para ver cómo luchar contra el racismo en los barrios de Europa, o cómo los Indignados, que hoy día muestran un camino, se reúnen, toman una plaza. En fin, hay mil maneras de decir no. Pero esas mil maneras de decir no, no constituyen una respuesta clara. Por eso digo, des-

pués de toda esta larga vida nuestra, ¿en dónde van a encontrar a los miristas insertos? En el mundo entero, en los lugares más extraños, más diversos, pero ahí están, haciendo cosas.

MPP: Carmen, hay una cosa que me parece importante y es que todos conozcan a la Carmen Castillo que se hizo cineasta. Cuando eras joven, ¿eras cinéfila, eras de cine-mateca? Coméntanos el camino como parte de todo este proceso para seguir viviendo, para superar todo lo que significó, para ti y para tu generación, los años setenta, el 5 de octubre de 1974, la vida en Francia... ¿Cómo surge la Carmen realizadora de documentales? Yo he visto dos —son formidables, no es un piropo porque estamos en una entrevista—, que son *La Flaca Alejandra* y *Calle Santa Fe*, pero veo que también tienes otros documentales que no han llegado a Cuba, y si llegaron, se me escaparon. ¿Cómo te encuentras con el cine, como productora, directora, guionista? Te ha hecho evidentemente mucho bien, y además ha sido muy bueno para nosotros pues nos das la oportunidad de conocer, no acá en esta entrevista, si no a través de tus documentales, no solo a Chile, también a México, por ejemplo, y la experiencia zapatista. En fin, háblanos un poco de la Carmen Castillo cineasta y de cómo te encontraste con el cine.

CC: En el caso del cine, no lo digo, Manolo, porque estás tú, pero fue el ICAIC, con Alfredo Guevara, en 1982. Yo era ese ser extraño que sigue militando, dando vueltas, que ya no es una figura ritualizada, y conozco de cine lo que conoce nuestra generación que, por supuesto, era una generación cinéfila. Íbamos a ver películas de cine europeo porque llegaba todo ese cine a Chile en esos años en que no había monopolio americano. Resulta que, en 1982, Alfredo Guevara me pide que sea miembro del jurado del Festival Internacional del



BEATRIZ TATI ALLENDE JUNTO A SU PADRE

Nuevo Cine Latinoamericano, junto a profesores como los cineastas brasileños Ruy Guerra y Carlos Diegues y el mexicano Paul Leduc. Ese va a ser un descubrimiento fundamental. En la Cinemateca del ICAIC, Teresita Toledo me proyectaba las películas desde por la mañana, yo las analizaba después con ellos, me explicaban... En fin, recibo una formación increíble, la mejor formación que se le puede proponer a alguien que tiene ganas, simplemente, no de hacer cine todavía, pero sí de entender cómo se construyen las narrativas nuestras, latinoamericanas, en el cine, en la literatura. Además, en ese mismo año, estaba terminando un libro que tenía un trabajo de ficción, de construcción de relatos, muy fuerte. Entonces, esta zambullida, este verdadero taller de dos meses que voy a hacer, sería el punto de inicio.

Luego, voy a llegar a Francia y el que más tarde va a ser el padre de mis hijos, Pierre Devert, fallecido hace seis años, me propone trabajar en una película sobre Chile. En 1982 es también la política de retorno del MIR y yo lo único que quiero es volver de forma clandestina a Chile, y le digo: "si me llevas, voy a trabajar contigo". En definitiva, ese viaje no se hace, pero fue el motor. Después, participo en un documental que se llamó *Los muros de Santiago*, en el que él filma en Chile y yo desde París, en la sala de edición, voy construyendo el relato alrededor de un diálogo desde el exilio con los sucesos que acontecían en mi país y encarnados en la figura de mi padre. Aprendo a narrar, aprendo a editar, aprendo a usar la emoción en un cine documental.

En ese momento no me considero cineasta, no siento que tenga aún ni la formación ni la capacidad. Realmente, a pesar de todo mi trabajo para el cine, yo no me voy a aceptar ante mis propios ojos como cineasta. Voy a decir, bien, soy directora de documentales, voy a aceptar que llevo ya veinte y tantas películas, que he impartido talleres sobre documentales en Barcelona, en

América Latina; que puedo transmitir algo sobre cómo yo concibo el documental político de autor, que no es en absoluto ni propaganda ni un dossier, como decimos en francés, no es un informe, es una manera de contar la historia, y el sujeto que relata, lo hace de forma personal, subjetiva, emocional, y con todos los recursos del cine.

Al inicio solo busco contar la historia de América Latina a mis amigos, en Francia y en Europa, y voy a encontrar en el cine una manera. Además, el cine es colectivo y a mí me gusta trabajar en equipo, se me quita el miedo, llego a ser tremendamente más audaz cuando estoy con el director de fotografía que es mi cómplice. He tenido dos directores de fotografía: el que hizo *La Flaca Alejandra*, que ya murió, y ahora Ned Burgues, con el que trabajo desde que hicimos una película sobre José Saramago, muy importante, rodada en 2002. Asimismo, los otros miembros de mi equipo: Eva Feigeles, mi editora, cómplice fundamental; Laurent Rodríguez, uno de mis sonidistas. Y voy por el mundo con ellos, tranquila, segura. El lenguaje audiovisual llegó a mi vida no porque yo quisiera hacer cine, sino porque yo quería contar historias.

La Flaca Alejandra fue mi primera codirección. Ahí voy a comprender que el cine puede aportar a la memoria, al trabajo de memoria, colectivo y personal, algo que la escritura no puede. En este caso estaba frente a una mujer, dirigente media del MIR, que se quiebra en la tortura, traiciona, colabora con la DINA, 26 años después pide perdón públicamente a sus víctimas, y está dispuesta a realizar un trabajo conmigo. Hay un cuerpo, hay una encarnación, hay un rostro, hay una manera de decir, hay silencios que hablan. Y entonces, digo: “no voy a escribir esta historia, voy a hacerla en un documental”. El resultado es un documental que habla sobre el miedo, sobre la traición, como ningún otro, porque allí hay una

persona que está en un momento de reconstrucción de su propia memoria personal, y que transmite. Además de su testimonio, es una persona que instintivamente se mueve bien frente a la cámara, atrapa la luz, sabe expresarse. En el cine documental no tienes actores, pero a veces tienes protagonistas que sí son extraordinarios en la transmisión, y otras veces no. Aquí estamos frente a alguien que tiene una vivencia, que está dispuesta a hablar, y que además es cinematográfica.

MPP: Para mí es un documental imprescindible, donde lo que acabas de decir es válido. Si yo leo el texto, lo que hablan Marcia Merino –la Flaca Alejandra, si la llamamos por su nombre en la clandestinidad– y tú, en un libro, ¡qué va!, jamás me impactaría lo que me impactó verte a ti conversar con la mujer que delató la casa donde tú estabas con Miguel. Es una experiencia excepcional en el cine documental, verte a ti conversar con esa mujer y ver a esa mujer cómo narra. Pero eso es el cine documental, la literatura jamás consigue lo que tú conseguiste en ese documental.

CC: Y ahí tuve el ojo de decir: “esto tenemos que filmarlo”. Yo quisiera volver a Cuba y organizar talleres, porque es muy interesante cómo se hizo ese documental, cómo yo logro estar en una postura sin emoción ninguna, neutra.

MPP: Neutra, totalmente, pero es una de las virtudes que tiene *La Flaca Alejandra*.

CC: Era una evidencia porque si no, no hago el documental, si quiero ir a pegarle a esa persona, matarla, ofenderla, no. Ahí se trata de que yo quiero que ella cuente cómo se puede llegar a ser una traidora. Ella, que era dirigente, que era dura, que era de izquierda, cómo, qué

pasó o qué le paso, y cómo es esa máquina de tortura que logra convertir a esa mujer en un zombi, en sonámbula, en marioneta, ¿cómo?! Ese fue mi objetivo como cineasta y como mujer militante, porque ahí está, yo creo, la dificultad.

A mí me dicen que hago cine político y estoy contenta de decir: sí, hago cine político, una forma de cine político que hoy yo considero eficaz, un cine político que



FOTOGRAMA DE LA FLACA ALEJANDRA, 1994

te abre el corazón, corres el riesgo de exponerte y dices: desde aquí hablo, de esta emoción hablo, de este sentimiento hablo, esto me cuestiona. En este caso, por supuesto, esta película también es conflictiva, porque no le va a caer bien a todo el mundo, en tanto por qué fui a interrogar a la traidora y no fui a interrogar a la que resistió, a la que no hablé, por qué yo voy a buscarla y le doy la palabra. Y yo le digo a los compañeros: vayan a ver la película para que se aproximen un poco al misterio, aviso de lo que significa el miedo.

Si yo voy a conversar con mi amiga entrañable, que me ayudó a hacer esta película, Gladys Díaz,¹ quien resistió siete meses a la tortura, en la Torre de Villa Grimaldi, encerrada, aplastada, sin hablar, nunca entregó nada, Gladys va a decirte a ti, a los jóvenes: “yo no hablé”. Nada más, ella no tiene respuesta, dice “yo no hablé por carácter”, nadie va a venir a decirte: “yo no hablé porque decía ‘Patria o muerte, venceremos’”; no, ahí estás en otra dimen-



FOTOGRAMA DE *LA FLACA ALEJANDRA*, 1994

sión, en otro espacio-tiempo, la ideología sola no te sirve ahí, sino la lealtad a ti mismo, a tus compañeros, es una vivencia. La Flaca sí podía decirnos por qué habló, qué pasó, cómo la manipularon, cómo la quebraron.

Entonces, mientras filmábamos la película, Guy Girard, el codirector, me dice: “tienes que ponerte en imagen”, porque si no, nos vamos a encerrar en la palabra

¹ Gladys Díaz: periodista, miembro de la dirección del MIR, detenida por la DINA y torturada; no colaboró con esta.

de la traidora, el espectador va a estar con ella en directo y tú no vas a tener manera de mostrar lo que sucede en los puntos de fuga, de los que resistieron, de los que piensan de otra manera; de entregarle al espectador más elementos para que reflexione, no debes encerrarlo en el discurso de ella. Eso, políticamente, fue una decisión muy importante. Como cineastas tomamos la decisión de no conversar con ella antes, ella aceptó ser entrevistada en cinco secuencias, en cinco lugares, en cinco días y todo fue grabado en directo.

MPP: Pero eso para mí es increíble que lo hayas conseguido, no hay antecedentes, yo no recuerdo en el cine documental un antecedente tan impactante como el verte a ti al lado de esa mujer, en el auto, en el apartamento, en la casa de tortura, ella caminando y narrando, tratando de autoanalizarse y de decir por qué ella se quebró.

CC: Fue gracias, justamente, a los amigos del ICAIC que yo tengo acceso en ese momento a la película que hizo Pato Castilla sobre la muerte de Miguel,² la cual contiene imágenes que eran muy difíciles de encontrar en Chile. Preparé un montaje con algunos fragmentos de esa película y les puse como fondo “La era está pariendo...”, la canción de Silvio Rodríguez. Esa es la ventaja del cine narrativo documental, que no la tiene el reportaje. No es llegar con la camarita y seguir a la Flaca, no. En este caso yo construí una secuencia: preparé y monté una película en blanco y negro, instalé en la oficina de Carlos Flores, un cineasta del MIR de la vieja época, dos pantallas, y la puse a ella a mirar las imágenes. Era la primera vez que ella vuelve a ver a sus compañeros y a escuchar la canción. Entonces, cuando ella se emociona hasta las lágrimas frente a lo

² Se refiere al filme *Nombre de guerra: Miguel Enríquez*, de Patricio (Pato) Castilla.

que está viendo, mi cámara está captándolo. Es extraordinario, porque ahí yo le puedo decir: “Flaca, pero tú en esa época eras una mujer dura, una militante dogmática, cerrada, jodida, te teníamos miedo”.

El cine nos permite muchas cosas, pero hay que pensarlo, hay que estructurarlo, hay que tener mucha reflexión previa, una filosofía, me atrevería a decir. Haber ideado una progresión, aunque después la tengas que cambiar.

MPP: Conseguiste una autenticidad extraordinaria en esa construcción. Y también uno piensa en lo que deben haber sido las torturas, en cómo un ser humano puede ser destruido, convertido en un guiñapo.

CC: Ella lo explica bien, y yo trabajé muchísimo sobre esa cuestión, a través de Primo Levi, de Robert Antelme, y de toda la literatura que hay alrededor de los sobrevivientes y del holocausto también. Qué palabra te queda después de esa experiencia, qué es el testimonio, y resulta que, claro, los que podían testimoniar, muchos están muertos. La lógica de la tortura es una máquina de matar. Hay que imaginarse que los tipos torturan desde las nueve hasta las cinco de la tarde, y que a las cinco se van a su casa, bañan a sus hijos, toman té y hacen el amor con su mujer. O sea, es un oficio, de nueve a cinco, salvo las urgencias. En esta película yo trato de ir más allá de la pica eléctrica, porque es más allá que las cosas suceden, más allá; suceden en la creación –a través de la tortura física– de un mundo de destrucción del ser, suceden al convertir a esos prisioneros en entes, al manipularlos.

MPP: En un momento dado son afectivos, crean rivalidades entre los que están torturando...

CC: El libro de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*, es Dostoievski.

MPP: Ahora, como la vida sigue, y ya estamos llegando al final de la entrevista, yo te pregunto por tu nuevo proyecto como cineasta.

CC: Después de haber hecho *Calle Santa Fe*, me gustaría que lo vieran los jóvenes aquí, porque quiero saber qué pasa con nuestras historias pasadas, porque como película tuvo una resonancia mundial importante, y creo que transmite algo de esa complicitad, de lo que fue nuestra generación, de lo bien que lo pasamos y de lo mucho que sufrimos, como la vida. Es una película que dice simplemente a la ideología dominante: mira, la vida no es la felicidad, la vida es otra cosa, son otras cosas.

Acabo de obtener un fondo del CNC francés para hacer un largometraje, que es como el otro capítulo, es decir, qué pasa hoy con el compromiso político, qué pasó justamente después de la derrota ideológica que significó la caída de la Unión Soviética, del modelo. ¿Se paró todo, hubo resistencias, por qué continuamos, por qué algunos –no todos sino una minoría, pero la historia la hacen de las minorías– continuó haciendo cosas? Por qué seguimos luchando si al parecer el capitalismo es imposible de sobrepasar, fatalmente está ahí. Voy a escudriñar en todo eso a través de una historia de amistad fraternal y muy íntima con un amigo, Daniel Bensaïd, que murió hace un año. Es la historia de la muerte de alguien que te hace recordar ciertas cosas, y voy a desarrollar la evolución de la narradora –que soy yo–, que quiere volver a Chile y mientras va recordando todas las luchas en las cuales participó, derrotada en muchas de ellas, ve lo que fueron dejando, desde 1994 con la emergencia zapatista, hasta hoy.

Espero poder filmar en Brasil con el MST, quiero ir también a Bolivia porque creo que en ese país latinoamericano hubo una revolución victoriosa, cualquiera sea el futuro de la revolución, lo que sucedió en 2005 es una victoria que cambió la faz, “se dio vuelta la tortilla” y

los oprimidos de siempre, gobiernan. Por lo tanto, quiero contar que en esos años, desde 1994, con los zapatistas, hasta hoy día, conocimos también victorias, y quiero contar cómo fue nuestro cuestionamiento como militante, qué hubo que destruir de nosotros para volver a nacer, qué se mantuvo. Por eso, ese pensamiento de entender que la revolución ya no es el resultado de un progreso inexorable del mundo, como creíamos, que la humanidad iba creciendo, progresando y llegaría el día en que... No, ya sabemos que no es así, que es simplemente un grito, la revolución como la alarma, el aviso, que para el tren antes de la catástrofe, solo eso, el freno, la alerta del tren, como dice Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia*. Hay que leer el libro de Michael Löwy *Aviso de incendio*.

MPP: Carmen, has hecho un repaso, desde los años sesenta hasta 2011, de tu vida, del MIR, de Chile, del cine, de tus documentales. Creo que son francamente antológicos *La Flaca Alejandra* y *Calle Santa Fe*, desconozco los otros. Te agradezco que en esta pasada por Cuba nos dieras la posibilidad de dejarte registrada para la historia con la Videoteca Contracorriente, porque si se hubiera quedado en una conversación entre nosotros dos, en el hotel o en la calle, no tendría el valor que va a tener para todos los televidentes y para siempre, el privilegio –te lo digo sin que sea nada de formalidad ni de piropo– de haberte escuchado durante todo este tiempo. Te agradezco mucho.

CC: Gracias a ustedes, me emociona mucho estar en los archivos de ustedes. Que los historiadores lo tomen con precaución, que no se enojen, si nos hemos equivocado en fechas o sido imprecisos en esta conversación.

MPP: Muchas gracias, Carmen, francamente, muchas gracias. ♦



Calle Santa Fe, un renacer^{*}

CARMEN CASTILLO

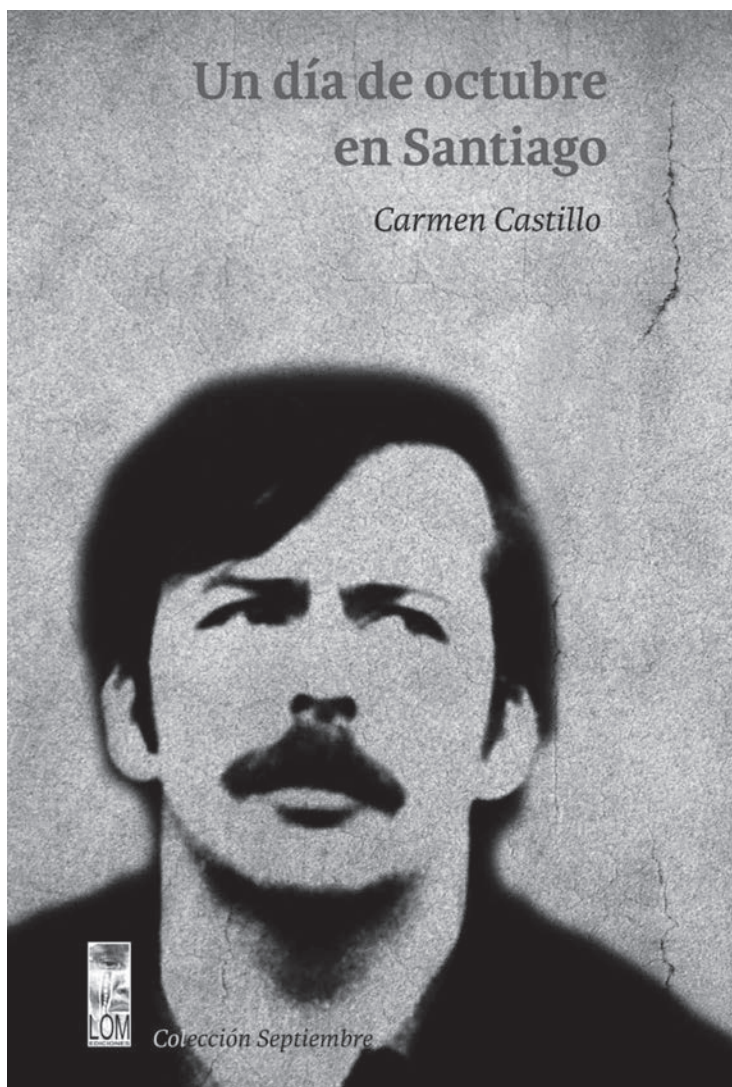
No me hace falta recordar la belleza de su rostro el día de su muerte... Miguel no se ha ido, soy yo quien me he convertido en otra, una extraña en esta historia. El tiempo está ahí, no transcurre, solo tuve que acostumbrarme a la ausencia, al vacío, para osar un día acercarme a la casa... esa casa incrustada en mí, desde ese sábado 5 de octubre de 1974... Todo empezó ese día, en esa calle... la ruptura con mi país, el desgarramiento de una familia, la errancia...

Con esas palabras comienza la voz de la narradora en la película *Calle Santa Fe*.

Una frase de mi libro *Ligne de fuite*, en castellano *Punto de fuga*, publicado en Francia en 1987, contiene el estado en que me encontraba en esa primavera de 2002 antes de recorrer el barrio y aproximarme a aquella casa ubicada en el número 725 de la calle Santa Fe, en la comuna de San Miguel. “Locura, mi amor, enfermedad por esta falta de memoria, esta liviandad monstruosa que me posee”.

* Fragmento de “Los crepúsculos nunca vencerán a las auroras”, primera parte de la edición cubana de *Un día de octubre en Santiago* (Ediciones ICAIC, La Habana, 2014, pp. 16-22).

Cierto, me había aproximado, había filmado en 1992, desde lejos, el muro de adobe, las dos ventanas, la puerta. Era imposible tocar el recuerdo. Durante diez años me mantuve alejada, carcomida por el miedo, sin voluntad. Finalmente es por la exigencia de Pedro Ruz, hijo de Alexis, asesinado en un punto de contacto, y de Sylvia Castillo, su madre –"Tienes que ir a visitar a los vecinos de la casa,



CUBIERTA DE *UN DÍA DE OCTUBRE EN SANTIAGO*, 2013

escuchar sus vivencias sobre el combate, te están esperando”–, que me decido, para acabar con la vergüenza ante tanta negligencia y abandono.

Estacionamos una mañana el auto en la esquina de Santa Fe. La calle no ha cambiado, apacible, alineamiento ordenado de pequeñas casas con sus fachadas coloridas pegadas a la vereda. Los árboles han crecido, su sombra y un ligero viento fresco que viene del oeste nos acogen. No hay nadie. El hombre al que citó Sylvia no aparece, yo me siento aliviada. Pero Sylvia no me deja ir. “Aquí estamos”, dice, “vamos a tocar las puertas”.

En San Francisco distingo un portón oxidado, con agujeros. “Ahí es”, digo, “donde habría caído el cuerpo sin vida de Miguel”.

Tras una espera que me pareció larga, una mujer, sonriente, abre. Sylvia le pregunta si podemos pasar, señalándome agrega: “Es ella, ella vivía en la casa de al lado, quiere ver el lugar donde él murió... ¿Podríamos pasar un momento? Para acordarnos...”.

La mujer, amable, nos acoge. Tenía diez años en 1974 y su hermana, que llegará unos minutos después, doce.

“¿Es usted, entonces? ¿La mujer joven, embarazada, la mamá de las niñitas gemelas? Nos subíamos al muro de ladrillos, ahí, para ver cómo vivían: encima de la mesa de ping-pong colocaban una mesita y dos sillas de mimbre, ahí comían las niñas... El perro daba vueltas alrededor... Eso nos daba risa...”.

“Ese día no se olvida, la balacera, mi mamá estaba aterrada, nos escondió debajo de una cama...”.

Nos contó que su madre recordaba que Miguel lanzó un grito desde el muro: “¡Hay una mujer embarazada, herida, paren el fuego!”. Y que después lo mataron, que su cuerpo cayó ahí, junto a una artesa, en el suelo, que era de tierra.

Fragmentos de este diálogo se encuentran en la película. Algo difuso tenía en la cabeza al iniciar ese recorrido. ¿Reunir material para otros trabajos en torno a la memoria?

Al menos capturar imágenes y sonidos, el instante mismo en que el recuerdo irrumpe. ¿Cine de lo real? Mis vecinos, que habían permanecido ahí, generosos, aceptan el desafío. Cada uno contará su 5 de octubre.

Esos, sus recuerdos, como puñaladas, reabren las viejas cicatrices y vuelvo a sangrar, la máscara que cubre mi rostro se resquebraja, me siento muy débil, agotada. Entonces, le digo a Sylvia: “Solo un encuentro por día y espaciados”. Cada regreso es un comienzo, pienso, atreviéndome a parafrasear a Borges.

Desde la casa frente a la nuestra, la vecina Gladys, sus cabellos teñidos, coqueta como siempre, me llama desde su ventana: “Ximenita, tanto tiempo... ¿y el bebé?”. Ximena, mi nombre clandestino. La vecina no escucha mi respuesta, se precipita para alcanzar a su hijo, un hombre ya, aquel niño que heredó algunos de los juguetes de las niñas cuando se fueron “al campo”. Luego de tomar un té en la minúscula pieza y de escuchar a su esposo, un maestro jubilado hoy ferviente ecologista, me dirijo a Gladys y le pregunto: “¿Usted llamó a Urgencias del hospital Barros Luco al verme herida?”. “No, ese día no estábamos aquí, los sábados siempre había almuerzo donde mis suegros”.

Así, con una frase se derrumba mi creencia de cómo habían sucedido las cosas para que finalmente sobreviviera. Si en aquella casa, la única de la cuadra donde había un teléfono susceptible de ayudar, la vecina amable no estaba, ¿cómo llegó la ambulancia, quién la llamó?

Otro día, tras acercarnos en la vereda a Octavio, obrero desempleado, cuya humilde casita colindaba con la nuestra, evocamos junto a su esposa el destino de nuestra casa en aquel estrecho patio recubierto de un toldo al que nos invita a pasar. “La DINA la ocupó dos o tres años, después la antigua propietaria, Clotilde, la retomó. Es su hijo el que vive ahí ahora. Es rico, nos desprecia...”. Antes de despedirnos les pregunto si saben quién llamó al hospital Barros Luco. “Es Manuel, el cojo, en esa época tenía una moto, vive

pasadito San Francisco, por la vereda de enfrente, ahora tiene un boliche en su casa...”.

Al menos por curiosidad debería haberme dirigido inmediatamente hacia ese lugar, pero no, lo postergo. ¿Cada testimonio es una pieza más de un rompecabezas que debe permanecer inacabado?

Entonces, un viernes visitamos el pequeño almacén de la esquina donde la señora que atiende recuerda que compraba cigarrillos marca Viceroy: “Eran los únicos clientes que compraban esos paquetes”. ¿Otro error en las medidas de seguridad el no haber considerado que en esa calle los habitantes no tenían recursos para comprar esos cigarros con filtro? A pesar de esas torpezas, pienso, nadie en el barrio nos denunció. Al alejarnos, un sol tibio me acaricia; siento la belleza de la luz, la tranquilidad. Me siento en el borde de la vereda en San Francisco y le pido a Sebastián, el camarógrafo, que filme ese silencio, lo imperceptible, los detalles.

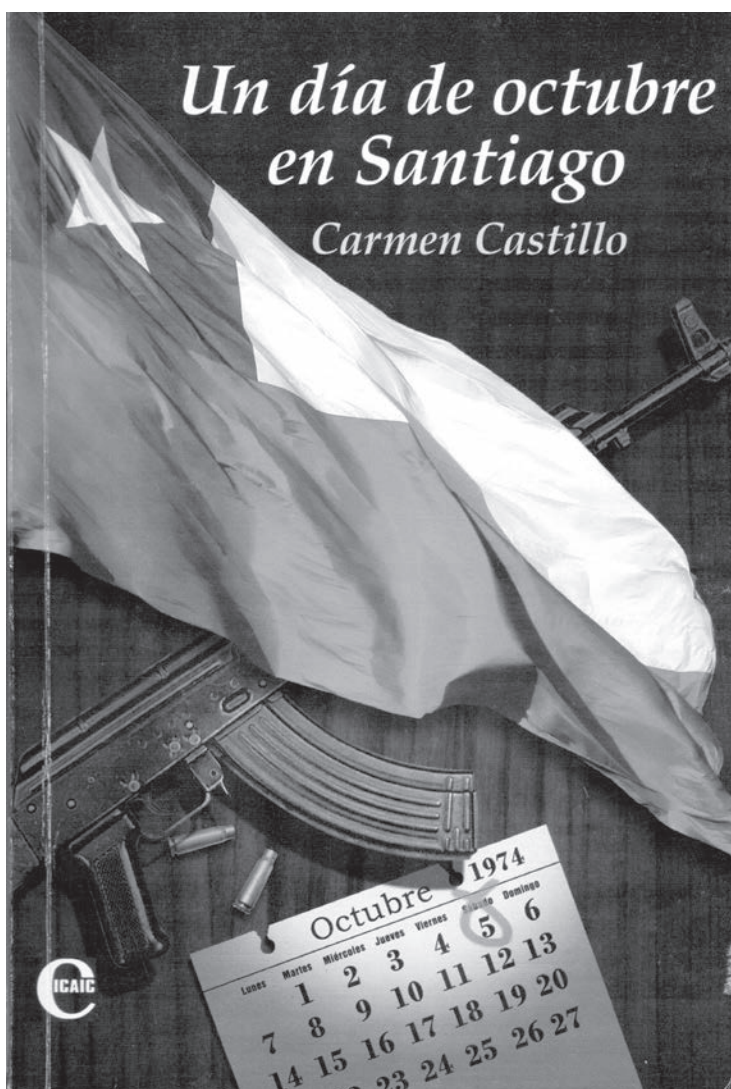
Mi cuerpo doblado en dos, la cabeza entre las manos. *Esta casa, donde se interrumpió mi vida de mujer libre, me asedia. No es la felicidad lo que busco, sino una fuerza. ¿Dónde tomarla, a quién robársela? ¿Cómo evitar volver cada vez al pasado, cómo salirse de la fila de los sobrevivientes, cómo arrancarme de mí misma?*

Sylvia me llama desde la calle Santa Fe, un poco más lejos. La veo aproximarse con un hombre pequeño que camina con dificultad. Me levanto. “Es Manuel”, dice ella, “es él”. Nos abrazamos. Me dice: “Es usted? Estoy tan contento de verla... Pensé tantas veces en usted”.

El rostro marcado de este hombre del pueblo es hermoso, su mirada directa, su palabra dulce.

“No hice nada, era normal, usted estaba perdiendo sangre, un charco de sangre... Había una ambulancia estacionada ahí, convencí al chofer de que se acercara, tenía miedo, la balacera por todos lados. Hubo un momento en que los militares corrieron hacia la derecha, por San Francisco. Entonces nos acercamos y finalmente nos dejaron

pasar hacia donde estaba usted botada. La tomé en brazos y la puse en la camilla de la ambulancia. Protestaron, pero al fin nos dejaron ir hacia el Barros Luco. Tres hombres nos acompañaban, armados. Luego que el personal de Urgencias la acogió, llegaron unos oficiales y muchos militares. Me arrestaron un momento. Me dijeron que usted era una terrorista peligrosa, me preguntaron que qué hacía yo ahí,



EDICIÓN CUBANA DE UN DÍA DE OCTUBRE EN SANTIAGO, 2014

por qué me había ocupado de usted. Una vecina, respondí, herida, embarazada, ¿qué habría hecho usted?”.

Tomo a Manuel de la mano. Ahora estamos sentados los dos en la vereda. Lo miro a los ojos, me hundo en esa ternura, esa transparencia. Con timidez, retoma la palabra: “Vi salir a Miguel, con su ametralladora, caminar rápido hacia esa calle...”. Señala hacia San Francisco al sur. “Luego se dio media vuelta y regresó a la casa”. “No es posible, balbuceo, en esa dirección era imposible, debe estar confundido...”. “No, lo vi, lo conocía bien, era él... El tiroteo había disminuido, atravesó la calle, y luego se devolvió, no podía abandonarla en la casa, sola... Hizo lo que tenía que hacer”.

Por primera vez desde que volví a la calle Santa Fe la emoción me invade. Muda, agarrada de su mano, rechazo esa visión. Se equivoca, seguro. Miguel abriéndose paso por el frente de la casa, con “ellos” pululando, copando esa posición en la batalla, no concuerda. Pero no le digo nada.

Casi tambaleándome me despido: “Tengo que recogerme, intentar pensar... hasta luego”. Nos abrazamos un largo instante.

¿Qué hacer con esas palabras? Hay que borrarlas, pienso, no puedo dejarlas correr hasta producir una deflagración: un revolucionario, el jefe de la resistencia, no arriesga su vida por amor. Tiene un solo deber: vivir.

¿Pero qué legitimidad sería superior a la de Manuel? La memoria de los vecinos de la calle Santa Fe encarna la del pueblo atrapado en esta violencia. No es la versión del MIR ni tampoco la del poder militar. Es la de ellos. Cualquiera sea su veracidad, hay que dejar, flotando, libre y mensajera, la leyenda de Miguel, un hombre como tantos otros.

Abatida por el mal, durante mucho tiempo solo vi en Chile a torturadores y fascistas. Las humildes palabras de Manuel –“Hice lo que tenía que hacer, es normal”– remueven mi memoria, de la sombra surgen los gestos anónimos de bien, los rostros iluminados de los Justos. ¿Cómo pude ignorarlos? La maquinaria imperfecta de la dictadura

nada puede contra la valentía de los anónimos... Son ellos los verdaderos héroes de la resistencia.

Mi cabeza gira, da un vuelco y se despeja. Tras el ensordecedor jolgorio consumista, el ruido permanente de las máquinas absorbiendo dinero en los centros comerciales y la arrogancia de los vencedores, vislumbro en la periferia de Santiago, en los antiguos bastiones del poder popular, en las poblaciones, varias colmenas de abejas que trabajan incansablemente. En La Victoria, por ejemplo, la reina es Blanca, la emblemática dirigente mirista de los ochenta, las mayores son sus amigas, y los hijos, nuestros hijos, los más asiduos trabajadores. Nada se pierde, finalmente. “Todo nos dice adiós todo se aleja, la memoria no acuña su moneda, y sin embargo hay algo que se queda, y sin embargo hay algo que se queja”. Los jóvenes me rodean, me exigen como Pedro que cuente cómo hacíamos política, con qué instrumentos, qué conocimientos. Una balsa entre dos orillas, el ayer y el hoy. ¿Por qué no? Transmitir, aunque fuera poco y mal, me gusta, por algo había sido profesora antes del Golpe. La noche puede ser un bello refugio para ir fortaleciendo las resistencias del presente, la noche acoge a los amantes y cobija los sueños.

Todo esto fue sucediendo en mi vida gracias al encuentro con Manuel, gracias a su valor, a su ser.

Desde el día después de escucharlo y durante tres años estuve habitada por una memoria viva moviéndose. Aquel demonio que me poseía, la duda inquietante –¿había valido la pena tanta muerte, tanto dolor?– se fue diluyendo en las voces de la Chica, la Rucia, de Lucía y Margarita, de Gladys, Érica y Viviana, de Cecilia y Rosalía... Mis amigas, militantes del MIR, sobrevivientes de la tortura y de la muerte. No transcribiré aquí las respuestas múltiples y enriquecedoras que *Calle Santa Fe* recoge. Con ellas aprendí que la memoria de los vencidos es energía para la historia, sin ella la aurora no adviene. Por allí, entre nosotras, revoloteaban las palabras de Walter

Benjamin: “La fuerza mesiánica de las víctimas, de los vencidos de la Historia, de los ancestros martirizados como fuente de inspiración de las generaciones siguientes”. Y de Víctor Serge: “Sobrevivir es la cosa más desconcertante. ¿Para qué sobrevivir si no es por aquellos que no sobreviven? Esta idea confusa justifica mi suerte y mi tenacidad dándole un sentido –y por muchas otras razones, hoy todavía me siento unido a muchos hombres a los que sobrevivo, y justificado por ellos. Los muertos están para mí muy cerca de los vivos, distingo mal la frontera que los separa.” Siempre hay un precio que pagar en el compromiso político, pero ¿cómo vivir sin la Política?

Chile dejó de ser un bloque hostil; la ilegitimidad, una maldición; el pasado, puro dolor. Esa sensación de irrealidad que me embargaba al pisar Santiago, me abandonó. Tras las murallas inmensas aunque invisibles que protegen a los ricos y al centro del poder, aparecieron los territorios populares. Poco a poco se dibujaron rostros, personas, paisajes humanos que se añaden a la magnífica actitud de resistencia de Aliwen Antileo y de José Huenchunao, hermanos del Sur, y al cansino andar de Carlos Aguilar y Verónica en el Norte.

El regreso al país de mi padre había comenzado, para mí, por las comunidades ancestrales y ahora abarcaba la gigantesca capital. Entonces supe que la verdadera nostalgia es la intensidad de vida perdida, no los golpes ni las balas, sino esos Años de militancia que se extienden todavía, un encantamiento, no una fiesta, no, el encantamiento es serio, grave como el amor... Lucidez y fervor, en esos tiempos, una historia forjándose en los campos, las fábricas, las universidades, las escuelas y las poblaciones... Un sueño espeso, áspero a veces, como los verdaderos sueños que tenemos despiertos.

En ese largo periplo de rodaje y de edición abandoné la idea de volver a comprar la casa. “Mucho narcisismo en esa obsesión”, dijo El Tejo que hoy llamo Mauricio, uno de mis

jóvenes cómplices políticos, aquel que habla a toda velocidad y nunca puede quedarse quieto. “Ese espacio de nada nos sirve hoy, muy chico para convertirlo en un local, difícil de acceso y alejado de las poblaciones, nuestros territorios”, agrega Abner, sacudiendo su melena y esbozando una sonrisa. “Suelta ese lugar y ponte a trabajar de una vez junto a nosotros”.

No les conté que durante mucho tiempo había imaginado terminar la película con la casa vacía, las ventanas de par en par abiertas, el inaudible sonido del viento fundido en las palabras de César Vallejo, el poeta peruano muerto en París:

No vive ya nadie en la casa –me dices–; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido. Y yo te digo: cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y los actos se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente en gerundio y en círculo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa es el sujeto del acto.

Todo confluye hacia ese día y esa calle. Todo concluirá, el día de mi muerte, allí.

[...] ♦

Bautista van Schouwen, el tiempo de la Fraternidad*

CARMEN CASTILLO

*Oh lluvia de estrellas en las tinieblas
constelación de hermanos muertos
Les debo mi silencio más negro
mi dureza, mi indulgencia
por todos esos días que parecen vacíos,
lo que me queda de dignidad
por una hoguera en el desierto.
¡Pero que se haga el silencio
en las altas figuras de la proa!
El ardiente periplo continúa,
el rumbo es de buena esperanza...
¿Cuándo será tu turno, cuándo el mío?
El rumbo es de buena esperanza.*
VÍCTOR SERGE: "Por una hoguera en el desierto"

El Bauchi aparece en mi vida junto a Miguel. No los puedo separar. ¿Cómo podría alguien separar lo inseparable? Pensar en Bauchi es, entonces, intentar pensar la Amistad. Si ensancho los fragmentos de recuerdos personales, si intento hacer un bosquejo de Bautista van Schouwen, inmediatamente lo relaciono con ese sentimiento.

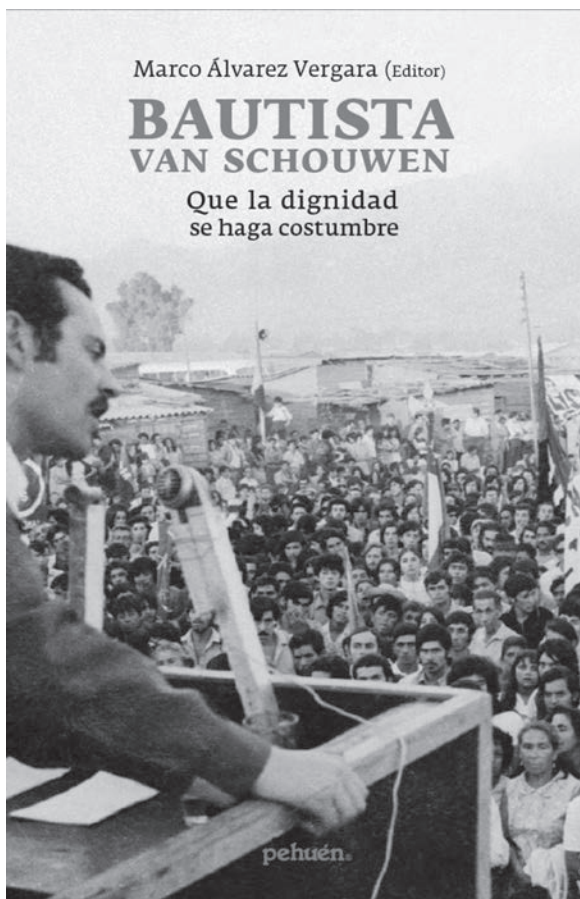
* Tomado de *Bautista van Schouwen. Que la dignidad se haga costumbre*, compilación y edición de Marco Álvarez Vergara, Pehuén Editores S. A., Santiago de Chile, 2018, pp. 119-132.

Bauchi, el amigo de Miguel desde los doce años. En la escuela primaria, en la secundaria, en la facultad de medicina: siempre los mejores alumnos. Vaya si eran conocidos en Concepción estos hermosos jóvenes. Un cierto día se creó el MIR, y ahí también, juntos de la mañana a la noche. Era casi cómico: Miguel que nada podía hacer sin Bauchi, Miguel que decía: “Soy imposible, solo Bauchi puede soportar vivir conmigo”. Miguel, el “sol rojo”..., pero Bauchi era ajeno a la envidia y la mezquindad.¹

Bauchi es, entonces, para mí “Miguel y Bauchi”. Mis pinteladas de recuerdos se incrustan en un paisaje donde sobresalen lugares y situaciones que compartimos los tres.

Sucedió en aquel tiempo, los primeros meses de 1971, en que nuestras vidas ordinarias eran vidas vivas, inmersas en una sociedad entera en estado amoroso, ese Nosotros que palpábamos en cada gesto, en cada acción. El afecto marcaba el ritmo, las palabras fluían, tenían peso y se soltaban, la confianza.

Esta mañana, desprovista de mi lengua, desplazada de los ritos necesarios al recuerdo, se me escapan los detalles de aquellas vivencias. “Hay muchas cosas cubiertas de nieve en nuestra memoria”, y sin embargo, la potencia, la vivacidad de la presencia de Bauchi hoy es un hecho. Porque el pasado nos llama, produce un eco, no



CUBIERTA DE BAUTISTA VAN SCHOUWEN. QUE LA DIGNIDAD SE HAGA COSTUMBRE, 2018

¹ Cfr. *Un día de octubre en Santiago*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1994, 2003.

como un objeto, algo exterior, en la lejanía, sino como algo que habitamos, que nos habita, y al recordarlo nos hace empuñar las manos y nos empuja hacia delante.

La revolución necesita de un retrovisor, dice un amigo.

Destellos, entonces.

Creo que era en abril de 1971... Luego de semanas, ¿meses?, de deambular de un lugar a otro –Bauchi y Miguel pasaban a buscarme de noche a Simón Bolívar y partíamos hacia casas sin muebles o lugares prestados, nunca más de tres noches en cada sitio, durmiendo apenas, un sinnúmero de actividades cada día–, decidí que había que arrendar algo. Bauchi me alentó.

Así fue como nos instalamos en una de esas tres pequeñas casas de muros celestes, incrustadas como por error en Las Condes. Javier, mi hermano, nos facilitó lo esencial. La puerta de entrada se abría sobre la gran cama instalada al fondo de la pieza rectangular, un mueble librero a sus pies y una mesa de *bridge*, cubierta de un mantel blanco. La sala de estar, mezcla de dormitorio, escritorio, comedor. No esperábamos visitas.

Bauchi se instaló en el dormitorio, en un desorden de carpetas, documentos, camisas bien planchadas y libros.

Los libros... lo único propio. Los había por doquier, montones y montones de libros en el suelo y en tablas sostenidas por tarros de conserva o columnas de ladrillos. No alcanzaban las paredes para alinearlos en ellas. Las cajas se apilaban. Los colores de los libros, los grandes y los chicos, el azul rey de los Deutscher, el rosa pálido de Reich, el gris a rayas rojas de Lenin y Chandler, obras completas, los verdes pálidos de Marx y García Márquez, los rojos vivos de Trotsky y *La orquesta roja*, los tomos café de Ediciones Era y de Saint-Just, los azules grisáceos de Mao, el papel Biblia de las novelas clásicas, y tantos más. Aquella voracidad por aprenderlo todo que circulaba en la casa de Las Condes, de una habitación a otra, de Bauchi a Miguel. Algo se me pegaba de paso.

En cada libro anotaban su nombre y el año de adquisición. Cada vez que una cita surgía en las conversaciones, con esa capacidad de retener no solo los conceptos, sino también las frases, agarraban el libro y buscaban el contexto para comprobar la justeza de la idea. La Historia, fuente permanente de aprendizaje y reflexión, y también, con qué placer, la literatura para enriquecer el pensamiento. Ese gozo de pensar juntos. Recuerdo a Bauchi compartiendo sus descubrimientos, aquellos que muchas veces traía a la casa luego de dialogar con Gunder Frank, Lito Marín, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Armand y Michèle Mattelart, Mabel Piccini... Los militantes de otras tierras que traían en su equipaje otras referencias. La pasión de aprender, de cuestionar, de buscar comprender, el gusto de vislumbrar una bifurcación, de fortalecer las decisiones tácticas, de enriquecer la estrategia. Una evidencia, en el seno de la Comisión Política, pero vale la repetición. En aquella casa, como en los trayectos en autos, como, imagino, en las reuniones, circulación de saberes, de reflexiones, de Bauchi a Miguel, de Miguel a Bauchi. Algunas veces me he preguntado si ese pensamiento crítico, a fuerza de cultura política, histórica y, sí, también literaria y poética, no hacía de ellos unos iconoclastas capaces de inventar una política para el Chile de ese tiempo. No me detengo esta vez a enumerar los autores convocados en los rigurosos momentos de poner a prueba algunas ideas estratégicas o tácticas, sería una larga enumeración de los clásicos marxistas, incluido Gramsci, Rosa Luxemburgo, a veces Víctor Serge y otras Andrés Nin, fundador del POUM en Barcelona, una organización “hermana”, según les escuchaba decir.

Algunos domingos, cuando las tareas urgentes dejaban una brecha disponible, Mabel Piccini y Sempat Assadourian, nuestros amigos cordobeses, militantes e intelectuales sólidos, nos invitaban a unos deliciosos asados en el patio trasero de la casa de La Hormiguita en la calle Ly-

nch. Ellos arrendaban un espacio de esa estrafalaria casona, disponían de una buena reserva de vinos tinto Macul y nos regalaban esos momentos que Miguel y Bauchi apreciaban, no solo por el sabor de las prietas y el filete, también por las intensas pláticas en las que el saber y la inteligencia se desplegaban durante horas. Aún percibo la atención con la cual Bauchi escuchó a Mabel discurrir de Freud, de psicoanálisis y de Wilhelm Reich. Esa tarde, Bauchi partió con uno de los libros de este autor, lo devoró y anduvo platicando sobre la relación entre sexualidad y sociedad varias semanas. Nada del saber quedaba fuera. Todo ampliaba el campo del conocimiento para ver la realidad e inventar una política revolucionaria.

Bauchi compartía con Miguel la pasión por el escritor francés Víctor Hugo, citaban a menudo fragmentos de su obra. Un anochecer, en torno a un mojito que ambos prepararon en la minúscula cocina con el ron cubano que Miguel había traído de La Habana, dialogan sobre la fuerza revolucionaria de la novela *Los miserables*. Creo no equivocarme demasiado al retener la reflexión de Bauchi sobre la potencia feroz del Bien que este libro narra. Entre frases citadas del prólogo de Víctor Hugo y análisis propios, su pensar se aproximaba a esa idea central que hoy me parece importante rescatar. La bondad, decía, no es cándida, el bien irrumpe con violencia, hace “mal al alma”. De allí su infinita seriedad. Nadie puede escapar a la herida que produce ni a la necesidad de responder, es decir, de caminar por su senda, más imperiosa que toda moral. Ese es el destino de Jean Valjean, repleto de odio y de rabia frente a la injusticia y la miseria, luego de escuchar las palabras del obispo Bienvenu, quien lo acoge a pesar del robo. Esas simples palabras provocan en Jean Valjean una emoción tan fuerte que lo lleva al borde del desmayo, su envoltorio se deshace y hasta su muerte sentirá la obligación de estar a la altura de ese gesto que inaugura en su vida un nuevo comienzo. Conciencia plena, sin descanso. Pero no será Jean Valjean un

hombre nuevo, permanecerá tironeado entre los llamados de la conciencia y las brasas de una ferocidad nunca completamente apagadas. Al término de su vida dirá: “Hice lo que pude”. Nada más. Nada menos.

¿Sería posible deducir de esa pasión compartida por esa novela y otros escritos de Víctor Hugo, algo de la singularidad que se dio en la amistad entre Bauchi y Miguel?

Cicerón, escribe en su *Tratado sobre la amistad*:

A menudo, cuando medito sobre la amistad, me pregunto lo que empuja al hombre a buscarla. ¿Será su fragilidad? ¿La esperanza que ese intercambio mutuo permitirá obtener –entonces de devolver– lo que solo se obtendría mediocrementemente por sí mismo? ¿O esos intercambios son, al contrario, la sustancia misma de la amistad pero por razones más nobles, más profundas...? El amor, en efecto –de donde la amistad tira su palabra– es un aliento primordial que empuja a la benevolencia. Ciertamente, se puede sacar provecho de una amistad fingida o de consideraciones oportunistas a alguien. Pero en la amistad verdadera, no hay mentira ni engaño, ella es sinceridad, verdad. Pienso que [...] la amistad es una inclinación natural del alma, una propensión a amar y no un cálculo interesado [...]. No puede haber verdadera amistad sino entre gente de bien, aquellos que actúan con honestidad, lealtad y generosidad, aquellos cuya firmeza de carácter excluye toda codicia, avidez, intemperancia [...]. Sin abnegación la palabra misma de amistad perdería su sentido. Eso la distingue de los vínculos de familia, que perduran más allá de si nos entendemos o no.

En esa convivencia respetuosa, tolerante, donde la risa estallaba a cada rato, las largas conversaciones, ellos discutiendo sobre lo que acontecía, vinculando experiencias vividas, apelando a sus visiones sobre el vasto mundo y la situación política, imaginando cómo organizar, formar, trazar líneas de acción en los diferentes frentes, discutiendo

el próximo número de *El Rebelde*, mientras la noche continuaba avanzando... Escuché sin retener, mi única cualidad ha sido no contar las confidencias y, en esos tiempos, mantener contra viento y marea la promesa de guardar el secreto sobre nuestra vida en común, compartimentar hasta borrar de la mente lo dicho entre esas cuatro paredes. Hoy siento ira ante esa desmemoria a la cual me fui acostumbrando desde el transcurso mismo de las vivencias.

No recordamos, dice Chris Marker, se reescribe la memoria como se reescribe la historia.

A pesar de todo, permanecer concentrada en un detalle y dejarse ir, atreverse.

Vislumbro en aquella casa la silueta de Astrid. Su mirada suave, sus gestos dulces, su sonrisa tímida. Bauchí llega un atardecer con ella, y de inmediato Miguel la acoge entre bromas y ternura, como si nos conociéramos desde hace mucho, y los rituales de aquel espacio continuaron.

Lugar de descanso en nuestras vidas activas, lugar para acoger anocheceres y despertares. Cuando las niñas, Camila y Javiera, se instalaron –no recuerdo exactamente la fecha, tal vez en los primeros meses del 73–, el ritmo se mantuvo. Salía temprano hacia el jardín infantil, a veces las llevaba a dormir en la casona de mis padres, en la Quinta, en los horarios de reuniones de mi unidad, pasaba a dejarlas a casa de Marilú García y Humberto Sotomayor, junto a la Abuela, que cuidaba por igual a sus nietos Paloma y Alonso y a las niñas. Cuando mi mente se detiene en ellas, resurge en la casa de Las Condes, de esa zona de olvido, sus juegos o los cuentos que les leíamos antes de dormirse. La mirada de Bauchí, tierna y triste a la vez por la ausencia de Pablo, su hijo. Dolor.

La vida nada tiene que ver con la felicidad, es otra cosa. Y en esa casa atravesamos en un silencio denso, tomados de la mano, inmensos dolores, sin consolación posible. La muerte de Alejandra, la muerte de Luciano, la muerte de Javier, mi hermano. Comprendimos que aprender a vivir es

aprender a morir. Tuvimos que continuar, con ellos circulando en nuestras venas, no había alternativa.

A veces para dejar libre curso al caudal de emociones íntimas escuchábamos sin intercambiar palabra alguna, ensimismados, música, algún adagio, algún concierto, alguna sonata. Beethoven, Mozart, Tchaikovsky... Lágrimas. Punto de fuga.

Bauchi al lado de Miguel, sin fallar. El amigo que acoge la desgracia como ningún otro vínculo lo logra.

Poco a poco, día tras día, algo de esa sublime amistad entre ellos dos, me envolvió, me protegió. La ternura de Bauchi, aquella manera de ser, delicada, afectuosa, retenida y suave, poco común en los militantes de aquellos tiempos, alimentó mi fuerza, mi capacidad de atravesar las pruebas que el amor por Miguel acarrearón en mi vida. Atento, preocupado de mi bienestar en los momentos de ausencia de Miguel, testigo discreto, siempre.

Bauchi, manejando de un tirón las seis horas de Santiago a Concepción, la chaqueta azul marino, el acelerador a fondo, Miguel que se duerme en el asiento trasero. Dos días, una fuga decidida a medianoche, Miguel que decía: "Catita, tengo que mostrarte la desembocadura del Bío-Bío, las colinas y sus bosques vírgenes, los acantilados abruptos. En Talcahuano comeremos erizos. Inés, sí, la Guatoncita, nos espera. Vámonos los tres. ¡Mira! Mira bien esas rocas, las olas inmensas, tan blancas, y allá, en la punta de esa montaña, allá mismo, el último bastión de los araucanos contra los españoles". Caminata por los senderos que cruzan las colinas, y las fotos que sacaba Bauchi, el instante inmovilizado.

Bauchi y Pablo, su hijo, juegan con la arena negra de la larga e interminable playa de Chivilingo.

Bauchi y su mirada ausente un instante.

Bauchi e Inés.

Bauchi y Gladys, el sobrio departamento de la población Santa Julia al que nos llevaba hacia las tres de la mañana.



BAUTISTA VAN SCHOUWEN, MARCELLO FERRADA NOLI Y MIGUEL ENRÍQUEZ SANTIAGO DE CHILE, 1962



DIRECCIÓN DEL MIR: HUMBERTO SOTOMAYOR, ANDRÉS PASCAL, MIGUEL ENRÍQUEZ, EDGARDO ENRÍQUEZ Y BAUTISTA VAN SCHOUWEN, 1971/1972

Bauchi y la cámara video, los campesinos del sur, la ocupación en Panguipulli, las imágenes proyectadas: al principio el asombro, luego, reanudar la discusión encarnizada.

Otoño de 1973, la situación se deterioraba en el país. La Marina había conseguido del Poder Judicial una orden de arresto contra los secretarios generales del Partido Socialista y del MIR. La reacción del ejército ante lo que se daba en llamar “el complot sedicioso de los marinos” aumentaba el riesgo de un golpe de Estado. Había que mudarse. Llegaba la hora de una clandestinidad alejada de los barrios elegantes santiaguinos. Por diversas razones, entre otras de seguridad, Bauchi ya no viviría con nosotros. Esta vez compartiríamos nuestra cotidianidad junto a la familia de Humberto Sotomayor.

Fue así como aquella casa verde olivo de Gran Avenida, calle Zurich Sur, destartalada pero amplia, apareció en nuestras vidas como una oportunidad. Allí íbamos a reagrupar bajo un mismo techo lo que ya estaba muy entremezclado. El 30 de junio de 1973, al día siguiente del Tancazo (la rebelión del coronel Souper y sus blindados), junto a la Abuela, Marilú y los niños exploramos el lugar hasta el último recoveco. La casa parecía sólida: muros de concreto pintado, piso de linóleo frío. “Más vale”, dijo la Abuela, “es más fácil de limpiarlo”. Con un poco de ingenio, todos cabrían.

Cada pareja tenía una habitación espaciosa con escritorio. En la tercera, que era pasable, dormían los nietos de la Abuela. A Camila y Javiera se las relegó a la entrada. Para convencerlas de que era un cuarto de verdad, Cristián, mi hermano, instaló un tabique de madera tras el cual la Abuela consiguió meter su mesa de comedor. A ella solo le quedaba un cuartito en la parte posterior de la casa. Sería allí, sin embargo, que todos se reunirían.

La Abuela fue el pilar de la casa verde olivo. Su estrellato. Luego del Golpe de Estado decidimos quedarnos.

Nadie podía sospechar la presencia de peligrosos “terroristas” en este enredo de chiquillos y de jóvenes que

pululaban en torno a una abuela. Las medidas de seguridad habían sido respetadas con rigor.

La casa verde olivo... nos cobijó los primeros meses, nos permitió suavemente transgredir el espacio de la ilegalidad. Miguel decía, si mi frágil recuerdo no me engaña, “estamos mejor aquí que en cualquier otro lugar disponible, pero no juguemos a desafiar la suerte”.

Un día, a fines de noviembre, Miguel llegó acompañado de Bauchi. Una sorpresa, un regalo maravilloso, abrazarlo, estar junto a él. Lo recuerdo tan nítidamente, recostado en la manta escocesa de la misma cama de madera ennegrecida. Estamos a solas en la recámara. Miguel acaba de volver a salir y Bauchi sonríe; me habla y el sonido de la voz de Bauchi da forma al amor de Miguel. Me conoce, nos conoce. Sabe que Miguel ha silenciado sus sentimientos. Intuye que me hará muy feliz. Murmura, con pudor, simplemente: Miguel te ama. Bauchi apenas si corre el velo de lo que nunca ha sido nombrado. Bauchi, el único verdadero amigo de nuestra historia de amor.

Bauchi, yo no sabía que era la última vez. Bauchi, te negaste a pasar la noche en la casa verde olivo. Sobre todo no querías que corriera riesgos inútiles Miguel. Lo tranquilizaste: “Tengo un buen escondite y mañana cambio de coche”. Y te dejamos marcharte luego de la cena, una verdadera comida como a ti te gustaba; nos reíamos tanto, tú haciendo equilibrio en la angosta escalera de mano, las piernas enredadas con los cables del transmisor de radio que debíamos desmontar en la oscura buhardilla. Seguíamos bromeando y bebiendo vino tinto. Una hora antes del toque de queda te dejamos partir. Bauchi, unos días más tarde te agarraron.

Bauchi y Patricio Munita la noche del 13 de diciembre del 73, en la antigua parroquia de los Capuchinos, en la esquina de Catedral y Brasil. El viejo barrio de Santiago Bajo se adormece. ¿Qué hacía Bauchi cuando ellos –“ellos”– entraron en la iglesia? ¿Acaso leía? ¿O solo tenía los ojos cerrados? ¿Soñaba?



BAUTISTA VAN SCHOUWEN. DISCURSO EN EL CAMPAMENTO NUEVA, LA HABANA, CA. 1972. FOTOGRAFÍA DE GUILLERMO BÚFALO SAAVEDRA

Ese gesto de Bauchi, no quedarse en nuestra casa para proteger a Miguel, me obliga a ir más lejos, buscar expresar algo de esa manera de ser tan particular.

Creo que Bauchi y también Miguel poseían esa “fuerza del alma”, esa “reserva interior” que nutre la integridad. Nobleza de alma, hecha de coraje, de lucidez crítica, de espíritu de resistencia. ¿Qué lleva a no someterse? ¿Tal vez la conciencia plena de sí mismo? En ellos, la fidelidad a sus valores, a sus convicciones antecedió a la búsqueda de la felicidad o de la defensa de ventajas particulares. Seres con estructuras éticas vigorosas. Resistieron, a pesar del miedo, las carencias, las angustias, los riesgos. Conciencia, entonces, de un ser interior irreductible, singularidad que surge de un gran sentido de la responsabilidad personal y del valor absoluto de los principios que la fundan. Capacidad de ver con mirada propia todo lo que rodea y de actuar en consecuencia, certeza de que así son las cosas. Conciencia de que la conservación de la vida es, sin duda, para todos una finalidad legítima, pero no a cualquier precio. La fuerza de carácter, pero no solamente, para rebelarse frente a las circunstancias.

No poder renunciar a aquello que constituye su ser más profundo. Si pierde “eso”, ese respeto de sí mismo en el cual agarra raíz su propia integridad, pierde su propio ser, su dignidad. La integridad solo se manifiesta en acciones, pequeños gestos, que tienen como finalidad el bien, en toda circunstancia y más allá de todas las debilidades, a lo largo de una vida, tanto en los momentos comunes como los excepcionales. Ese es el misterio de la potencia feroz de los gestos de bien. Creo que no es posible explicarlo todo. Esa integridad de Bauchi es un enigma. No logro representarla. Solo sé que nada tiene que ver con el sacrificio.²

Bauchi no aceptó quedarse en la casa de seguridad de la calle Zurich Sur. Nadie, ni siquiera Miguel, podía darle la orden contraria. Era lo que su conciencia le exigía.

Bauchi cayó. Bocas anónimas traen palabras, retazos de frases, finales de frases, ya no se sabe de dónde vienen, quién las dijo primero. Evidentemente no se puede responder ni cuándo ni, sobre todo, cómo. El enemigo borra las huellas, el enemigo miente, el enemigo hace montajes con elementos verdaderos, el enemigo afirma categóricamente la mentira, esa forma tan reconfortante de decir que no se sabe nada de nada, nada del paradero de Bautista van Schouwen, arrestado en una parroquia del norte de Santiago el 13 de diciembre de 1973.

¿Quién fue el primero en venir a decírnoslo? Ya no me acuerdo, y tampoco lo demás. A decir verdad, borrábamos rápidamente las fuentes... Necesitábamos la fe, la fuerza de la esperanza, la fe en la vida y la extraordinaria conducta de los revolucionarios; entonces, nos aferrábamos con ambas manos a dos palabras, las últimas, que circulaban en papel delgado de cigarros. La gente se las decía en voz baja en los puntos de contacto: alguien lo escuchó, Bauchi les grita a los torturadores: “Ustedes no saben por qué

² Cfr. Michel Terestchenko: “Un si fragile vernis d’humanité – Banalité du mal, banalité du bien”, *La Découverte*, París, 2005, 2007.

torturan, yo sé por qué muero”. Bauchí aúlla sus convicciones. Bauchí les escupe a la cara: Pueblo, Conciencia, Fusil, MIR, MIR. Bauchí les vomita en los oídos: “El pueblo vencerá, el MIR continúa”. Bauchí, fiel hasta el fin. No fueron otras las palabras que escucharon de sus labios.

Tal vez Miguel pensaría como Montaigne, cuando al emprender la escritura de sus “Ensayos” encuentra el recuerdo de la singular y fraternal amistad que tuvo con Etienne de La Boétie, el autor de “Discurso sobre la servidumbre voluntaria”.³ Al intentar explicarse por qué quiso tanto a ese amigo y por qué desde su muerte una pena infinita lo acompaña, escribe esta respuesta asombrosa: “Si me obligan a decir por qué lo quería, siento que eso solo puede expresarse respondiendo: ‘Porque era él, porque era yo’”.⁴

El momento Fraternidad

Si el esbozo de Bauchí, el amigo entrañable de Miguel, me ha conducido a reflexionar sobre la amistad verdadera y los seres de bien, al pensar en Bautista van Schouwen, dirigente del MIR, aparece con fuerza otra palabra: la fraternidad. Es Gladys Díaz quien me la sopla, le da cuerpo, al recordarlo en la entrevista que realizamos para la película *Calle Santa Fe* en 2005. Bautista, su manera de ser. Fraternal. Gladys fue su compañera y militó junto a él.

Recordemos, o imaginemos la intensidad de esos años, la multiplicidad de tareas y responsabilidades que Bauchí

³ Lectura necesaria en esta era donde la dominación viene envuelta de azúcar.

⁴ “Lo que denominamos comúnmente amigos o amistad son familiaridades entrelazadas alrededor de una ocasión o de una comodidad a través de las cuales nuestras almas se nutren. En la amistad de la cual hablo, las almas se confunden la una con la otra, se mezclan hasta borrar la costura que las había unido. Si me obligan a decir por qué lo quería, siento que eso solo puede expresarse respondiendo: ‘Porque era él, porque era yo’” (Montaigne: “De la amistad”).

asumió, los diversos territorios que recorrió a lo largo de Chile, Concepción, Neltume, Panguipulli, Valparaíso, Iquique, Santiago... Los múltiples locales donde dialogó con otros, de donde surgieron ideas y se indicaron o realizaron acciones: *El Rebelde*, la Comisión Política... En todos esos lugares, durante todos esos años, entre los años sesenta y su muerte, vivimos un tiempo de fraternidad.

Lazos de hermandad voluntaria que crearon una familia, no genética, voluntaria. Un tejido de vínculos unidos por afinidades electivas hasta construir un Nosotros con Ellos. Cada sujeto libre de decidir su herencia, su filiación. Una organización, el MIR, un colectivo en cada frente social. Fraternidad en acción.

Momento de fraternidad, porque no es un estado permanente, no está garantizado. Supone sobrepasar el egoísmo de las pulsiones. Bien lo saben cada compañera y compañero, el vivir fraternal no es nada fácil, se requieren circunstancias excepcionales, favorables a la renuncia de la pulsión de satisfacción individual. A menudo, son instantes de desamparo o de peligro, donde una causa que nos trasciende logra reunirnos por encima o por debajo de las divisiones. Es un momento que federa todo lo que el reino de las supuestas libertades individuales tiende a dislocar, a diseminar. “Solo lo que nos sobrepasa, una cierta sacralidad, es lo que nos une. La fraternidad es un momento político, cuando una multitud constituye un grupo, un partido, una nación”⁵

Qué sensación extraordinaria la de sentirse orgulloso no por lo que se es sino por lo que se hace, junto a otros.

La palabra “Fraternidad” se agrega al lema “Libertad, Igualdad” de la Revolución Francesa, en 1848. Desde ese entonces y casi siempre en la Historia, la fraternidad surge de las barricadas. Víctor Hugo, otra vez el escritor admirado, decía que *Los miserables* era una novela sobre la

⁵ Régis Debray: *Le moment fraternité*, Gallimard, París, 2009.

fraternidad. Y en la historia que ese libro cuenta se lucha contra la injusticia también empuñando las armas.

Los grandes testimonios de fraternidad son testimonios de combatientes, provenientes de las trincheras, de la red clandestina, del campo de concentración, de las casas de tortura clandestinas. De la guerra. La guerra no comienza cuando ciertos individuos deciden matar a otros, sino cuando algunos deciden correr el riesgo de morir para defender una comunidad de elección. A veces hay que asumir los deberes de una oposición, de una confrontación. Pero siempre en la fraternidad hay un principio de esperanza, un proyecto de futuro, un poner en común no los resentimientos sino las esperanzas.

Convocados por ese momento de fraternidad, de lucha compartida en Chile, para desear en común un futuro común, nos reunimos alrededor de un ideal, de un proyecto, de una perspectiva: la Revolución.

Hay riesgos que correr en las experiencias de la fraternidad, de seguro, tiene olor a pólvora, pero si se descarta es el instinto salvaje el que domina y dominará. La carencia de fraternidad es peor. Hoy atravesamos una brutal crisis de futuro, hay un exceso de “yo” y una escasez de “nosotros”. La fraternidad está dormida.

La memoria en movimiento de Bauchi nos llama a mantener la vigilancia para no desacostumbrarnos de ella. Añorarla, como lo añoramos. Recordar la intensidad del goce que procura: cantar juntos, bailar juntos, combatir juntos, comer juntos, una huelga, una manifestación, una marcha, un panfleto que circula de mano en mano... El afecto. No conformarnos nunca de su ausencia. Ejercitarse para acogerla y saber vivirla cuando el momento se presente, trabajar, desobedecer, sacudirse, despertar. Soñar.

“Venceremos. Es con la fraternidad que salvaremos la libertad” (Víctor Hugo). ♦

Beatriz Allende, amiga y cómplice en la lucha*

CARMEN CASTILLO

He regresado a Santiago. Abro otra vez el manuscrito de este libro que me acompaña desde hace algunas semanas. Aún es invierno y, sin embargo, las flores rojas de la inmensa camelia del patio anuncian ya la primavera. Para mí, también, cada vuelta al país es un nuevo comienzo. Estos días de lluvia, estas mañanas frías en que el sol ilumina la nieve de la cordillera han transcurrido junto a Beatriz Allende, la Tati, amiga y cómplice en la lucha. Gracias al trabajo de Marco Álvarez, su alma errante se ha posado, ha dejado de ser una figura desencarnada, separada de mi cuerpo. Ahora se ha puesto a circular por mis venas.

La lectura ha desatado otra vez ese instante luminoso en que el antaño se encuentra con el ahora y ese espesor me regocija. ¿Será que la conciencia lúcida de lo vivido logra ganarle a la desmemoria provocada por el derrumbe doloroso de nuestros sueños y vivencias? ¿Es posible, entonces, heredar y cuestionar, meditar y

* Prólogo a Marco Álvarez Vergara: *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada*, Pehuén Editores S. A., Santiago de Chile, 2017, pp. 7-15.

recordar? Durante tantos años me habitó la sensación de que simplemente no quedaba ninguna historia que pudiese ser contada. Perdimos así nuestro tesoro.¹ Como el aroma de esos años esenciales del pasado, nuestra verdad íntima se difuminó.

El artífice de esta densidad palpable de hoy y el que me convoca a escribir se llama Marco Álvarez. Él es el autor de este libro, escrito contra viento y marea, en abierto desafío al silencio, las reticencias, los miedos, las conveniencias y cuánta razón exista para no contar la vida de Beatriz Allende.

Marco tiene 30 años. Olvidé preguntarle cuándo y cómo se cruzó en su camino con Beatriz, cuándo se enamoró de ella. Creo que en su búsqueda obstinada tras las huellas de la vida de Miguel Enríquez debe haberse topado con su belleza, la mirada atenta de sus ojos inmensos y su porte erguido. No lo sé con certeza, pero estoy convencida de que era necesaria la fuerza del afecto y de la conciencia política de Marco para atreverse a hacer añicos la cómoda autocensura de la izquierda y el desprecio de los poderosos que han mantenido durante tanto tiempo a esa mujer revolucionaria en esa extraña zona del olvido.

Sin previo aviso, sin prejuicio de ningún orden, sin temor, movido por sus ganas de saber, inició, hace pocos meses, la investigación y luego la escritura de esta, como él la denomina, primera semblanza biográfica de Beatriz Allende. Ha trabajado en la urgencia, sabe que “la memoria es una construcción en disputa”² y que la batalla por la Historia es tan urgente como lo fue en el pasado una tarea en el combate de resistencia contra la dictadura.

¹ Inspirado en Hannah Arendt, reflexiones sobre el poema de René Char: “Nuestra herencia no está presidida de ningún testamento”, en *La crisis de la política*.

² Carla Valdés León: tesis de graduación en la Facultad de Arte de los Medios Audiovisuales, La Habana, 2016 (inédito).

Marco sabe que el neoliberalismo ha silenciado nuestro pasado, lo ha diluido en el frenético ritmo del consumo de todo tipo de mercancías. Por eso, hoy la prioridad es la reapropiación de la memoria viva, puesta a resguardo en personas y relatos, y de los ideales y valores que han sostenido nuestras luchas, para inscribirlos en el presente y proyectarlos hacia el futuro. Abrir con ello una brecha en el horizonte clausurado. Creo que el hecho mismo de haber militado desde la adolescencia lo condujo a constatar la gravedad política de esa carencia, de esa ruptura en la transmisión. Asumo mi parte de responsabilidad y agradezco a Marco su trabajo. “El presente es siempre fragmento, torso incompleto. El pasado inmediato completa esa imagen mutilada, la dibuja más entera e inteligible”.³

Con franqueza, mirando de frente, al acecho, incisivo, nos encara, sacude nuestras frágiles memorias para construir el primer andamio de la intensa vida de Beatriz Allende. Fuente de inspiración, leyenda épica, el legado de esa “mujer nueva” –como Marco la denomina, en abierta alusión e irónica crítica feminista al “hombre nuevo” que debía de advenir con el socialismo– debe ser rescatado para las jóvenes generaciones de luchadoras. La voluntad de Marco logra vencer reticencias y temores. Muchos de los vivos que aún guardan secretos (o tesoros) le han confiado retazos, abierto puertas, levantado pesadas lápidas, aquellas que mantienen a nuestros muertos separados de la tierra y del cielo, inmovilizados en sus tumbas. Paso a paso, entre Chile y Cuba, con rigor y precaución, Marco ha realizado un primer levantamiento de testimonios y fuentes diversas. Las ha ordenado y expuesto según su punto de vista. El autor se involucra, confiesa sus dudas, se atreve a avanzar hipótesis y nos deja libres de imaginar, discernir o completar, a

³ María Zambrano: *Las palabras del regreso*, Cátedra, 2009.



TATI ALLENDE JUNTO A SU HIJA MAYA FERNÁNDEZ, 1971. ARCHIVO FUNDACIÓN SALVADOR ALLENDE



TATI EN ESTOCOLMO, DICIEMBRE DE 1973

sabiendas de que el amplio y diverso texto del camino de Beatriz Allende no puede ser reducido a ningún cliché.

Heme aquí, entonces, embarcada en su deseo de traer a Beatriz Allende de regreso a Chile, urdiendo palabras para ayudarlo a plantar en esta tierra su espíritu revolucionario y sus múltiples vidas, como quien planta un árbol que con el tiempo se enracina y vuelve a florecer, año tras año, en primavera. Marco Álvarez quiso apuntar a octubre, otra vez el mes de octubre, enlazar el 11, día de su muerte, a esas otras “fechas bisagra” que nos reúnen, el 8 de Ernesto Che Guevara, el 5 de Miguel Enríquez, velas encendidas como luciérnagas en la noche oscura, que embelesan y avivan el deseo de crear con “la esperanza entre los dientes” y desde ya ese “otro mundo”, incierto, pero por el cual ellos, los tres, murieron.

Este libro abre la compuerta que retenía cautivas e inalcanzables las experiencias de Beatriz Allende, no para copiarlas, absurda caricatura, sino para enriquecer la acción política, en sus fundamentos históricos y teóricos, pero también afectivos. Este libro se desliza en el flujo continuo de esa cultura, que no se contenta con la compasión a las víctimas sino que busca redimirlas, que observa a los que fueron derrotados (y no vencidos) como sujetos revolucionarios, en rebelión, y no como objetos de compasión. Lejos, entonces, de toda patología melancólica. Sin nostalgia, pero bajo la aureola de cierta melancolía crítica, la de esa tradición revolucionaria escondida de la cual habla Enzo Traverso,⁴ esbozo los recuerdos sin tiempo de mi amistad con la Tati en los tres momentos políticos de su trayectoria que Marco distingue en este libro.

No sé de qué manera ni en qué aspecto ni en qué momento de nuestra amistad, mi admiración y cariño tuvieron algún peso en la vida de la Tati. Solo puedo hablar desde mi punto de vista, la amiga más chica y en un prin-

⁴ Enzo Traverso: *Melancolía de izquierda* (en traducción).

cipio sin experiencia de la cosa política. Precisamente, mis primeros pasos en el compromiso concreto los visualizo guiada por ella, tomada de su mano voy descubriendo, a mediados de los años sesenta, la esplendorosa cartografía de las luchas revolucionarias de nuestra América.

Dejar la adolescencia envuelta en el proyecto emancipador y socialista que encarnaba el Che, vivirlo despierta, los ojos abiertos y el corazón palpitante. Fulgores de aquellas tertulias de vino tinto y zambas argentinas en casa de los Alvallay, sus amigos, ella estudiante de medicina abriéndose camino en las asambleas del Pedagógico, nuestra cita en medio de la marcha del pueblo allendista en 1964. Pinceladas de vivencias en las que mi silueta, pegada a la suya, deja entrever mi mirada admirada ante su manera de ser. Y día tras día la sonoridad liviana de la palabra “compañero” iba componiendo ese tejido del “nosotros” al cual me incorporaba.

La indignación ante la injusticia, la empatía, el amor por los que sufren y se levantan del suelo, nos llevaban a tomar partido por ellos, a desear caminar por esa vereda del mundo. A mi libre decisión Beatriz le dio una forma, una estructura y un método. Aquello lo llamábamos “militancia”. Implicaba estudio, mucha lectura, humildad, disciplina y, durante un tiempo, discreción absoluta. Caminar un momento junto a ella en la organización de los elenos de Chile me permitió comprender que el compromiso político era un tejido de gestos mínimos, de pequeñas acciones que, sumados a los de otros, iban construyendo una fuerza política. Absorbíamos todo, masticábamos la historia de las revoluciones, de los movimientos sociales, todo ese conocimiento cimentaba nuestra “implantación” en el campo de los oprimidos. Aspirábamos a esa forma de vivir como quien aspira al encuentro amoroso, para toda la vida.

La primera lección de Beatriz, en ese entonces, tuvo como eje el internacionalismo que el Che conceptualizó

desde sus primeros escritos, luego de la crisis de los misiles en 1962. Ser guevaristas nos permitió sentir como propio todo sufrimiento, toda embestida a la dignidad humana, en cualquier lugar del mundo y en particular en América Latina. El espacio en el cual se desplegaban nuestras experiencias se agigantó a gran velocidad. Un mestizaje de tierras, culturas y relatos que, aunque sin movernos de nuestra comuna, de nuestro país, nos pertenecía. Cada acto individual y colectivo se conectaba con ese universo en expansión y así, emancipados de la prisión del “yo”, nos deslizábamos atentos al movimiento de las olas, en el flujo ascendente de las luchas, pero también en el reflujo. ¿Es posible comprender hoy ese privilegio que vivimos? Ser parte del mundo, sujeto y multitudes, esa “mundualidad” que Édouard Glissant⁵ distingue de la mundialización impuesta por el capitalismo, una vivencia indispensable de recrear hoy en día en la práctica política.

Esas enseñanzas de la Tati, que luego pude continuar y profundizar en mi militancia en el MIR, van a prolongarse, de otra manera, en el segundo tiempo, aquel que Marco desarrolla en el capítulo “Compañero presidente”. Durante algunos meses tuve la oportunidad de trabajar junto a ella en La Moneda, asumiendo algunas modestas tareas de solidaridad con los movimientos revolucionarios de América Latina que Salvador Allende mantuvo con firmeza durante su gobierno. El amplio espacio donde se encontraba la Secretaría Privada semejaba una colmena de abejas en plena actividad. Vislumbro a Beatriz en su escritorio, me sorprende aún hoy su serenidad al enfrentar las tensiones cotidianas, su capacidad de escuchar, de reunir las energías para implementar un trabajo colectivo, de desarmar los conflictos y crear alianzas.

Desde el epicentro del gobierno de la Unidad Popular, la Tati, cada día, a cada instante, muestra que se

⁵ Édouard Glissant: *Tratado del Todo-Mundo*, Gallimard, 1997

puede, se debe ser radical sin ser sectaria. Aprendí entonces, en ese breve tiempo, que se puede armonizar la integridad, es decir, un cierto extremismo moral, con una apertura de espíritu hacia otras corrientes de pensamiento: Nada había de pragmático en ella. Habitada por sus convicciones, combatió con honestidad posiciones divergentes, sin apelar a oprobios o descalificaciones. Nunca, nadie en el campo de la izquierda revolucionaria cuestionó la manera de ser y de hacer política de Beatriz Allende. Eran tiempos en que la reflexión y la acción no estaban sometidas al dictado de “lo posible”, la política era lo que debe ser, el arte de realizar lo imposible. Hoy la actividad política se ha convertido en pura gesticulación. Beatriz nos dice que no está condenada a desaparecer, que no es una fantasía, que se puede comprometer una vida en un verdadero quehacer por el bien de todos.

Pero advino el golpe militar. El 11 de septiembre de 1973 se incrustó en nuestros cuerpos y cambió para siempre nuestro destino. “Hay golpes tan fuertes en la vida... yo no sé”, el poema de César Vallejo, otra vez, para abrir la última estación de la vida de la Tati.

La dictadura nos condenó al exilio, nos convirtió en “sobrevivientes”. Cuando nos reencontramos, en octubre de 1974, en ese paisaje cubierto de nieve en Cambridge al cual viajó en urgencia al conocer mi expulsión del país, la Tati me tomó en sus brazos, largamente. Me escuchó, pude decirle, con el pudor acostumbrado entre militantes, la gratitud y la admiración de Miguel ante su conducción de la solidaridad con la Resistencia. Sí, en Chile siempre se supo que Beatriz Allende impulsaba todo su accionar para crear un frente unido contra la dictadura, priorizando el apoyo a las acciones del frente interior de lucha y fortaleciendo la campaña en defensa de los compañeros caídos. No creo que ella lo valorara, era normal, pensaría, y siempre se exigiría más y más.

Marco Álvarez me preguntó sobre aquel viaje que realicé a La Habana un año después, en 1975, para el primer aniversario de la muerte de Miguel. Las fotografías donde aparecemos juntas atestiguan de su acogida y compañía en las actividades de esa semana, sin embargo, no logro entregarle ningún detalle ni reconstruir ninguna conversación. ¿Adónde habían ido a parar las funciones vitales, los ojos, el oído, la nariz, la boca? ¿Qué significa ese aterrador olvido? ¿Sabía ya en ese octubre de 1975 que iba a olvidarlo todo, irremediablemente? La memoria tiene esa capacidad de empujar hacia la insensibilidad el recuerdo de una experiencia, de arrancarle a toda vivencia su poder de embriaguez. Y sin memoria, la realidad se desvanece, uno se ausenta de sí mismo. Pienso que la Tati lo percibió y me ayudó a mantener la compostura y asumir el rol que en ese momento debía representar. No creo que nos hayamos permitido llorar la muerte de Miguel Ángel, mi hijo, ni la de ningún amigo y compañero. La urgencia era otra. Regresé a Cuba meses después, en agosto de 1976. En esa ocasión, mi personaje reventó, salpicando el entorno de una bilis amarga, imposible de acallar, de esconder. La Tati supo ver lo que yo no podía nombrar, actuó con coraje político, generosa en la amistad y con la lucidez del médico. Su profunda humanidad y su sensibilidad me permitieron volver a levantar la cabeza, visualizar el punto de fuga, emprender el largo recorrido que va de la sobrevivencia a la existencia y con ello retomar, de otra manera, una vida política.

Evoco esos dos momentos porque solo puedo acercarme al enigma de su muerte a través del prisma de mi experiencia íntima. Cuando ese 12 de octubre de 1977 recibo en París la noticia de su suicidio pienso, y lo escribo, que ese gesto es un acto político de denuncia del exilio. Hoy, y más allá del contexto que Marco describe, persisto en verlo así. Han pasado cuarenta años, el exilio ya no interesa

y, sin haberlo vivido, ¿cómo acercarse a ese padecimiento? No le deseo a nadie sufrirlo en carne propia, entonces apelo a las palabras de María Zambrano, filósofa española exiliada del franquismo, para darme a entender:

El exiliado es un superviviente, alguien que estaba destinado a morir, mas fue rechazado por la muerte. Le dejaron con vida, pero tan solo y hundido en sí mismo y a la par a la intemperie, como uno que está naciendo, naciendo y muriendo al mismo tiempo, mientras sigue la vida. La vida que le dejaron sin que él tuviera culpa de ello; toda la vida y el mundo, pero sin lugar en él, habiendo de vivir sin poder acabar de estar, cosa tan necesaria [...]. El exilio se encuentra en medio del vacío, en el “ilimitado desierto”, como en un océano sin isla alguna a la vista, oficiando el rito de la recreación de una nueva vida después de haber descendido a los “infiernos” de la historia. Y a pesar de ello, el exiliado no se siente un héroe, sino un “ofrecido”, alguien dado como prenda de algo, esto es un “sacrificado” en aras de la historia, un ser que solo entregado se cumple.⁶

Creo que Beatriz Allende, como la Antígona de Zambrano, es la figura alegórica del exilio chileno: renuncia a su vida para seguir sustentando la historia.

Sobrevivir es seguir vivo cuando otros están muertos, es también sobrevivirse, continuar viviendo con la impresión de que la persona que fuimos está muerta. Ese segundo sentido nos concierne a todos. Ese peligro lo corremos todos. La palabra “vida” deja de tener lugar, la sobrevivencia es la “muerte en suspenso”. Beatriz muere de no poder luchar. El personaje político que debió asumir en el destierro la fagocitó. La coraza se endureció, la asfixió, la estranguló.

⁶ María Zambrano: *Las palabras del regreso*, Cátedra, 2009.

Los que en ese entonces promulgaron un juicio moral contra el suicidio eran, a menudo, los mismos que hacían una apología del culto a la muerte y al sacrificio que conduce al suicidio. Ese enjuiciamiento y el malestar espeso y vergonzoso que despierta la muerte voluntaria continuó hasta hoy su obra de ocultamiento del legado político revolucionario de Beatriz Allende. Marco Álvarez escribe a sabiendas de esto, nos dice que debemos también rescatar su muerte para evitar toda tentación de considerarla víctima y desdibujar así su recuerdo subversivo.

Éramos militantes de una generación que asumía el compromiso, cierto, hasta morir, pero en nombre de y por la vida. Ninguna fascinación por la muerte, ninguna arrogancia en empuñar las armas y volcarnos en el combate. El único deber, sabíamos, era mantenernos vivos. Eso relata esta semblanza de Beatriz. Entonces, ¿cómo, por qué?

Quisiera, en estas líneas, abandonar toda explicación para inclinarme con respeto ante esa parte de libertad que solo a ella le pertenece, su dignidad, su derecho inalienable de decidir aquel día su muerte voluntaria. No puedo decir lo que en definitiva empuja de la vida a la muerte. Pero sé que los exiliados nos encontramos a menudo en esa “peligrosa prontitud a morir”.⁷ Walter Benjamin, en Port Bou, en 1940, cuando trataba de escapar del nazismo; Stefan Zweig y su mujer, en 1942, en Brasil; o Paul Celan y tantos otros dieron el paso. Cada uno se deslizó en ese instante fugaz, tan fugaz, de la infracción. Frente a esas personas, la sociedad debe callar. “No es la sociedad la que explica el suicidio, es el suicidio el que explica a la sociedad”.⁸ No estoy porque la gente se suicide, por supuesto, es ella quien me importa, ella que tal

⁷ Hannah Arendt: “Nosotros los refugiados”.

⁸ Christian Baudelot y Roger Establet: “Suicide, l’envers de notre monde”.

vez pensaba, como Jean Améry,⁹ que la muerte voluntaria es el camino de la libertad, la búsqueda del aire fresco y amplio, y no la libertad o el aire fresco y amplio en sí mismos. Contradictorio, sí, pero verídico. Libertad en ese último soplo de vida, hasta el momento en que levanta la mano y apunta contra sí misma. Yo también tuve, durante mucho tiempo, esa última salida resguardada en secreto dentro de mí, pero la muerte de Beatriz me la arrebató. La Tati me obligó a vivir.

La fatalidad no existe, la desgracia no es hereditaria, nada es inexorable en el devenir histórico. Aun sumidos en esa tristeza mezclada de estupor que el suicidio deja en nosotros, los vivos, debemos persistir en el intento por no ahogar con palabras la fractura, el paso al acto y, sobre todo, nunca reducir a la persona a su última elección. Muchos damos testimonio en este libro de la alegría, de la pasión amorosa, del deseo de vivir plenamente, sin quejas, de Beatriz Allende. Debemos permanecer fieles a su libertad, por más brutal que sea la caída, pensando que la muerte nunca gana de antemano.¹⁰

Si la Historia pareció olvidarla, no quererla, porque cometió siempre la herejía de ser dueña de su vida,¹¹ Marco Álvarez, al traerla de vuelta, enriquece la memoria necesaria, aquella capaz de sacudirnos del letargo. Urgencia, entonces, de ese pasado “palpitante-de-presente” para invitar al relevo de generaciones, aprender del recuerdo para resistir y crear nuevas solidaridades. Despertar. ♦

⁹ “Par delà le crime et le châtement”, *Acte Sud*; “Porter la main sur soi”, *Acte Sud*.

¹⁰ Nicole Lapierre: “Sauve qui peut la vie”, *Points*.

¹¹ Carla Valdés León, conversación con Marco Álvarez en el transcurso de su investigación en La Habana.

Memorias corregidas, testimonios de la vida de mujeres militantes en el MIR*

CARMEN CASTILLO

A veces parece que el relato tiene una voluntad, la voluntad de ser repetido, de encontrar un oído, un compañero... los relatos atraviesan la soledad de la vida, ofreciendo hospitalidad al que escucha, o buscándola. Lo contrario de un relato no es el silencio o la meditación, sino el olvido... ¿En qué consiste el acto de relatar? Me parece que es una acción contra la permanente victoria de la vulgaridad y la estupidez. Los relatos son una declaración permanente de lo vivido en un mundo sordo. Y esto no cambia. Siempre ha sido así. Pero otra cosa que no cambia es el hecho de que a veces ocurren milagros. Y nosotros conocemos los milagros gracias a los relatos.

JOHN BERGER, en una conversación con Ryszard Kapuscinski y Maria Nadotti (citado por Ramón Vera Herrera en "Con la esperanza entre los dientes", *La Jornada*, México, 2006).

Enero de 2017. Era una tarde de verano. La carta de Viviana, recibida en París, ya me había alertado. Se trataba de cuatro relatos de "mujeres en el MIR", escritos a lo largo de más de dos años en un taller literario dirigido por Nubia Becker, también ella una mujer en el MIR. Cuatro historias de vida

* Prólogo a *Mujeres en el MIR: des-armando la memoria*, Pehuén Editores S. A., Santiago de Chile, 2017.

que se entrelazaron durante esa larga travesía de compromiso político, asumido por ellas desde las entrañas.

Viviana escribe, invita. Ella, su trabajo y su aliento, inscritos en mis dos películas en torno a la memoria. Acepté sin dudar, como se acoge el pedido de una amiga, honrada, emocionada por la confianza, obligándome a dar el salto por sobre aquel demonio de la ilegitimidad que me paraliza aún hoy cuando, desde la lejanía y consciente de la pobreza de mis palabras, intento comunicar el impacto que la lectura de estos textos me produjo.

Han transcurrido varios meses desde mi primer encuentro con ellas. Recuerdo que el canelo estaba florecido, que la vegetación espesa de ese estrecho jardín que mi madre arrancó al cemento me picoteaba la espalda, haciendo eco a los estremecimientos que en mí despertaba el flujo de la conversación de ese atardecer de verano. La noche avanzaba y ya no sabíamos en qué tiempo nos encontrábamos. Al calor de la plática estallaban las carcajadas y las anécdotas más estrafalarias, imposibles de imaginar en medio de la guerra, de la supervivencia, de la errancia.

¿Pero cómo retener esa densidad del tiempo? Creo que solo la escritura lo permite. Por eso, al sumergirme en la lectura de esos relatos, esas vivencias sobrecogedoras terminaron por incrustarse en mi ser. Mi percepción de las cosas de nuestro pasado común y de nuestro presente incierto cambiaron de dirección. Así fue que supe que se abría para mí una nueva bifurcación en la “tierra natal” cuando el deseo de dar forma definitiva a este libro selló el círculo de afectos y trabajo con Marcela y Sebastián, los editores de este libro, en otra noche de abril. Acompañada de estos relatos faros, toda tentación de dejarme ir a la tristeza morosa o a la resignación fatalista se esfumaron.

Como en una película de aventuras las situaciones se despliegan inesperadas. Abarcan un tiempo largo, a la escala de nuestras vidas. Transcurren en tierras y paisajes diversos. Dibujan una cartografía de la militancia del MIR pocas



veces esbozada en su totalidad, de Concepción a las minas del norte, de las poblaciones de Santiago a las sedes estudiantiles, de las casas de tortura a los refugios clandestinos a lo largo de todo Chile. Después, antes de retornar para luchar en la resistencia interior, las tareas políticas se despliegan en Roma, París, Panamá, África, Cuba, Nicaragua. Pero allí no se acaban las historias, el relato consigue traspasar el hecho incomprensible del fin del MIR porque aún estamos vivas. Los destinos de estas mujeres perseveran, en la larga duración, en el compromiso por un mundo justo, libre, digno, insertas siempre en diferentes frentes de lucha.

Todo es real, pero la realidad emula a la ficción y alcanza aquí una dimensión literaria. La dramaturgia se anuda en los puntos de ruptura, creemos conocer el desenlace y nos engañamos. Todo lo allí contado es inesperado. Los personajes nos atrapan, los vivos y los muertos. Aquellos compañeros que fueron asesinados o desaparecidos por la dictadura en el transcurso de la acción política descienden de su altar de víctimas, se visten de colores y sentimientos, reviven en los pequeños detalles, una sonrisa, una canción, un soplo cálido que nos conmueve.

Leo y leo, no puedo soltar las páginas de este manuscrito que un viento fresco desparrama. Apoyada en la mesa de fierro forjado que conozco desde niña, mientras la vegetación va soltando su fragancia de verano, pienso que las palabras de mis compañeras, sus maneras de escribir, son considerablemente más jóvenes que su edad. Tienen algo de aéreo, de distendido, de ponderado. Los recuerdos no han envejecido, por supuesto, ya que no hay temporalidad en los recuerdos. La hazaña de estas escrituras es haber logrado preservar la frescura de cada instante, sin complacencia ni justificaciones, al filo de la emoción y la sinceridad.

La palabra precisa que expresa lo que siento es “deslumbramiento”. He quedado deslumbrada. Pongo en cuestión mi propia militancia, me pregunto cómo he osado dar testimonio de la vida de las mujeres militantes en el MIR

durante todos estos años sin saber, sin saber nada de estas vidas. El río de nuestra memoria colectiva se ensancha, corre y corre, hoy veo y me deslizo en aguas densas de dolores y alegrías, de hechos y situaciones insospechadas, de personas y, sobre todo, de mujeres de excepción.

Frente a una sociedad sin memoria, puesto que se ha tratado durante casi cincuenta años de destruir la nuestra, de hundirla en el silencio, de volverla vergonzosa, o de ensuciarla, este libro construye una memoria movediza que provoca en nuestra interioridad un “efecto transformador de la pérdida”, como decía Judith Butler. El tiempo lineal desaparece, todo se pone a vibrar al unísono. La temporalidad cíclica nos envuelve y nos da el aliento necesario, a nosotros los supervivientes, para extirparnos de la fila de los asesinos, y a las nuevas generaciones, estoy segura, para continuar a inventar “otro” mundo.

Diría que la escritura es justa porque Margarita, Patricia, Teresa, Viviana hablan sin miedo. La fuerza de nombrar surge del corazón de la lucha y de la experiencia más extrema de la deshumanización, la tortura, la represión y el exilio.

Cada una lo narra a su manera, sin embargo, me parece que las expresiones de su intimidad, sus sonrisas y sus miradas son similares. Tal vez porque más allá de las particularidades han vivido experiencias comunes. Tal vez porque la escritura surge de un trabajo colectivo, donde el afecto consuela, donde el coraje de nombrar es alentado, donde el oficio de Nubia, quien ha escrito con delicadeza y poesía sus propias vivencias, expande la confianza y reaviva el rescoldo de los recuerdos.

Todas hablan de realizaciones y de sufrimientos que no buscan ser reconocidos porque no lo necesitan. Hay serenidad en estos textos, seguramente la serenidad que otorga el haber elegido involucrarse en el curso de la historia, abrazarla y, por lo tanto, pertenecerle. La historia, su tragedia y su triunfo. Con ellas tocamos la esencia de la identidad “mirista”, una rareza.



FOTO DE ARCHIVO DE VIVIAN ORTEGA EN LA FLACA ALEJANDRA, 1994

Esas voces han regresado, a contracorriente del aire del tiempo, para contar, para clamar que la muerte de los nuestros, y eso no depende de nosotras, nos ha nutrido, no de rencor, no de odio, sino de una energía que nada puede quebrar.

Estos relatos elaboran un imaginario femenino inspirador. Si la ideología dominante vincula feminidad con pasividad y victimización, estas figuras de militantes, que también recurren a las armas para luchar, destruyen esa caricatura, ese prejuicio. Ni “enamoradas-seguidoras”, ni irracionales o mentalmente frágiles, cada una de ellas muestra cómo desde la infancia el ejemplo de las abuelas y las madres traza un camino de emancipación: ser libre contra viento y marea, madre y militante a la vez, enfrentando el machismo de la izquierda y la condena de la sociedad. Ni monstruos, ni Amazonas del terror, ni brujas, ni terroristas...

Mujeres autónomas con conciencia política y voluntad de acción. Se puede, nos dicen, y en toda circunstancia.

Sus antepasadas, sus abuelas, sus madres, son evocadas en tiernas semblanzas, verdaderas heroínas del pueblo de Chile. Insumisas, comprometidas desde el espacio doméstico o el espacio social y político, ellas construyeron los cimientos sobre los cuales se desplegaron, desde la infancia, las vidas de nuestras autoras. Filiación de mujeres, transmisión de valores como la solidaridad y la libertad, a pesar de todo.

Al ser confrontadas a la pobreza o a los prejuicios de la sociedad, este legado de dignidad se convierte en una brújula que indica el camino a seguir. Y cuando, a su vez, ellas devienen madres, sin doblegarse ante los roles impuestos, se cuestionan a su vez con crudeza e intentan responder a los dolores de sus hijas. Pudor de la evocación, respeto del misterio cuando se trata de dar cuenta del conflicto entre la subjetividad militante y la maternidad, entre la voluntad de participar en el retorno clandestino y el amor maternal imposible de vivir por la exigencia de resguardo de los niños. El precio a pagar es alto cuando se intentan inventar otras maneras de relacionarse y que la revolución no adviene. Pero, cuando iniciamos la lectura de las penas y sufrimientos que el compromiso político conlleva, lo hacemos siempre desde el punto de vista de personas habitadas por el deseo de existir plenamente, o sea, de luchar.

Los cuatro relatos respetan la cronología de la historia colectiva del MIR. Los momentos del ascenso del movimiento social, los años de la Unidad Popular, son descritos como se vivieron, en un estado amoroso colectivo. Ardor intenso y vital en cada instante. El encantamiento del mundo. Logramos comprender, entonces, a través de la emoción misma, por qué los poderosos temblaron, por qué desataron contra ese pueblo que soñaba despierto una violencia a la altura de su odio y de su furia. Se ha intentado todo para que olvidemos el goce del tiempo anterior al golpe de Estado, ese tiempo en que creíamos poder revolucionar el orden de las

cosas. Se ha querido congelar y aniquilar esas vivencias de lucha en todos los frentes y recovecos del país. El relato que las autoras hacen se vuelve entonces subversivo simplemente porque logra hilvanar el presente desolado de cada quien con su propia historia.

Frente a la máquina de matar de la dictadura, la resistencia aparece en toda su dimensión. “Resistir es resistir a lo irresistible”, nos dicen Margarita, Patricia, Teresa, Viviana y tantos otros. Esa encrucijada, ir o no ir, es presentada como algo “natural”: humildad de la grandeza. Ninguna de ellas esquivó el combate en todas sus dimensiones. Ser derrotados luego de combatir nos hace invencibles. Ellas no renuncian a ninguna de las batallas perdidas porque saben que si renunciamos a nuestras derrotas perdemos una parte capital de nuestra fuerza, de nuestra lucidez. O como me decía el

revolucionario cubano Fernando Martínez Heredia: “No ganamos, cierto, pero no fuimos derrotados, porque nunca nos rendimos”.

Hubo un tiempo en que lanzarse al asalto del cielo parecía la mejor manera de habitar y realizar el duelo de los compañeros perdidos. Ese tiempo no está más a la orden del día. ¿Cómo existir en esta época que nos empuja a vivir sin pasado y sin futuro? En la era del “presentismo” reinante, estos relatos en los que nada es aséptico o neutro o sacralizado, nos devuelven al tiempo de la larga duración de las luchas revolucionarias y nos permiten vislumbrar esa aurora que los crepúsculos no pueden vencer. Nos susurran que el compromiso político hoy es una



CARMEN CASTILLO JUNTO A SU HERMANA CONSUELO
DURANTE UNA MANIFESTACIÓN, 1975

apuesta melancólica a lo incierto, lo contrario de la resignación. Más que entregar recuerdos, este libro nos hace recordar: la memoria circula por nuestra sangre, calienta el deseo de justicia y libertad que nada ni nadie puede borrar.

Eso es lo que no nos perdonan. Cada lector de este libro recobra su insolencia, su potencia, y llega a creer, como Kafka lo dice en su diario, que también “tiene armas”. Liberar, como lo hacen las autoras, aquellas fuerzas que parecían haber quedado prisioneras en un pasado remoto, permite habitar el “tiempo actual” como el lugar dialéctico entre un pasado inacabado y un futuro utópico. Con ello se puede alcanzar aquel “todo es posible” de la historia en curso y exclamar: “Nada se encuentra escrito de antemano, somos nosotros quienes hacemos la historia, cada día”.

Esta mañana, en que, sin poder concluir este escrito, pues los destellos que estas vidas emiten en mí no se atenúan, las palabras de Rosa Luxemburgo, que leo en la evocación que de ella hace John Berger, describen con precisión lo que la manera de ser de Margarita, de Patricia, de Teresa y de Viviana me inspira:

Ser un ser humano es la cuestión principal, por encima de todo. Y eso significa ser firmes y claros y alegres; sí, alegres, pese a todo y a cualquier cosa, porque chillar es el negocio de los débiles. Ser seres humanos significa que, si es necesario, con alegría avientes tu vida entera a la gigante balanza del destino, y al mismo tiempo te regocijes en la brillantez de cada día y en la belleza de cada nube. En el centro de la Historia, en medio de la lucha, aprendemos cómo debemos luchar.

El ejercicio de admirar es indispensable para respirar, les digo, agradecida, a mis compañeras. ♦



DANIEL BENSÁID Y OTROS JÓVENES, PARÍS, MAYO DE 1968

Entrevista

Aún estamos vivos*

REVISTA BALLAST

RB: ¿Cuál fue el punto de partida de esta nueva película [*Aún estamos vivos*]?

CC: Desde siempre me habita la cuestión del compromiso político. Traté el misterio de las vidas comprometidas en los años sesenta y setenta en *Calle Santa Fe*, y me aproximé a esta pregunta: ¿valía la pena la resistencia? Sí... Es evidente. Es mi generación. Nuestra juventud estaba convencida de que la Revolución iba a advenir a la escala de nuestras vidas. El compromiso político era claro, estaba trazado, palpaba. Se encontraba del lado de la vida y, para esa generación, en todo el mundo, incluía ese deseo de libertad, justicia y autonomía. ¿Pero después? Después del desmoronamiento de nuestra religión de la Historia, de nuestras certezas; después, como dijo Daniel [Bensaïd], dejó de haber un futuro radiante; ¿entonces qué? ¿Íbamos a hacer

* Entrevista realizada a Carmen Castillo por la revista *Ballast*, de Francia, y publicada bajo el título “Comment se mettre en mouvement, être actif, acteur?”, el 27 de febrero de 2015 (<<http://www.revue-ballast.fr/carmen-castillo-je-voulais-donner-la-parole-aux-anonymes-en-lutte/>>). Ha sido reproducida con este otro título, “Aún estamos vivos”, en varios medios digitales, entre ellos *Rebelión* (<<https://rebellion.org/aun-estamos-vivos/>>).

como todo el mundo? ¿Doblegarnos, renunciar, volver al redil? ¿Creer en el liberalismo triunfante y los espejismos de la globalización feliz? Estas interrogantes se cristalizaron, para mí, cuando murió Daniel, en 2010. Le rendimos homenaje, un gran homenaje, en la Mutualité. Estuve presente, estaba muy inhibida, hablé a nombre de América Latina –Daniel se había comprometido grandemente por ella, al interior de una sección de la Cuarta Internacional (estuvo mucho tiempo en Argentina, Brasil, Chile)–. La pérdida de su amistad me había cargado de peso. Pero ese peso era lo opuesto a una carga, era un mensaje compuesto por sus actos, sus heridas, su risa. Desde los años noventa, Daniel se había convertido, para muchos de nosotros, en un vigía. Cuando murió, vi nacer una necesidad, un deseo, quería ir a buscar, saber sobre qué base, qué pensamiento podíamos convocar, empezar a reflexionar. ¿Cómo estar en movimiento, estar activo, ser actor? Daniel había escrito mucho al respecto. Varias veces me había sacudido cuando caía en grandes momentos de melancolía. Era divertido. Discreto y lleno de humor. Tenía una manera de deslizarte tres palabras que te hacían recuperar el ánimo, las ideas, que conseguían colocarte otra vez la cabeza sobre los hombros.

RB: ¿Lo conoció, por primera vez, como militante?

CC: Sí. Él estaba en la LCR [Liga Comunista Revolucionaria, Francia] y se involucraba a favor de la resistencia chilena y contra la dictadura de Pinochet. En ese contexto lo conocí. Fue una de las personas que me acogió. Yo necesitaba apartarme y destruir el culto a la muerte y la nostalgia, aceptar que era una mujer herida pero también, y sobre todo, una militante. El dolor de la derrota, la muerte de Miguel [Enríquez] y de mis amigos no mermó en mí la idea de que podíamos continuar luchando y vencer a la dictadura. Nuestras discusiones eran siempre muy sinceras. Fuera de los dogmas militantes, irreverentes.

RB: ¿Tenían muchas divergencias?

CC: En esa época, fines de los setenta y comienzos de los ochenta, sobre la cuestión de la continuación de la lucha armada. Estaba contra, pero sabía que, allá, en América Latina, los militantes se jugaban la vida, que la vida y la muerte estaban en juego. Hablaba sin ninguna arrogancia. Su compromiso era más carnal con Argentina, con el PRT [Partido Revolucionario de los Trabajadores], el MIR [Movimiento de Izquierda Revolucionaria] no formaba parte de la Cuarta Internacional. Uno se compromete –como lo dijeron los zapatistas con más claridad que nadie– para vivir, aunque se porten armas o se funde un ejército. Hay que vivir para luchar. Daniel ya lo había comprendido en esa época. Cuando se enteró de que tiene SIDA, se pone a escribir cada vez más, sin dejar de militar. ¡Libros fundamentales! Pienso en *Une lente impatience* [Una lenta impaciencia], en su *Walter Benjamin*, en *Pari mélancolique* [Apuesta melancólica]... Siempre me recordó a Víctor Serge cuando este toma la decisión, en el hospital, tras sobrevivir a una oclusión intestinal, de escribir, escribir, en cualquier circunstancia... Nunca hablé de eso con Daniel, pero quizás él también redobló los esfuerzos por la escritura.

RB: Lo que debe apreciar de él es su apego a la literatura y a la poesía; no es solo un intelectual científico, académico.

CC: ¡Sí! Daniel es un literato. Se nutrió de eso. Esa necesidad de referirse a todo, incluidas las emociones, para descifrar el mundo (habló de las virtudes de la indignación mucho antes que Stéphane Hessel). Y además era un educador, un profesor, creaba vínculos con el pasado –Olivier Besancenot lo cuenta muy bien–. Transmitía. Habitado siempre por la idea de que al mismo tiempo que se actúa en el presente, hay que contar la historia para avanzar. Apelaba a la memoria de los vencidos para constituir sujetos activos

y revolucionarios, pero sin decirse que el pasado era mejor: debe haber una apertura, una brecha. La convicción de que se puede, de que es posible, y que será *distinto, otra cosa*. Nuestra visión de la Historia se ha terminado, es un hecho –lo cual no impide que, etc.–. Esa es la fuerza de Daniel y de los que razonan así –pienso por ejemplo en Michael Löwy. De ahí la idea, cuando empecé este proyecto de película, de ir a ver en concreto lo que sucede hoy en las luchas.

RB: ¿Entonces nunca se trató de hacer un documental biográfico?

CC: No, no quise hacer un recorrido de su vida. Imposible. No es una película sobre él, sino una película que parte de nuestra amistad, de su pensamiento, de todos esos afectos de los que hablaba. Y esta pregunta: ¿qué sucede hoy? Y ¿de qué manera puede ayudarme Daniel a comprender? No quería ir a los lugares de moda, buscaba territorios en lucha después de 1990, pero que se hubiesen mantenido en el tiempo: luchar y crear, los dos al mismo tiempo. En este momento leo un libro de Kristin Ross, *L'imaginaire de la Commune* [*El imaginario de la Comuna*]: no es un relato más sobre la Comuna; la autora interroga la persistencia de su imaginario, la energía militante que subsiste, aquí y allá, en Occupy Wall Street o con los Indignados, por ejemplo. Es también un poco mi forma de proceder. Enseguida descarté a los “expertos”: quería ir a ver a los anónimos. Daniel me enseñó –lo dice mucho mejor que yo– que la grandeza de la política está en esos anónimos en lucha. Quería mantenerme fiel a eso. Estas personas están primero en la acción. Construyen un pensamiento, aunque aún no ha sido reunido, aunque aún no esté listo para ser analizado. Quería darles cuerpo, belleza. Que esas personas, que son tan hermosas, fueran luminosas –¡pues eso es el compromiso!–. Es mucho mejor que quedarse delante de una televisión, en



BENSAÏD Y COMPAÑEROS DURANTE UN MITING POR EL CENTENARIO DEL NATALICIO DE LENIN EN ABRIL DE 1970

la droga o en el nihilismo. Uno vive mejor, sencillamente. Es más denso e, incluso, más... divertido. Para mi generación, militar significaba sacrificar muchas cosas, no salirse del todo-colectivo. Un revolucionario debería ser la risa, el amor, el baile, los niños, lo “normal”, pero la ideología, si era seguida de demasiado cerca, implicaba el sacrificio de todo eso. Hoy esta separación ya no tiene sentido.

RB: Es lo que Bensaïd evocaba cuando escribía que militar es “lo contrario de una pasión triste”.

CC: Exactamente. Basta con hacerlo para tocar eso, para sentirlo. Uno pasa de la impotencia y la sumisión a la acción y la creación de algo. El problema es que hoy todo está hecho por parte de los espacios mediáticos y de consumo para que no haya lazos, encuentros, nada de afecto, de pensamiento. Todos aquellos que están vinculados a una acción colectiva experimentan una especie de alegre melancolía. Lo he

constatado muchas veces: es raro que la alegría de la victoria sea duradera, el camino que falta por recorrer es siempre largo, puede inmiscuirse la amargura. Pero en ese camino, aquellos que vamos conociendo, aquellos que están comprometidos con nosotros por cierto tiempo o por un largo tiempo, aquellos con los que vivimos experiencias luminosas, ellos son los que hacen del compromiso una pasión alegre. Quería otorgarles la palabra a los anónimos en lucha e ir al encuentro de *personas*. No de movimientos, de abstracciones, sino de sujetos que, al mismo tiempo, forman parte de un colectivo: los Sin Tierra en Brasil, la resistencia indígena en Bolivia, el DAL [Droit au Logement (Derecho a la Vivienda)] en Francia, los sindicatos obreros... Pensé un tiempo en Chile, pero no había movimientos de largo aliento, salvo la lucha mapuche, que hoy yo no puedo filmar. Además, no se trataba de hacer un catálogo de luchas... Hubo que elegir. Me hubiera gustado seguir algunas experiencias en España también. O en Grecia. Pero una película es dinero y esta fue hecha con poco financiamiento y mucha energía militante. Agradezco cada día a los técnicos, los colectivos, los videoastas y cineastas sumergidos en la acción cotidiana. Sin ellos no hubiera habido película. No esta, en todo caso.

RB: Hay una verdadera preocupación estética en su película, tanto en los encuadres como en la fotografía. A veces se tiende a creer que una película militante debe ser tosca, casi fea, para ser convincente... (*risas*). ¿Cómo considera usted la cuestión de la forma?

CC: Es esencial. Una película es siempre una forma. Cuando hablaba de aproximarnos a la belleza del compromiso político, también me refería a eso. Incluso si tuvimos poco tiempo, el trabajo con la imagen era primordial. ¡No podía ser feo! Ya estaba presente la violencia, los muertos incluso... La imagen tenía que ser lo más hermosa posible –dentro de las condiciones de un documental (Ned Burgess, mi

director de fotografía desde 2002, estuvo ahí de nuevo con su talento y amabilidad). Hay mucho texto a lo largo de toda la película, por lo que necesitaba hermosos planos generales para poder escuchar las palabras escritas.

RB: ¿Cuánto tiempo necesitó, entonces, para hacer esta película?

CC: Entre el deseo, la escritura, la búsqueda del financiamiento, la filmación, pocos días de filmación, pero dispersos en el tiempo, meses de edición, y ahora que preparamos su estreno: ¡cinco años!

RB: Usted emprendió ese viaje con los escritos de Bensaïd. ¿Cómo escogió los puntos de destino?

CC: El mundo es vasto y yo quería amplitud. En América Latina ya había conocido al subcomandante Marcos y las comunidades zapatistas en México, pero deseaba compartir las experiencias de los Sin Tierra en Brasil, ese movimiento que existe desde hace treinta años y que le ha permitido sobrevivir y abrir un horizonte a tantos campesinos. En Bolivia, la elección de Evo Morales, después de luchas muchas veces violentas, permitía mostrar un combate victorioso. En Francia, la obstinación de “los sin” a no aceptar las injusticias y la creatividad de los militantes para oponer la dignidad frente al desprecio y la miseria ya me habían llevado, desde 1996, a acercarme a ellos.

RB: Pero nunca había ido antes a Brasil, lo que puede sorprender...

CC: Brasil fue un país muy importante para Daniel. Lo visitó muchas veces y participó en la construcción del Partido de los Trabajadores. Fue siguiendo sus huellas que me encontré con el Movimiento de los Sin Tierra. Era tangible.

Se trata de una fuerza política muy organizada; están muy apegados a su autonomía al mismo tiempo que dialogan en ciertas regiones con el PT. Encarnan las experiencias de autogestión, de control popular y de democracia participativa. Con sus escuelas itinerantes, profesores que se desplazan por las tierras ocupadas, lograron formar dos generaciones de jóvenes que resisten con éxito a los sortilegios de la servidumbre voluntaria. Su perspectiva la llaman “ecosocialismo” –una palabra nueva, pero cuyo sentido resuena de manera urgente hoy.

RB: En Bolivia, ¿quiso filmar una victoria?

CC: Lo que advino en Bolivia en 2005 es una verdadera revolución. Quería una victoria y esa era inesperada. Descartamos el poder político y su figura emblemática, Evo Morales, para ir a buscar a Cochabamba a los protagonistas (la mayor parte de ellos indígenas iletrados) de la Guerra del Agua, victoriosa en el año 2000 contra un gobierno ultraliberal y una multinacional francesa. Conocí a Óscar Olivera, uno de los fundadores de la Coordinadora, esa organización que reagrupa a todo un pueblo lanzado a la batalla y que transmite su manera de hacer a otras guerras, las de la coca y el gas. Óscar sigue actuando al interior de los movimientos sociales: se rehúsa a cualquier implicación gubernamental. En cuanto lo vi me pareció familiar. Para mí hay una comunidad de personas en lucha. Se parecen, tienen la misma belleza. Como las mujeres de La Busserine, en las *cités* pobres, Les Quartiers Nord, de Marsella.

RB: Fueron las revueltas de los suburbios populares de 2005 en Francia las que la encaminaron hacia los barrios del norte de Marsella. Sin embargo, allí no hubo disturbios.

CC: Precisamente, habían sucedido antes. Esas revueltas incomprensibles son bautizos políticos. El “trapo” de

crónicas rojas sobre las Kalashnikov y la droga que agitan frente a nuestros ojos los medios de comunicación y los políticos no dejan ver nada de la realidad de esos lugares. Conocí a Fadela por las redes militantes y a su lado estaban Fatima y Karima. Su colectivo actúa en los barrios para detener el ciclo de la violencia de los jóvenes al mismo tiempo que denuncia la violencia ejercida contra los jóvenes. Actúan en organismos de apoyo social o de educación al mismo tiempo que desarrollan un pensamiento político sin concesión que les permite proponer alternativas. Esas mujeres son para mí las verdaderas heroínas de nuestro tiempo.

RB: Usted deja oír la voz del DAL, una asociación que ha conseguido legitimar las ocupaciones de viviendas privadas vacías, pero también a una figura a veces desatendida, incluso desacreditada en nuestros días dentro del movimiento social: los sindicatos. ¿Por qué?

CC: La lucha sindical me parece, precisamente, esencial. Puede ser portadora de valores que tendemos a olvidar: la solidaridad, compartir... Nos recuerda, como dice Daniel, que la lucha de clases existe y que esta rompe la falsa unidad de las razas, las naciones, las religiones, puesto que del otro lado siempre hay un otro yo. Se trata realmente de palabras que tenemos necesidad de escuchar en este momento. Fue al visionar, en Internet, la asamblea general del fin de la huelga por las jubilaciones, en la refinería Total de Donges, que descubrí a Christophe. Decía, conmovido hasta las lágrimas, una frase casi idéntica a las que Daniel había escrito: "Hay derrotas que tienen el gusto de victorias". Quedé impresionada que un líder sindical manifestara tal emoción y que encontrara al mismo tiempo las palabras de un pensamiento político tan fundamental. Pensé que terminando la película con él podríamos salir del desaliento y de las derrotas y avanzar a pesar de todo.



CARMEN CASTILLO Y DANIEL BENSAÏD

RB: Usted ya realizó una película sobre Víctor Serge. ¿Se siente cercana, personalmente, a la corriente trotskista?

CC: No me inscribo en ella completamente. Lo soy, digamos, por formación. Podríamos debatir mucho tiempo –a veces puedo demostrar mucho enojo contra ciertas organizaciones trotskistas, sobre todo latinoamericanas–. Lo que es capital, me parece, en Serge, Daniel, el MIR y los cómplices que he tenido en mi vida, es que el comunismo, la utopía comunista, era magnífica y que había que emprenderlo todo para derribar al comunismo estaliniano. El precio que pagamos a causa del estalinismo y de los partidos comunistas del mundo entero es enorme. Es muy grave. Hay que salvar la palabra “comunismo”. Es lo común, es compartir. Ha sido contaminada, ensuciada, manchada de sangre y autoritarismo. Me gusta mucho esta noción de comunismo libertario de la que habla tan bien Michael Löwy.

RB: ¿Reunir a los marxistas y anarquistas?

CC: Sí. No puede eludirse la cuestión de la organización, de los vínculos, de las estructuras. No creo en el espontaneísmo –esa forma de anarquía no es parte de mi tradición–. El Movimiento de los Sin Tierra, entre todos los que conocí, es hoy con el que me siento más cercana. Hay ahí una inteligencia política extraordinaria. Autonomía, conciencia, lucha y creación de otra manera de vivir. Han iniciado su trabajo político en las ciudades. Tienen treinta años de existencia. El acento está puesto en la educación, la formación, el espíritu de libertad, la resistencia, la insumisión. Hacer todo para salirse del sortilegio de la servidumbre voluntaria. Se necesita una organización, aunque no sepa qué forma esta deba tener. Los zapatistas también obran en ese sentido.

RB: Pero al contrario de lo que podría creerse cuando nos lean, su película no es la de un partido, una facción política.

CC: ¡Para nada! No es una película sobre el NPA [Nuevo Partido Anticapitalista, www.npa2009.org], aunque Daniel era su intelectual. Es todo, espero, menos un panfleto. Es política, por supuesto; pero ya que hay un relato personal, una dramaturgia propia a la ficción, es solo una película, no un acto militante. Es una película que plantea interrogantes. No doy respuestas: la gente discute, después de haberla visto. Es una película amplia, situada entre mis dos tierras: América Latina y Francia. Es la primera vez que filmo en Francia, eso cambió mucho mi manera de ser francesa.

RB: ¿Qué le gustaría que el espectador tuviera en mente al salir de la sala?

CC: Que tuviera energía. Que la película abra un espacio en la cabeza para albergar ideas y acciones. Que pudiera, aunque fuera un poco, en estos tiempos atroces, sacarnos de la impotencia. Que sea una canción, un canto de los posibles. Y quedaría contenta. ♦



DANIEL BENSÁID Y OTROS JÓVENES, PARÍS, MAYO DE 1968



Carmen Castillo Echeverría

Bibliografía

Un día de octubre en Santiago: Editions Stock, París, 1980 / Éditions Bernard Barrault, París, 1992 / Ediciones Era, México D. F., 1982 / LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1994 / Ediciones ICAIC, La Habana, 2014.
Ligne de fuite: Éditions Bernard Barrault, París, 1992.
Santiago-París, el vuelo de la memoria, escrito con Mónica Echeverría: Plon, París, 2002 / Editorial LOM, Santiago de Chile, 2002.

Filmografía

1983: *Los muros de Santiago*, 52', codirección junto a Pierre Devert y Fabienne Servan-Screiber.
1984: *Estado de guerra: Nicaragua*, 52', codirección con Sylvie Blum.
1994: *La Flaca Alejandra*, 59', codirección con Guy Girad. <<https://vimeo.com/215707959>>
1994-1999: *Tierras extranjeras*, serie de largometrajes de ficción para la cadena Arte, producción con Patrick Grandperret.
1995: *La verdadera historia del subcomandante Marcos*, 1h3', codirección con Tessa Brisac. <<https://vimeo.com/217107692>>
1996: *Inca de Oro*, 52', codirección con Sylvie Blum. <<https://vimeo.com/215365038>>
1999: *El bolero, una educación amorosa*, 55', <<https://vimeo.com/365819264>>
2000: *Viaje con la cumbia por Colombia*, codirección con Sylvie Blum.
2000: *María Félix, la inalcanzable*, 70'.

- 2001: *El camino del inca*, 52', codirección con Sylvie Blum.
- 2002: *El astrónomo y el indio*, 52', codirección con Sylvie Blum.
- 2003: *José Saramago, el tiempo de una memoria*, 72'.
- 2003: *Misia, la voz del fado*, 52'.
- 2004: *El país de mi padre*, 72', <<https://vimeo.com/215692029>>
- 2007: *Calle Santa Fe*, 2h42', <<https://vimeo.com/365791864>>
- 2008: *Desterría, un país llamado exilio*, 15', <<https://vimeo.com/213908936>>
- 2010: *El tesoro de América-El oro de Pascua Lama*, 90'.
- 2013: *L'Espagne de Juan Goytisolo, Manuel Rivas et Bernardo Atxaga*, 54', serie *L'Europe des écrivains*.
- 2015: *On est vivants (Aún estamos vivos)*, 1h40', <<https://vimeo.com/218666363>>
- 2017: *Cuba en debate*, 52', <<https://vimeo.com/217039114>>
- 2019: *La embajada*, 52', <<https://youtu.be/Nbmo2ts1PWQ>>

